

# ANALES DEL ATENEO

DEL URUGUAY

---

---

AÑO I — TOMO II

MONTEVIDEO, MARZO 5 DE 1882

NÚMERO 7

---

---

## Conferencia

LEIDA EN EL ATENEO DEL URUGUAY

POR EL DR. D. JOSÉ P. RAMIREZ

Señores:

Debemos empezar por dar gracias á la Providencia, á esa Providencia que el doctor Bustamante asocia á las leyes naturales y á las leyes históricas que presiden la formación de las nacionalidades, porque nos permite congregarnos todavía una vez más en este modesto asilo de las ciencias y de las letras, para discutir tranquilamente las ideas anexionistas del doctor Gómez.

Aquella marca *que subía por momentos* y que debía ahogarnos más pronto de lo que nos era dado preverlo, debe haberse petrificado dentro de su propio cauce, porque han transcurrido algunos millares de segundos y nada nos augura que peligre hoy más que ayer nuestra nacionalidad, por más que el horizonte no acabo de despejarse, ni se tranquilicen del todo las aguas en que navegamos, ni los vientos sean del todo propicios para llegar al término de la jornada que vamos andando, fatigados de cansancio, abrumados de desencantos, pero andando al fin, porque ésa es la ley del destino humano, á que no podríamos renunciar sin cometer un acto de injustificable cobardía.

La marea no sube, la marea está en su lugar: lo que sube y pasa el nivel moral de las conveniencias y los respetos que se deben á los más elevados sentimientos del corazón humano, es esa pretension de convencer á un pueblo que luchó quince años, abandonado á sí mismo, contra las usurpaciones y las prepotencias de cuatro naciones relativamente poderosas, y que ha vivido medio si-

glo la vida de nacion independiente, derramando á raudales la sangre de sus hijos para defenderla y salvarla, que esa independencia es una mentira histórica, que ese pueblo no tiene ni aptitudes ni medios para ser independiente y libre.

Yo he de perseverar, señores, en no eliminar de este debate el sentimiento, por más que eso subleve á mi amigo el doctor Bustamante, porque tendré siempre para mí que el sentimiento es una razon y una fuerza cuando se trata de una nacionalidad y de la patria.

Hay cosas que no se discuten, que no deben discutirse. La nacionalidad, la patria, la familia, el honor, se encuentran en ese caso.

Una nacionalidad no puede suprimirse á título de que no es bastante poderosa ni bastante rica, á título de que sus hijos tendrían más escenario para exhibirse, más nombre, más fácil acceso á las cumbres de la gloria, medios más expeditos para alcanzar las venturas terrenales, como no se disuelve el hogar porque el jefe de la familia no haya sido bastante apto ó bastante afortunado para proporcionarle una suma crecida de goces materiales, de bienestar y de ventura.

Suprimase el sentimiento en las nacionalidades y no quedará en ellas más que la asociacion mercantil, sujeta á disolucion, segun lo aconsejen las circunstancias ocasionales ó las conveniencias transitorias, y eso sería reducir á las nacionalidades á las condiciones de las factorías de África.

Suprimase el sentimiento en la organizacion y la conservacion de las nacionalidades, y se habrán secado las fuentes del patriotismo, anulado todos los grandes estímulos que han determinado esas grandes acciones que ennoblecen á la humanidad y la elevan á las regiones del ideal.

A buen seguro que no se habría inmolado Leonidas en las Termópilas, ni la sombra de Bruto interrumpiría el sueño de los tiranos, ni el recuerdo de los Gracos templaría el alma de los tribunos, ni la austeridad de Caton, ni la abnegacion de Cincinato estarían ahí grabadas en la conciencia humana para neutralizar las corrientes del grosero materialismo de los tiempos modernos.

Pero no se alarme el doctor Bustamante por este nuevo arrebato de *lirismo*, por este último rasgo de literatura dramático-poética, porque estoy dispuesto á traer la cuestion á un terreno muy diverso.

Calle por un momento el sentimiento y hagamos abstraccion de

lo que se ha luchado por conquistar la independencia, y si no por conquistarla, por conservarla despues que plugo á Don Pedro I y al gobernador Dorrego regalárnosla ó imponérsela; y discutamos simplemente si tenemos elementos y aptitudes para constituir una nacionalidad: si es posible la anexion que se propone como panacea á todos nuestros males y á todos nuestros infortunios, y por fin, si siendo posible, ganaríamos ó perderíamos con la anexion.

Esto es traer por fin la cuestion al terreno práctico, reduciéndola á la prosa de un positivismo que oprimiría y entristecería mi espíritu, si no fuese una simple concesion, contra la cual me reservo reaccionar desde que no tengo á mi frente un adversario tan esencialmente positivista.

## II

¿Tenemos elementos y aptitudes para constituir una nacionalidad, para conservarla y llevarla á la realizacion de sus destinos?

Mientras he discutido los precedentes históricos y sostenido que la independencia del país tiene raíces profundas en el sentimiento público, no ha faltado quien me haya interrumpido con insistencia para decirme: "esa no es la cuestion: sobre los precedentes históricos que explican y justifican la nacionalidad que surgió del tratado de paz de 1828 y sobre el sentimiento de la patria más ó ménos intenso que arde en el pecho de los ciudadanos nativos de este país, está el hecho sensible é irrecusable de que esa nacionalidad carece de elementos y de aptitudes para conservarse y robustecerse."

Si yo quisiera someter cuestiones de esta magnitud al criterio forense con que en más de una ocasion ha querido abordarse el problema, yo observaría á mis ilustrados competidores que es de ellos el *omnis probandi*, que son ellos y no yo quienes deben abonar su tesis.

¿Qué se dice, qué se arguye, qué se alega para demostrar que carecemos de los elementos constitutivos de una nacionalidad más ó ménos fuerte, más ó ménos floreciente, más ó ménos feliz?

Empeecemos, señores, por examinar las condiciones materiales, intrínsecas, por decirlo así, de la nacionalidad oriental.

Tenemos un territorio fertilísimo, cruzado por caudalosos ríos, adaptable á la ganadería y á la agricultura, con indisputables tesoros en sus entrañas, que permanecen todavía ignorados ó inexplorados, bajo un cielo purísimo y con un clima sólo comparable al de la poética Italia.

Pero es demasiado reducido ese territorio, *es decir*, y con desprecio se nos llama *la patria chica*, aludiendo sin duda á la estrechez de nuestras fronteras.

Esto es, señores, una vulgaridad intolerable.

Nuestro territorio es más que suficiente, no ya para constituir una pequeña nacionalidad, sino para llegar á ser una gran nacionalidad.

La riqueza y el poder y la gloria de las naciones no se miden por la extensión de su territorio. La España y la Francia, que en dos épocas distintas de la historia dictaron la ley al mundo, y han influido como ningunas otras naciones en las transformaciones de la civilización, son pequeñas circunscripciones territoriales con relación á la Rusia. El territorio unido de aquellas dos gloriosas naciones no mide la mitad del territorio de este vasto imperio, que ha permanecido por siglos sucesivos estacionario y reacio al movimiento progresivo de la sociedad moderna.

La Suiza, la republicana y democrática Suiza, con la cuarta parte de nuestro territorio, ha resuelto, como ningún otro pueblo de la tierra, el desideratum de la humanidad, la realización del sistema republicano federal en la plenitud de su excelencia, y tal como lo conciben los publicistas modernos de la más avanzada escuela.

¿Cuál es nuestro territorio, cuál es nuestra población, cuál será dentro de medio siglo, cuál llegará á ser un día, siguiendo el desarrollo natural de sus elementos de riqueza, de sociabilidad, de gobierno y de instituciones?

Tiene el territorio de la República una superficie de 187,000 kilómetros cuadrados.

En el año 1829 se calculaba su población en 74,000 habitantes; su población se elevaba en 1852 á 132,000, en 1860 á 221,000, en 1873 á 450,000, según los cálculos más autorizados y más probables.

Prescindamos del primero de esos períodos, porque él abraza los nueve años del sitio de Montevideo, y tomemos la proporción del aumento de la población en el 2.º y el 3er. período, y tendremos que de 1852 á 1860, es decir, en 8 años, la población aumentó en 67 p. ‰, igual á 8.37 p. ‰ al año, y de 1860 á 1873 en un 103 p. ‰, igual á 7.92 p. ‰ al año.

En 21 años, de 1852 á 1873, el aumento fué de 240 p. ‰. lo que quiere decir, áun aceptando solamente la proporción aritméti-

ca, que dentro de 20 años tendremos próximamente un millón y cien mil habitantes, y dentro de 40 años muy cerca de tres millones.

No siguieron una progresión mucho más rápida los Estados- Unidos, de los cuales se refiere como algo extraordinario que en 40 años cuadruplicó su población. Esta progresión puede ir muy lejos, porque la República posee un territorio capaz de contener holgadamente diez ó doce millones de habitantes.

La demostración es sencillísima, y basta para ello trazar un cuadro comparativo del territorio y la población de los Estados europeos.

La Bélgica tiene una población equivalente á 178 habitantes por kilómetro cuadrado; los Países-Bajos, equivalente á 114; el Reino Unido de Inglaterra á 101; Italia á 90; Alemania á 76; Francia á 68; Suiza á 64; Austria á 57; Portugal á 45; y España, la menos poblada, á 33 habitantes por kilómetro.

El término medio por kilómetro cuadrado es de 68 habitantes, es decir, la misma proporción que guarda la población de Francia respecto de su extensión territorial.

Ahora bien: dada esa proporción, nuestro país admite cómodamente en la relación de 60 habitantes por kilómetro — el término medio de la población en los territorios á que acabo de referirme y de la Francia en particular, — 12.716,000.

Me parece, señores, que una agrupación política de 12.716,000 habitantes, podría ya constituir una nacionalidad respetable y poderosa.

Pero nuestro territorio admite una población mucho mayor todavía, porque, como se ha visto, la Francia no es la más poblada de las naciones de Europa.

Tomada la proporción de la población de Italia con relación á su territorio, nuestro país admite (16.000,000) diez y seis millones de habitantes, y la de Bélgica, treinta y tres millones.

No es territorio, pues, lo que nos falta, y eso también se confirma comparándolo con el de algunas otras circunscripciones geográficas que constituyen nacionalidades vigorosas, prósperas, felices.

Nuestro territorio es más de seis veces mayor que el de Bélgica, más de cuatro veces mayor que el de Suiza, la república modelo, más de dos veces mayor que el de Portugal, tan poderoso un día que dominó una gran parte del continente americano; constituyo

como dos terceras partes del Reino Unido de Inglaterra, y más de la tercera parte de la nación que ha marchado al frente de los destinos de la humanidad y llevado á todas partes la influencia de sus revoluciones políticas y sociales.

No se me oculta que la población no requiere sólo extensión de territorio, sino también un desarrollo equivalente de las fuentes de producción, y que cuando el aumento de aquélla sobrepasa el progreso de éstas, y cuando un país se ve obligado á procurarse los medios de subsistencia á condiciones cada día más desfavorables porque la tierra no puede llenar las nuevas exigencias, sino á condiciones más onerosas, es necesario contrariar antes que favorecer el progreso de la población, porque al desierto, que es el gran enemigo de la civilización y del progreso en los pueblos nuevos y en los territorios vírgenes, se sustituye el cáncer aterrador del pauperismo; pero, ¡cuán lejos de esa perspectiva se encuentra un territorio como el nuestro, completamente vírgen, puede decirse, tan favorecido por la naturaleza y tan sumamente despoblado que nos da todavía la desconsoladora proporción de muy poco más de dos habitantes por kilómetro cuadrado!

Entre esa cifra y la de Bélgica, por ejemplo, que cuenta 178 habitantes por kilómetro, ¡cuánto debo todavía aumentar nuestra población, sin peligro de establecer un desequilibrio funesto entre la producción de la tierra y las necesidades de sus habitantes!

Luego algunas cifras van á decirnos todavía que el país es rico y que su prosperidad sigue una proporción asombrosa, á pesar de las causas accidentales que la han contrariado, obra de los hombres, de sus errores, de sus extravíos y de sus pasiones.

Comparemos el desarrollo comercial de este país en el trascurso de algunos años.

En 1862 el valor oficial de la importación y de la exportación no alcanzó á 17 millones de pesos; en 1866 pasó de 25 millones. En cuatro años aumentó en un 47 p. 8.

En el período de 13 años, de 1866 á 1878, llegó á un término medio de 30 millones por año.

En 1873, año del mayor desarrollo comercial, subió á más de 37 millones.

En 1875, año de la mayor decadencia, el año terrible, descendió á 25 millones.

Con relación á la población, calculada en 450,000 habitantes, esas tres épocas dan el siguiente resultado:

De 1866 á 1878, representa el movimiento comercial \$ 66,33 centésimos por habitante.

En 1873, \$ 83,06 centésimos.

En 1875, \$ 55,83 id.

Comparemos estas proporciones, que dan una idea aproximada de la riqueza del país, con las que suministra la estadística, también oficial, de la República Argentina.

El comercio exterior de aquel país representa en 1873, 112 millones de pesos, que con relación á su población, calculada en dos millones y cuatrocientos mil habitantes, da \$ 46,73 centésimos por habitante.

En 1875, el valor de la importación y de la exportación sólo alcanzó á 95 millones, ó sea \$ 39,58 centésimos por habitante.

Aproximemos las proporciones para que el paralelo sea más perceptible.

En el Estado Oriental, el año 1873 estuvo representado por \$ 83,06 cents. por habitante; en la República Argentina estuvo representado por \$ 46,77 cents.

El año 1875 nuestro país estuvo representado por \$ 55,83 centésimos y el país vecino por \$ 39,58 cents. por habitante.

Despoblados están aún nuestros campos, ayer todavía talados por los montoneros de la guerra civil, nuestro estado casi permanente desde la independencia; y sin embargo, la riqueza pecuaria del país no es inferior á la de la República Argentina.

En nuestro país, el ganado vacuno se hace ascender á 6 millones y el ovino á 12; en la República Argentina, aquél á 13 1 2 millones y éste á 57 1 2, representando en ámbos países una proporción aproximada de \$ 116 á \$ 117 por habitante.

Tómese nota de estos otros datos estadísticos que nos permiten apreciar la verdadera situación del país bajo otra faz.

Y para trasmir esos datos, permítaseme que me valga de algunos conceptos del ilustrado jefe de la mesa de estadística.

“El aumento constante, dice, que las rentas de la República habían tenido desde la proclamación de su independencia hasta 1842, vino á detenerse en 1843, época del sitio de Montevideo, hasta el año 1853; y desde entónces, ni las guerras civiles que en varias épocas agitaron al país, ni la crisis financiera del año 68, ni las epidemias de 1857 y 1868, ni las alteraciones hechas en la ley de Aduana, unas veces subiendo los derechos, otras bajándolos y volviendo á subirlos con derechos adicionales en estos últimos

años, nada detuvo su progreso: tan grande es la vitalidad de este país." — Esto escribía el Sr. Vaillant en 1873.

El siguiente cuadro corrobora la exactitud de esas observaciones:

En 1829 produjeron las rentas generales.	§	751,000
En 1840 " " "	"	1.502,000
En 1862 " " "	"	2.823,000
En 1873 " " "	"	10.109,000
En 1875, el año terrible . . . . .	"	7.787,000

Algo más todavía para completar el cuadro demostrativo de la asombrosa vitalidad del país.

Es notorio que su deuda pública procede, no de los déficits ordinarios de su administracion regular, sino de las guerras civiles y de las dilapidaciones de los Gobiernos.

La deuda pública, sin embargo, ha sido amortizada en proporcion considerable en el corto período de catorce años.

El monto primitivo de las deudas públicas consolidadas desde 1859 á 1872, ascendió á un valor nominal de § 61.024,160.

Y el valor de las existentes en circulacion el 1.º de Enero de 1873, era de § 41.481,235.

En catorce años se amortizó y rescató casi la tercera parte de total de la deuda pública.

El servicio de amortizacion ó intereses importa en efectivo por amortizacion § 10.305,405, y por intereses y comisiones § 12.153,955 ó sea un total de § 22.459,360 pesos.

Pero séame permitido todavía presentar bajo otra faz la vitalidad y el progreso ascendente de este país.

En 1860 se educaban en las escuelas públicas 1,228 niños; en 1866 esa cifra se elevaba á 4,055; en 1872 á 5,805, y en 1878 á 8,950. En diez y ocho años el aumento fué de 629 educandos por ciento.

En el año 1872 había inscritos en las escuelas públicas y particulares 16,786 educandos; en 1878 esa cifra se ha elevado á 32,895, equivalente á un aumento realizado en el trascurso de seis años, de 96 educandos por ciento.

Y un país que realiza esos prodigios bajo el dominio de Gobiernos personales y refractarios, sin haber alcanzado á consolidar sus instituciones, ni á mantener la paz por cuatro años consecutivos, ¿no tiene elementos económicos de nacionalidad?

Pero si el país en sí, se dirá, tiene elementos económicos de

nacionalidad, sus hijos carecen de aptitudes para conservarla y desarrollarla.

Y para abrumarme con la autoridad irrecusable de los hechos, se agregará: despues de cincuenta años de revoluciones y de anarquía, de sangrientas hecatombes y de heroísmos estériles, ahí está la realidad viviente, la aterradora realidad..... un pueblo inerte que se doblega bajo todas las imposiciones de la fuerza..... una tiranía que se hunde y otra tiranía que se diseña en el horizonte.

No es posible negar que el espectáculo que ha ofrecido este país desde su emancipacion es verdaderamente desconsolador; pero no adulteremos su significado, ni nos dejemos impresionar irreflexivamente por un hecho explicable bajo todos conceptos.

¿Podía, deb'a dar otros frutos la colonizacion española en el vasto continente de Colon?

¿El estado social y político de este país ha diferido ni difiere por ventura del de los demas pueblos del mismo origen, colonizados por los mismos medios, regidos por el mismo sistema, incubados por la bula de Alejandro VI, que acordó á las coronas de Castilla y de Aragon el de convertir á los salvajes ó de extinguir la idolatría en nombre del catolicismo? Demasiado sabe, mejor que yo sabe todo eso el doctor Bustamante, como sabe que nacieron y crecieron estas colonias de la América Española bajo la influencia de aquella civilizacion de supersticiones y de tinieblas que extendió por toda la Europa el despotismo sangriento y tenebroso de Felipe II.

¿Podía esperarse que estas colonias se convirtieran en pueblos libres, regidos por las más avanzadas instituciones, sin convulsiones, sin luchas, sin anarquía y despotismo?

Faltó á la colonizacion española el espíritu de la *Reforma*, aquel sentimiento íntimo de la personalidad humana que llevaron á la América Inglesa con Guillermo Pen y con Rogerio Williams los perseguidos y los proscritos de todas las tiranías.

Y por eso tuvo la América Española en la hora solemne de la independencia, guerreros inmortales como San Martin y Bolívar y caudillos populares como Artigas y como Güemes; pero no tuvo ciudadanos como Washington, como Madisson, como Franklin; por eso la América Española ha vivido medio siglo fluctuando entre la tiranía y la demagogia, y la América Inglesa realizó la República sin vacilaciones, sin desfallecimientos, sin excesos demagógicos y sin veleidades monárquicas.

Y es que la República venía incubada en el alma de los ilustres peregrinos de la "Flor de Mayo", y fué proclamada ántes que en la Convencion de Filadelfia, sobre la roca histórica en que los sublimes puritanos pisaban por primera vez la tierra de promision, que habían de poblar con su raza, de animar con su espíritu y de organizar con sus ideas.

Pero sea de ello lo que fuere, ¿es acaso nuestro país una excepcion en el continente sud-americano?

Todos los pueblos de la raza latina, de la colonizacion española, ¿no han pasado por los mismos sacudimientos, no han gemido bajo el látigo de miserables tiranuelos, no han pasado alternativamente de la opresion á la anarquía, sin acertar á resolver el problema de gobernarse por sus instituciones y sus leyes?

Si se exceptúa á Chile, que debe tal vez á causas de más profundas perturbaciones en el porvenir su quietud y su progreso, la República Argentina, Bolivia, el Perú, el Ecuador y Venezuela ¿han sido más felices que nosotros?

No hablemos de Bolivia, ni del Perú, ni del Ecuador, ni de Venezuela, muy abajo de nuestro nivel moral, más distantes de la solucion del problema; pero la misma República Argentina ¿no fué presa de la anarquía durante veinte años y durante otros veinte años víctima de la más ominosa tiranía?

Despues de derribada la tiranía, ¿no cayó nuevamente en un período de guerra civil, casi de disolucion, que llegó á comprometer hasta la integridad nacional?

¿No vivieron en guerra civil las provincias del interior? ¿no sufrió tres revoluciones sucesivas y otras tantas intervenciones la provincia de Entre-Rios? Hoy mismo, con excepcion de Buenos-Aires, ¿puede decirse que ninguna de las provincias argentinas haya consolidado la paz y asegurado el imperio de sus instituciones?

Sobre todo, hay dos fechas en la República Argentina que son la expresion más alta de esas situaciones que se encarecen para acusar nuestra incapacidad colectiva: el año 20 y el año 40, la anarquía de los tres gobernadores, y la tiranía de las matanzas populares y anónimas, coronadas con la santificacion de la efigie del tirano en los altares de la Iglesia Católica.

Luego, señores, si el espectáculo que ha ofrecido y ofrece nuestro país autoriza y justifica la solucion que proclaman el doctor Gómez y el doctor Bustamante, el espectáculo que ofrecen las Repúblicas Sud-Americanas nos llevaría á maldecir de la *Revolu-*

cion, y á conspirar para que el yugo de una poderosa nacion nos volviese á la servidumbre y nos restituyese á la plácida tranquilidad de los tiempos coloniales.

Pero no: los desastres, las revoluciones, la anarquía, el despotismo de medio siglo no son un argumento eficaz contra nuestra capacidad colectiva, porque existen causas diversas que explican estos hechos, y sobre todo porque la historia nos enseña que todos los pueblos en situaciones análogas han pasado por las mismas vicisitudes, han sufrido las mismas contrariedades y los mismos infortunios, sin desmayar por eso, sin abdicar, sin ocurrir al medio de suprimirse, confesando su incapacidad y su impotencia.

Los problemas sociales y políticos son gravísimos siempre; y resolverlos suele ser la obra de muchas generaciones.

Va á hacer un siglo que la noble Francia inició aquel vigoroso movimiento revolucionario, que llevaba en sus entrañas la transformacion social y política de todo el mundo civilizado, y que entre sus diversas manifestaciones de forma, incubaba la idea republicana que en día memorable salió radiante de luz de la cabeza olímpica del inmortal orador de la Gironda.

Entretanto trascurrió medio siglo y otro medio siglo casi, y la *idea* republicana, ahogada en sangre durante el terror del Noventa y tres, traicionada por el hijo predilecto de la Revolucion, escarnecida durante la restauracion borbónica, malograda en 1830 y que en 1848 desapareció con el segundo Imperio en medio de las claudicaciones de sus propios apóstoles, que llegaron á proclamar que el pueblo frances no estaba preparado para gozar de la libertad, ni tenía capacidad colectiva para realizar la República y divorciarse definitivamente del trono y del altar.

Entretanto, el segundo imperio traía á la Francia *la ignominia de Sedan y la invasion extranjera*, la mutilacion del territorio, el incendio de la guerra civil sobre las ruinas de la guerra nacional, los delirios insensatos de la Comuna, aquel año 70 de terrible memoria; y de la ruina de esa inmensa catástrofe surgió la República, magestuosa, tranquila, moderada, libertando el territorio profanado, restaurando por un esfuerzo vigoroso de la opinion pública las fuerzas enervadas de la nacion, y ofreciendo en el transcurso de algunos años el espectáculo de un pueblo regenerado, más vigoroso y más próspero que nunca: ¡consoladora justificacion del publicista y del poeta, de Ledru-Rollin y de Víctor Hugo!

Yo sé bien, señores, que no podemos halagarnos con la idea de

que se ha cerrado ó se cierra ya el período de la decadencia : una nube se disipa y otra surge más amenazadora en el horizonte ; á una ilusión sigue un desencanto ; á una esperanza risueña, una realidad implacable ; yo sé bien que la lógica de los acontecimientos nos augura todavía días inserenos y perturbaciones profundas , y mas aún , que no sería extraño que la jornada que empezó en el año *terrible* nos abocase á una segunda edición de la Comuna de París.

Pero asimismo, y todo esto quiero conceder para atajarme con tiempo de la réplica de mi amigo el doctor Bustamante ; pero asimismo, decía, no sería ni discreto, ni justo, ni patriótico abandonar el campo de la lucha y renunciar al *desideratum* que se persigue desde hace medio siglo !!!

El problema no es para nosotros ni complicado ni difícil, ni mucho menos insoluble.

Una hora de inspiración patriótica puede ser bastante para cambiar la faz de la República.

Tengo el presentimiento, ¡ qué digo ! la profunda convicción de que llegará un momento en que la reacción de la opinión será tan vigorosa en presencia de tantos sufrimientos y de tantos desastres, que bastará un hombre de buena voluntad, el *vir bonus* de Cicerón elevado al Gobierno por la voluntad de la Nación, para que empiece el reinado de las instituciones y con el reinado de las instituciones, la paz fecunda de la libertad en el orden.

Los pueblos que no tienen más problemas á resolver que el de gobernarse por las instituciones juradas, no están condenados á sucumbir ; la cuestión es de tiempo ; y de espíritus pequeños sería no hacerse cargo de que mal puede una generación encerrar dentro de sí misma los destinos de un pueblo.

Y aún cuando la generación á que pertenecemos no alcanzase á resolver el problema, no dejaría de haber cumplido su misión. De ella, dirán por lo ménos nuestros hijos : creyeron, lucharon, padecieron, se inmolaron ; dejan un grato recuerdo y son acreedores á nuestra simpatía y á nuestra veneración !

### III

Me apereibo de que vuelvo á caer en el defecto del lirismo que tan mal sienta á mi ilustrado competidor ; pero á ese respecto voy á permitirme decir al apóstol de aquí y al apóstol de allá que los

verdaderos *líricos* son los que sin darse cuenta de la realidad de los hechos, se abstraen en las regiones del ideal ó imaginan soluciones de todo punto imposibles ; y sobre todo, que, lirismo por lirismo, el mío respondería á la cuerda cólica del patriotismo y el de mi competidor á la cuerda floja de la utopía.

La anexión, la unión, la reincorporación, como quiera llamársele, de la Banda Oriental á la República Argentina, es una divagación, un sueño, una excentricidad, que ni ahora ni en un siglo llegará á preocupar seriamente á los hombres de Estado, porque es una cuestión juzgada y resuelta por los precedentes históricos, por los intereses actuales del continente americano y por las rivalidades eternas de las grandes potencias limítrofes.

¿ Pues qué, la paz de 1828 fué acaso una solución arbitraria ? Pues qué, ¿ han cambiado en lo más mínimo las circunstancias que impusieron el tratado de aquella fecha ?

Pues qué, la anexión ó la reincorporación de la Banda Oriental á la República Argentina, ¿ es acaso una cuestión de exclusivo interés oriental ? La anexión ó la reincorporación de la Banda Oriental á la República Argentina, ¿ supone el concurso de dos voluntades en primer término — la voluntad de la República Argentina para aceptarnos y la voluntad del Brasil para consentirlo ?

¿ A qué título, se dirá ? A título de que la independencia del Estado Oriental, aparte de responder á las tradiciones y á la voluntad del país, fué una solución de paz entre ambas potencias y de que ambas potencias son signatarias del tratado que reconoció la independencia del Estado Oriental.

Consentiría la República Argentina en la anexión ó la reincorporación de este país ?

Es posible que sí, si esa solución pudiera verificarse sin conmover fundamentalmente la paz internacional en el continente ; es posible que sí, si la República Argentina hubiese conseguido resolver todos los problemas que la perturbaban y la agobian y pudiera hacer frente á la resistencia del Brasil sin grandes sacrificios y con seguro resultado ; pero es seguro que no, mientras ese pueblo hermano lucha con las dificultades de la organización interna y no establezca una supremacía de fuerza que hoy indisputablemente no tiene.

¿ Se quiere una prueba evidente de que los hombres públicos de la República Argentina encaran de ese modo la cuestión de la anexión ?

Para tenerla no hay más que observar la absoluta indiferencia con que acogen las publicaciones del doctor Gómez, hechas en la propia prensa de Buenos-Aires.

Jamas tampoco se encará allí la cuestión como integridad del territorio, pues que prefirieron dejar á la Provincia Oriental abandonada á su destino, correr la suerte de su fatal estrella, aislarse con Artigas, gemir con la dominación extranjera en 1817 y pasar por fin á engastarse en la corona del nuevo imperio americano.

Vergonzosa solicitud sería la nuestra si avanzásemos un esfuerzo más para volver á la unión, exponiéndonos á un rechazo humillante.

La reincorporación del Estado Oriental es una aventura peligrosísima que la República Argentina rechazaría, aun cuando el pueblo oriental llegase á inclinarse por su voluntad espontánea á la solución que aconsejan el doctor Gómez y el doctor Bustamante.

Si en aquellos tiempos de levantados sentimientos y de heroicas aventuras, sobre las repetidas victorias de las armas republicanas en Rincon, en Sarandí, en Ituzaingó; con aquel ejército glorioso que descendía de los Andes con todo el enorgullecimiento de las victorias de Junin, de Múpú, de Chacabuco, optó por la paz al precio de la independencia de la Provincia Oriental, ¿cómo es creíble que después de medio siglo en que los vínculos del sentimiento nacional se han debilitado, aceptase las eventualidades de una lucha segura con el imperio del Brasil?

Pero ¿es seguro acaso que el Brasil asumiría una actitud de resistencia armada?

Todos, menos el doctor Gómez, tendrían el derecho de dudarlo, porque el doctor Gómez no ha llegado á persuadirse todavía de que el Brasil haya abandonado sus ensueños de ambición y de predominio sobre este país.

Y la verdad es que el Brasil no consentiría jamás que la Provincia Oriental se reincorporase á la República Argentina sino vencido por las armas y sometido por la ley de la victoria.

Pero ¿á qué título, se volverá á decir, podría el Brasil ni ninguna otra potencia extranjera imiscuirse en las cuestiones de la política interna de este país y poner su veto á las decisiones de su soberana voluntad?

¿A qué título? ¿lo necesitan los Gobiernos para arrastrar á sus pueblos á las guerras de ambición, de predominio, de equilibrio?

¿Los pueblos mismos obedecen acaso siempre en las relaciones

internacionales, á los preceptos absolutos del derecho y de la justicia?

Es el hecho probable, lógico, necesario, lo que debemos tener en cuenta, porque es el hecho el que nos abrumaría con su brutal elocuencia.

Y, señores, si hubiese peligro inminente de que la propaganda iniciada por el Dr. Gómez y secundada por el doctor Bustamante ganase terreno, hasta el punto de hacer probable, ó posible tan sólo, la solución que proponen, yo diría á mis compatriotas, nó solo desde esta tribuna, sino de todas partes donde pudiera hacer oír mi voz, que meditasen bien sobre las consecuencias de una actitud semejante por nuestra parte.

Yo creo firmemente que ni la República Argentina ni el Brasil osarían atentar á la independencia de este país, desde que este país fortificase cada día más el sentimiento de su nacionalidad y se mostrase digno del respeto y de la consideración de todos los pueblos civilizados; pero si nosotros mismos empezásemos por poner en duda la razón de ser de nuestra vida independiente y concluyéramos por proclamar á una desde arriba y desde abajo, publicistas y tiranuelos, que fué un crimen nuestra independencia, que carecemos de elementos y de aptitudes para conservar la nacionalidad y que somos por fin un pueblo ingobernable, la absorción y el repartimiento de nuestros despojos, después de una guerra sangrienta, sería considerado como un hecho perfectamente legítimo ó por lo ménos como una necesidad absolutamente justificable.

El término de la jornada iniciada por los propagandistas de la unión, sería muy probablemente otro muy distinto que el que ellos mismos tuvieron en vista.

Es muy probable que las potencias rivales concluyesen por realizar con nuestro territorio algo semejante á lo de la infortunada Polonia en el siglo pasado, sin que nos fuera dado sucumbir siquiera rodeados de las simpatías y de la consideración de los pueblos libres y de los hombres justos, pues que había razón para decir que sucumbíamos, no bajo la omnipotencia de la fuerza, sino bajo el peso de nuestra propia abyección.

Si el pueblo oriental ha desaparecido del mundo de las nacionalidades, se diría, es porque lo ha merecido, pues que cuando una nación ha llegado á tal extremo de abyección, que ella misma proclama su incapacidad y su impotencia, se puede decir con justicia, que no merece vivir.



Hé ahí la perspectiva que ofrece la aventura de la anexión: la guerra entre las dos poderosas naciones del continente, á que se asociarían por interés accidental ó por pactos sacrílegos de ambiciones territoriales, otros pueblos limítrofes; la guerra que empezaría por reducirnos á las condiciones del Paraguay, un pueblo extinguido, y concluiría por retacear y distribuir nuestro territorio según lo aconsejasen ó lo impusiesen las ventajas obtenidas de una parte y las derrotas sufridas por la otra.

Ya el Brasil nos usurpa una vasta zona de territorio en nuestra frontera, entre la laguna Merim y el Uruguay; y la República Argentina detenta á Martín García. Con que el uno extendiese sus fronteras hasta el río Negro y el otro ocupase el Sur, distribuyéndose los puertos de la embocadura del Plata, el problema quedaría definitivamente resuelto, á costa, es verdad, del suicidio de todo un pueblo.

Esta es la perspectiva real y verdadera que ofrecería la idea del doctor Gómez si ella llegase á hacerse sentimiento público en este país y se tradujese en actos concurrentes á ese fin, ilegítimo en sí mismo y desastroso en sus consecuencias necesarias.

#### IV

Pero yo quiero conceder que el doctor Gómez y sus colaboradores llegasen á convencer al pueblo oriental de que debe reaccionar contra la independencia que le impusieron, según ellos, D. Pedro I y el gobernador Dorrego y que ha conservado bien que mal durante medio siglo; yo quiero suponer que la República Argentina nos haría la gracia de aceptarnos como provincia confederada y que ni en el Brasil ni en Chile se preocuparían de esa insignificante evolución operada por interés privativo y en provecho exclusivo de la nación anexada; yo quiero suponer que todo pasaría sin agitaciones, ni perturbaciones, ni conflictos, ni guerras.

La República Oriental convocaría un plebiscito (los plebiscitos todo lo legitiman); ese plebiscito declarararía que es mentira que hayamos querido jamás ser independientes; que á la fuerza ó miserablemente engañados hemos librado batallas invocando la fementida independencia del país; que estamos hartos de sobrellevar esa pesada carga; que estamos persuadidos de que somos incapaces de llegar con ella al término de la jornada, y que por acto consciente, deliberado y libre, se votaría la reincorporación á la gran nación argentina.

Por su parte, la República Argentina sometería su proposición á un Congreso reconstituyente ó simplemente ordinario, y al día siguiente, á la bandera hecha girones en nuestras contiendas civiles, se sustituiría la bandera inmaculada de Belgrano, la que flameó sobre los Andes en el brazo invencible de San Martín y llevó la victoria y con la victoria la libertad y la independencia á los pueblos trasandinos.

Supongo que desde su cátedra olímpica no ordenaría mejor las cosas el maestro que predicó en primera línea la reincorporación de la Provincia Oriental.

Y sin embargo, señores, realizado todo eso, digo y sostengo que nada habríamos adelantado en el sentido de resolver el problema de gobernarnos en paz por nuestras instituciones y nuestras leyes, el único problema que no hemos podido resolver y el único que hoy mismo nos bastaría resolver para realizar cumplidamente el destino asignado á las agrupaciones políticas que aspiran á una personalidad independiente en el concierto de las nacionalidades.

Por habernos incorporado á la República Argentina ¿dejaríamos de ser lo que somos?

El sistema federal ¿no supone en primer término el respeto de la autonomía de las Provincias ó de los Estados confederados?

En el régimen interno de la Provincia ¿no seríamos árbitros de nuestros destinos? Los vicios y los defectos de nuestra educación política, de nuestras tradiciones, de nuestras luchas, ¿no obrarían en el mismo sentido subversivo á pesar del nuevo vínculo federal?

Las actuales Provincias de la Confederación Argentina ¿no conservan, cada una, el sello de su personalidad propia y no son lo que les permiten ser sus elementos de organización, su educación política, su grado de cultura, sus tradiciones políticas y sociales?

¿Qué son Jujuy y la Rioja, San Luis y San Juan? ¿Qué son las mismas provincias de Entre-Ríos y Corrientes, alternativamente devoradas por la anarquía ó sometidas á Gobiernos personales que se imponen y perpetúan transmitiéndose el poder con menosprecio absoluto de las instituciones que juraron y de los pueblos que representan?

Es explicable que desaliente y aterre á nuestros conciudadanos el espectáculo que ofrece la República; pero es incomprensible que no se aperceban de que el vínculo federal no ha tenido la virtud de elevar á un nivel moral más alto á las Provincias confederadas, y de que agregándonos á la Confederación, continuaríamos empeña-

dos en la solución del problema de nuestra organización interna y ligados en adelante á la solución de otros problemas que responden á causas más profundas y que son por lo mismo casi insolubles.

El sistema federal, por lo mismo que respeta la autonomía de las Provincias ó de los Estados, unidos por el vínculo de una representación común, no tiene la virtud de llevar á cada una de las Provincias ó Estados confederados el grado de cultura, la educación política, los elementos de orden, de estabilidad y de gobierno que haya podido alcanzar alguno de esos mismos Estados, ni de adaptar sus evoluciones políticas á la idea dominante en el Gobierno general de la Nación.

Buenos-Aires resolvió, con la caída de Rosas, el problema de gobernarse por sus instituciones y sus leyes, y después de Pavón ofrecía el espectáculo de un pueblo libre, señor de sus destinos, en posesión de todas las conquistas de la moderna civilización; y entretanto, Entre-Ríos continuaba gobernándose por el general Urquiza desde su estancia de San José, y Santiago sometido al Gobierno feudal de los Taboadas y las Provincias de Cuyo asoladas por las montoneras del Chacho.

El sistema federal no reconoce más medio de ejercer su autoridad y su influencia en el régimen interno de las provincias que el de las intervenciones para sostener á los Gobiernos constituidos y para obstar á que se altere la forma de Gobierno.

A las formas de Gobierno nadie atenta en estos países, porque todas las formas de Gobierno abren camino á las usurpaciones y al despotismo; pero suele atentarse á los Gobiernos constituidos, porque se constituyen y perpetúan por el falseamiento de las instituciones y de las leyes.

¿Se ha pensado lo que sería una intervención nacional en el Estado Oriental, con sus sentimientos ó sus preocupaciones de independencia que no se extinguirán en medio siglo, con sus tradiciones turbulentas y belicosas, con el concurso del Brasil á disposición de todas las manifestaciones de resistencia á la autoridad nacional argentina?

Es posible que las turbulencias y las luchas bárbaras de los partidos tradicionales se modificasen ó se acabasen; pero es seguro que se reabría un período de nuevas guerras civiles más encarnizadas y más asoladoras. Cada personalidad ambiciosa, cada caudillo indómito de este país se apoderaría, en la oportunidad

conveniente, de la bandera siempre prestigiosa de la independencia, y le sobrarían elementos y recursos extraños para mantener una resistencia tenaz y acaso para perturbar la paz en toda la República y aún para producir nuevos y gravísimos conflictos internacionales.

Yo no he podido explicarme todavía cómo hombres de la ilustración del doctor Gómez y del doctor Bustamante han podido ver la solución del problema que preocupa á todos los hombres sinceros de este país, en la anexión ó reincorporación á la República Argentina, y sobre todo cómo no ven que la anexión es una solución de guerra y de perturbaciones profundas que harían retroceder á los pueblos del Plata hácia la anarquía y el desgobierno de los tiempos pasados.

No me hago por eso ilusiones respecto de nuestra situación; no quiero disimularme sus inconvenientes y sus peligros, pero sostendré que el problema está planteado; que sus términos no pueden variarse y que es necesario perseverar en el propósito de resolverlo por más ruda y más ingrata que sea la tarea.

El medio, todo el mundo lo conoce: predicar el bien, educar al pueblo, fortalecer el sentimiento de la patria y convencer á todos de que solo la práctica de las instituciones libres y la observancia de las leyes juradas puede asegurar la paz, consolidar el orden, levantar el espíritu público y encaminar, una vez por todas, á este infortunado y martirizado pueblo hácia la realización de sus altos destinos.

No hay novedad, es cierto, en esta indicación; pero hay verdad, la verdad que es inmutable y que es la misma en todos los tiempos y en todas las situaciones.

Por querer hacer otra cosa, por desesperar de la verdad, cuando ella no produce resultados inmediatos, suele apelarse á los medios del empirismo con aplauso de muchas gentes de bien.

No hace mucho que la panacea para todos nuestros infortunios y para todos nuestros desesos era el *gobierno fuerte*; ahora esa panacea es la anexión á una nación relativamente poderosa.

Los recursos de la desesperación imponen esas soluciones; pero esas soluciones no son las legítimas y las saludables.

Esos arbitrios son hijos, al mismo tiempo, de la impaciencia, de esa impaciencia que quiere *hacer algo* en todo momento, y que increpa duramente á los que no hacen, sin darse cuenta de que hay negaciones que afirman, de que hay abstenciones que implican una acción vigorosa.

La frase *es de moda*, y empieza á gozar de popularidad.

*Es preciso hacer algo*, se dice, sin pensar que es preferible no hacer, á hacer el mal; sin pensar que hay ocasiones en que debe dejarse que las leyes de la naturaleza produzcan sus evoluciones, que una accion impremeditada y estemporánea podría contrariar.

El problema está planteado: la independencia de este país es un hecho producido por su voluntad consciente, afirmado por un tratado que es en sí mismo una solucion de paz entre los países limítrofes y confirmado por medio siglo de vida nacional; este país se ha dado instituciones que no funcionan ó funcionan mal; el problema está circunscripto á restaurar el imperio de esas instituciones, á popularizarlas ó imponerlas como una necesidad suprema, como el único medio de radicar la paz, de conservar la nacionalidad, de hacer libres, felices y dignos á los ciudadanos que se agrupan bajo su bandera.

La lucha no es nueva: es la eterna lucha del bien y del mal; no se oyen todavía las dianas de la victoria y nos esperan acaso nuevos sacrificios y nuevas derrotas; pero entre tanto no hay más camino que seguir, luchar, sin impaciencias que nos hagan perder terreno, sin desfallecimientos que nos desautoricen y nos desconceptúen, con la conviccion profunda de que servimos á la causa inmortal de la justicia, con la intuicion profética de que el porvenir nos vengará de las injusticias, de las derrotas y de las persecuciones del presente.

## V

Hé aquí, señores, mis impresiones expresadas á grandes rasgos acerca de la cuestion iniciada por el doctor Gómez.

Cada una de las fases de esta cuestion, que he iniciado ligeramente, daría materia para dos ó tres conferencias; pero la tarea es superior á mis fuerzas — que harto he abusado ya de vuestra atencion y de vuestra benevolencia; pero no dejaré esta tribuna sin hacer algunas salvedades meramente personales.

En el curso de este debate, he necesitado levantar las tradiciones de mi país, y me he visto obligado á presentar bajo su verdadera luz los sucesos y los hombres del primer período de la Revolucion de Mayo — he acentuado, tal vez con demasiada dureza, las acusaciones contra la tradicion argentina bajo su faz política,

y aún me he atrevido á señalar las sombras que rodean á su más alta personalidad militar, como el mejor medio de demostrar que todos los héroes son vulnerables si sólo se toman en consideracion sus debilidades y sus extravíos; y todo esto pudiera dar lugar á creer que me siento animado de prevenciones y antipatías injustificables contra la nacionalidad argentina.

Nada sería más injusto, sin embargo: corre sangre argentina por mis venas, y he seguido y sigo siempre las evoluciones políticas de ese gran pueblo con el mismo interes que las de mi propio país; tengo verdadera veneracion por sus glorias inmortales y profunda admiracion por sus grandes hombres; y ¿por qué no confesarlo? se contrista mi alma todavía cuando pienso que sin los errores y los extravíos de los grandes hombres de la Revolucion de Mayo, argentinos y orientales seríamos un solo pueblo, un gran pueblo, desde los Andes al Océano.

Pero no ha sucedido así, y la patria es siempre la patria.

No debemos apreciarla con la estrechez de vistas y con el criterio de los pueblos de la antigüedad, porque nuestros sentimientos se han emblecido; vemos hermanos en todos los hombres y colocamos el amor de la verdad y el sentimiento de la justicia sobre toda otra concepcion; pero no nos dejemos extraviar tampoco por el cosmopolitismo moderno, que tiende á suprimir ó anular el sentimiento sagrado de la nacionalidad y de la patria.

Euhorabuena que no nos expliquemos aquella alegría impía con que Tácito refirió las matanzas á que se entregaban entro sí los pueblos germanos; pero comprendamos y admiremos siempre aquel profundo sentimiento de legítimo orgullo con que Horacio exclamaba "que el sol no alcance á ver jamás nada más grande que Roma."

## Recuerdos de viaje en Patagonia

CONFERENCIA LEIDA EN EL ATENEO DEL URUGUAY

POR EL SOCIO CORRESPONSAL

DOCTOR DON FRANCISCO P. MORENO

Señores:

El "Ateneo" me ha nombrado su socio corresponsal: he aceptado con placer este honor, y vengo á agradecerlo públicamente y á principiar á cumplir con la agradable tarea que todo miembro de un centro intelectual como éste, tiene de contribuir á su desarrollo. Desgraciadamente, mi tema es árido para vosotros, que habéis escuchado tan bellas cosas en este recinto. La vida de viajero en tierras desconocidas, es monótona casi siempre y no muchas veces se presta para que se desarrolle la galanura del estilo.

Pocos son los que han tenido el don de hacer, al regreso á la civilización, la pintura fiel de lo que han observado en los grandes espectáculos de la naturaleza virgen; pero si no encontráis en lo que voy á deciros, las emociones, que son la verdadera piedra de toque que indica lo que es bello, os ruego que creáis que es el resultado de observaciones hechas *in situ* en las solitarias regiones australes de nuestro continente.

Voy á tratar de deciros como es que se presenta allí la infancia del hombre primitivo en sus primeros pasos y en su medio adecuado y os contaré lo que son aquellos territorios inmensos, donde la sociabilidad humana se encuentra aún en la primera faz de su evolución, y, así, si queréis cerrar un momento los ojos al cuadro presente, que os rodea, y mirar al través del espejo de la mente, podréis observar, casi al mismo tiempo, los dos extremos de la vida humana. Entraréis á la tienda de pieles, plantada frente á los hielos eternos, dominada por negros murallones de lava, y

alumbrada á estas horas por el humilde fogón indígena; volveréis en seguida á vosotros mismos, y seréis otros tantos distinguidos representantes del espíritu moderno. Habréis sido un momento hombres de la época de piedra, en las edades geológicas pasadas, sin dejar de ser los hombres que preparan la mies en la cosecha venidera, que será bien productiva en este suelo.

Doy pues principio á la relación sumaria de lo que he visto en Patagonia y contribuyo así con un toscó grano de cuarzo al macizo monumento del Ateneo, sintiendo al hacerlo, no tener palabras para expresarme al remontar el recuerdo á los centros donde se desarrolla mi tema de hoy, y compararlo con los pensamientos que se agolpan en mi cerebro al dirijiros la palabra.

Tenía veinte años, la edad en que nos preguntamos qué rumbo debemos seguir en el porvenir, y qué puesto desempeñaremos en la colectividad, de acuerdo con nuestras inclinaciones. Cerca de Buenos-Aires había regiones inexploradas: eran tentadores sus misterios, y resolvíme á tratar de aclararlos, siguiendo los impulsos que desde niño me excitaban á la vida de viajero.

Es ésta la vida que voy á contaros; ha durado siete años, en los cuales he visitado cinco veces la región patagónica.

En 1873 hice la primera excursión; estudié las inmediaciones del Carmen, en el río Negro, recogiendo preciosos materiales para el estudio de la antropología y arqueología americana. Diré de paso que las razas antiguas y actuales de la Patagonia forman una amalgama muy complicada. Son los restos de todas las razas que han vivido en ambas Américas y que en la lucha por la existencia, han sido vencidas y se han dirigido al Sur, donde se han extinguido muchas y otras se extinguen en estos momentos.

Esa excursión me reveló horizontes nuevos en la pre-historia americana; además, traté los indios *amigos*, averigué lo que encerraban las tierras lejanas de las cuales nos faltaban datos geográficos exactos, y conocí que en ese centro podría desarrollar durante largos años, la actividad que me proporcionaban mis inclinaciones.

En 1874, en cuatro meses de viaje, visité de nuevo el río Negro, continué con mayor fruto las excavaciones y alcancé hasta el río Santa Cruz, cerca del Estrecho.

Estas dos primeras excursiones me decidieron á emprender un viaje al interior del país, pues creía tener ya la preparación necesaria. En Setiembre de 1875 salí de Buenos-Aires con intención de atravesar la Patagonia setentrional hasta Chile, programa que no

había podido realizar ningún viajero. De Buenos-Aires me dirigí por tierra á Bahía Blanca y de allí al Cármen. Entre esos dos puntos estaba entónces el desierto; hoy los cruza el telégrafo. La civilización marcha á grandes pasos en América.

Ese trayecto ofrecía entónces pocos atractivos: principia la formación terciaria patagónica; disminuye la vegetación herbácea que cubre las inmensas pampas, como una verde alfombra mullida y cadenas de grandes médanos cortan la meseta, haciendo en ese tiempo difícil y peligroso el camino, pues escondían al indio en acecho de la presa cristiana. El río Colorado, que se encuentra á mitad de camino y que nace al pié de los Andes, riega un valle estrecho, verde, bordeado de sauces y grandes gramíneas, que ofrecen un interesante contraste con los arbustos espinosos, de hojas pálidas y oscuras, de la meseta.

El paisaje era poco animado. Además los indios malones estaban en la vecindad, y esperaban á los viajeros. Los tres muchachos que formábamos la comitiva tuvimos que marchar con cautela, desorientando á los que nos buscaban. En el río Colorado demoré algunos días para asistir á una fiesta india. Habían llegado tres jefes picunches con sus indiadas desde la falda del volcan Yaiwas, á hacer tratados con los blancos. La ocasión era aparente para iniciarse en el ceremonial indígena, alarmante para el que no lo conoce, y el que ya no me tomaría de sorpresa en las tribus que iba á visitar en las cordilleras. Hoy en el Colorado se forma un pueblo.

En el Cármen organicé la caravana; la componían: un indio como intérprete, otros cinco como peones y un antiguo prosidiario condenado á 20 años y á quien había ofrecido libertad si volvía con vida, y que desempeñaba las funciones de asistente; llevaba bastantes caballos y yeguas para nuestro alimento, y una abundante colección de abalorios y otros regalos para los indígenas.

Caminamos hacia el Oeste hasta el punto donde el río Limay, que desciende del Sud-Oeste y el Neuquen, que baja del N. O., se juntan para formar el río Negro, que habíamos costado hasta ese momento.

El valle, cuyo ancho varía de 5 á 15 kilómetros, es generalmente fértil; el río alcanza hasta 250 metros, con muchas islas, de las cuales algunas son muy extensas. Sus riberas están cubiertas de magníficos sauces. Es aquél el camino natural á las regiones del Sur de Chile.

El camino fué agradable; viajábamos con una centena de indios

en marcha contra una partida de sus enemigos que debían atravesar el río, cerca de nuestro camino, con una gran cantidad de ganado robado en las estancias de Buenos-Aires. Pocos días después franqueamos sobre una balsa la confluencia del Limay y del Neuquen y marchamos sin detenernos durante una semana á través de colinas, valles, gargantas basálticas, pequeñas cadenas graníticas y porfíricas que semejan catedrales góticas y ciudades en ruinas, hasta el río Collou-Curá (máscara de piedra). Allí había establecido un campamento araucano; más lejos, cerca del río Calefú, estaba el cuartel general del gran cacique Shaihueque, que comanda la región habitada por los indios mapuches y también, según él, toda la Patagonia.

Habíamos empleado hasta allí un mes de viaje desde el Cármen. Siguiendo las costumbres indias, envié inmediatamente dos correos al gran jefe para prevenirle de mi llegada y del deseo que tenía de conocer á un guerrero tan valiente.

Á la aurora del día siguiente vimos sobre las colinas, humos que nos servían de señales de paz, y poco después llegó uno de los hijos del cacique á saludarme en nombre de su padre y á invitarme á pasar á sus tiendas. Cuando llegamos, todo estaba en movimiento: los guerreros agitaban sus lanzas y corrían á caballo con gran velocidad, describiendo grandes círculos.

Las mujeres y los niños entonaban un canto monótono, casi lacrimoso, que expresaba los malos momentos y los peligros á que están espuestos los viajeros en un camino tan penoso.

Había allí un centenar de mujeres, mucho mayor número de muchachos, y los cantos, los gritos de los guerreros, las roneas trompas de cuerno y los lamentos de los perros grandes y pequeños, de los que había gran número, formaban una algarabía indescriptible, pero muy solemne para los indios.

El gran jefe me aguardaba, rodeado de sus parientes y luciendo sus más ricos tejidos. El caballo estaba cubierto de ornamentos de plata.

A su lado figuraba el jefe Puelmanque (cóndor del Este), uno de sus principales consejeros. Al acercarme, Shaihueque pronunció un discurso largo y caluroso, sacudiéndome la mano durante un cuarto de hora. Me hizo entrar en seguida á su tienda. Sus cinco mujeres me dieron á comer una abundante porción de carne de yegua y recién entónces pudo explicar el motivo de mi visita. Había oído hablar de su importancia, de su valor y había querido conocerlo

para ser su amigo, y siendo también un hombre muy curioso, deseaba recojer algunas plantas y animales ó ir á Chile para volver á mi patria. Le hice regalo de mi carabina (pues sabía que me la pediría), de mi vestido de cauchou y varios otros objetos, mantas y collares y aros para sus cuatro mujeres.

Me contestó asegurándome que nadie me haría mal sobre sus tierras, pero que no podía permitirme pasar á Chile, ignorando las intenciones que guardaba en el fondo de mi alma; podía mentirle como, según él, hacen siempre los blancos, y examinar los senderos de las montañas para venir después con un ejército y batirlo.

El rechazo de mi pedido no admitía réplica y tuve que contentarme con plantar mi carpa al lado de su gran toldo en medio de su campamento, que consistía ese día en diez grandes tiendas de pieles de guanaco, siendo la de Shaihueque, la mayor. Esta es casi circular, mide 12 metros de diámetro y en ella habitaba el gran jefe con sus cuatro mujeres, once hijos y las visitas. Hubo noche en que allí descansaron cincuenta personas.

Al otro día, Shaihueque, siguiendo el ceremonial, se presentó en mi carpa con el objeto de pagarme la visita, y esto que sólo nos separaban cinco metros. Mi recepción le pareció digna, pues le regalé una botella de cognac Martell, única en mi provision; la bebió toda y se embriagó. Las protestas de amistad se tornaron luego en amenazas. Shaihueque es terrible en este estado. Felizmente lo contenían sus mujeres y no logró herirme en la orgía que continuó esa noche. Había gran cantidad de aguardiente de Chile, y la tregua que había habido entre dos orgías era sólo motivada por mi recibimiento. Presenció entonces escenas desconocidas en la vida civilizada.

Era aquello el desenfreno más grande imaginable; ultrajes terribles se cruzaban entre más de cien individuos, hombres y mujeres, que se habían convertido en monstruos. Á la luz de hogueras sinistras, que desde el centro alumbraban el gran toldo, y donde se quemaban repugnantes desperdicios, las armas, escondidas momentos ántes, relucían, empuñadas por salvajes de melenas sueltas, de cuerpos bronceados, casi desnudos y de ojos chispeantes por la influencia del aguardiente, que había despertado el rencor á los cristianos.

Los gritos de los borrachos, los alaridos de los guerreros enfurecidos, los quejidos de los maltratados, los recuerdos de trágicos dramas relatados con feroz alegría, prometiéndose renovarlos, se

escuchaban entre el ruido producido por la lucha de los hombres y de las mujeres; los primeros, con los quillangos hechos girones, con las mantas caídas; las segundas, y más lascivas por los incitantes alcohólicos, y que se disputaban entre ellos. Las escenas de pugilato feroz ó las loncoteadas (arrancadas de trenzas) tenían lugar en medio de la sangre y despojos de animales recién muertos y entre los chillidos de los chiquillos y de los perros.

Concluyóse el aguardiente al tercer día y todo quedó tranquilo.

En ese campamento pasó algún tiempo. Os diré algo sobre él y veréis que la vida no era allí del todo agradable.

Los alimentos que generosamente nos brindaban, no eran aceptables para un estómago de blanco, aun cuando éste en travesía los hubiera probado. Los hígados, los mondongos, los pulmones y los riñones crudos de yegua y de otros animales que los indios saborean *majándolos en la sangre aún caliente, son bastante desagradables para un paladar civilizado.*

El mapuche (gente de los campos) es muy aficionado á los licores, y ésta es la causa principal de su rápida extincion.

Cuando consigue el aguardiente que los indios aucaches (ó valdivianos) traen á vender á los toldos, ó ha llegado el tiempo de la zarzaparrilla, el michi (duvaú) y las manzanas, las orgías son como la que acabo de describir.

Con el pretexto de propiciarse los favores del Buen Espíritu, hacen reuniones en las que, después de dar de comer y beber aguardiente á las piedras sagradas y á las víctimas ya sacrificadas, potros, yeguas, toros y ovejas y regado las lanzas, se entregan á borracheras desenfrenadas y beben días y semanas enteras. He presenciado algunas de ocho días de duración.

Entonces, los toldos se convierten en verdaderos campos de combate; si no se les ha quitado á los indios las armas, la sangre humana corre y su vista incita á aumentar las carnicerías. Así empiezan generalmente las matanzas de brujas ó infelices ancianas que el indio, en momentos de ceguera, cree causantes de sus desgracias y enfermedades.

Shaihueque vive en el ángulo que forma el Calcutú y el Yalaicura (hacen ruido las piedras), que desaguan casi juntos en el Colloncurá, en un precioso valle que se extiende al pié de la pintoresca Sierra de Tehilehuma, cuyo nombre significa agua que gotea, en el expresivo lenguaje de los araucanos. En ella nace el Calcutú de un pequeño lago.

La sociabilidad de aquellas comarcas tiene rasgos originales.

Las mujeres, las hacendosas araucanas, trabajan desde el amanecer en la preparacion de los alimentos, en el arreglo de su toldo y en el cuidado de sus pequeños hijos.

En los momentos que las dejan libres esas ocupaciones, tejen con aparatos sencillos magníficos ponchos.

El hombre, por el contrario, es haragan como casi todos los salvajes: acostado boca abajo ó recostado sobre un quillango, pasa el tiempo conversando de sus combates, de sus mujeres, de sus cacerías y de sus caballos. Sólo cuando la comida falta y el hambre le apura, sale de su apatía en busca de guanacos (con cuyas pieles las chinas forman luego quillangos) y á sacar la pluma de los avestruces ántes de empezar la muda.

La noticia de una carrera ó de un beberaje anima al indio, quien rara vez deja de asistir á esas fiestas.

El gran parlamento (aucan-trahun) donde debía expresar al "Consejo de los Viejos" el motivo de mi visita á sus campos, tuvo lugar en el despoblado de Quem-quem-treu, á orillas del Collon-curá. En esa ceremonia tomaron parte cerca de 500 indios, que bien dirigidos por sus capitanes, hicieron todas las evoluciones de estilo, peligrosos ejercicios que asombran y dejan ver al extranjero la indiferencia salvaje que tienen por su vida. Es un vértigo belico que se apodera de ellos.

Duró diez horas, en las cuales estuvimos sin bajarnos del caballo y acosados por la sed, respondiendo á las preguntas astutas de los capitanes. Negado el permiso que solicitaba para pasar á Chile, me dirijí invitado por el cacique Ñaucu-cheuque, á visitar sus toldos situados en un valle distante. En el trayecto desapareció mi bolsa de viaje con mi diario, quizás estraídos por algun desconfiado cacique de los que formaban el Parlamento, en un momento en que descansábamos en un bosque haciendo nuestro frugal almuerzo de frutillas y manzanas verdes.

Los toldos de Ñaucu-cheuque estaban situados en uno de los parajes más bellos que conozco, en el fondo de un valle, al que se descende por la escarpada ladera de una sierra, desde cuya cumbre había admirado los cercanos picos de los Andes, rojos y dorados por el sol y el reflejo del cielo de la tarde, y despues plateados por la luna llena.

Hambrientos llegamos á esos toldos, ya avanzada la noche. Cientos de perros salieron á recibirnos en el camino, alumbrado por los fo-

gones de los guerreros Pehuenches (gente de los Pinos) y despues de haber escuchado en silencio los cantos monótonos, penetramos en el gran toldo, donde agasajado en extremo y regalado con frutillas, servidas en pequeñas fuentes de plata, pasamos una de las noches más agradables de ese viaje.

Frente á esos toldos, en Pungechaf, hay un promontorio basáltico con columnas gigantescas que desvían el curso del Chimehuin, entre cuyas negras rocas tendía mi recado en las noches terribles de borrachera que tuvieron lugar en esos días.

Festejaban los Pehuenches, con un huecu-ruca, baile de tres dias, alrededor de una damajuana durante el dia, y de la hoguera durante la noche, la primera menstruacion de una jóven, demostrando así la importancia que parecen reconocer en esa manifestacion de la naturaleza.

Cúpome en el baile el rol de músico, encargado del rali ó plato de madera cubierto con un pergamino pintado, y que se golpea acompasadamente con dos palillos y á cuyo son saltan y hacen contorsiones cinco bailarines, comunicando frenético entusiasmo á los concurrentes, que se animan con el olor de los manjares, preparados por las chinas.

Mientras tenía lugar la orgía que sigue regularmente á las fiestas (en ellas no se emborrachan), recorrí durante vários dias las rojas praderas de frutillas, y los bosques de Pehuen (*Araucaria imbricata*), de manzanos y de la preciosa Fitz-Roya-Patagónica, que forman todos una verde guirnalda alrededor del magestuoso volcan Quetro-pillau (cerro truncado), gigantesca válvula por donde ántes escapaban los vapores interiores, y hoy dia cubierta de eterno hielo.

De regreso á Caleufú, encontré á Shaihueque ebrio, que festejaba la visita del cacique Quinehaua. Había desconfiado de mí durante mi ausencia, por noticias traídas por los indios Aucaches, y hubo de negarme el permiso para llegar al lago Nahuel-Huapi; pero tuve más suerte que el viagero Musters, que fué obligado á regresar á Chile, despues de haber estado á punto de perecer en esos toldos, en los cuales vivió una semana.

Mis palabras calmaron la desconfianza y pude emprender mi excursion al lago, amenazado siempre con las utralalves ó monstruos que se ocultan en las sierras, con las anchimalleguen ó walichus enanos que viven en las cuevas con el tralecan ó trueno del volcan Tronador.

Shaihueque me hizo decir por el intérprete que si llevaba en mi

corazon otra cosa que lo que yo lo había dicho ó si tenía más de uno de estos órganos, como había oído decir de muchos cristianos pícaros, el tralcan enviar sus rayos y las lluvias para darme muerto y que los pigmeos me arrojarían flechas y piedras para herirme.

Pasamos fértiles colinas y divisamos el río Limay, que como serpiente de planta, corre por entre sierras cubiertas de cipreses hasta una gran altura, tanto que muchas veces sus copas se esconden entre las nubes.

Á la tarde llegamos al paso que describe Musters.

Poco más al Sur, el río tiene numerosas vueltas: allí fracasó la expedición de Cox. Hice noche en este punto y asamos un pedazo de cordero (las provisiones eran escasas) que llevaba atado á las tientas del recado y que mi hambre, despertada por las brisas frescas, había despojado de su gordura en el camino.

La lava que cubre las montañas les ha dado en este punto un bello particular: grandes fragmentos aparecen suspendidos como estalactitas, otros se elevan como dulos de gigantes amenazando el cielo.

Dos días despues llegamos al lago Nahuel-Huapi, llamado así en las relaciones de los jesuitas, que tenían en sus inmediaciones una mision hace cerca de dos siglos.

Apurado por el hambre volví á los toldos de Caleufú, y despues de presenciar el gran Camaricun, rogativa á Dios (fiesta anual), motivada, segun los indios, por mi próximo viaje, pero, segun creo por la llegada de bebida (la borrachera duró seis días) me puse en marcha para Buenos-Aires. Fué entónces cuando atentaron seriamente contra mí los capitanejos Praillan y Llofquen, hijos del cacique Huillicheupu (pedernal del Sur) que había muerto en Buenos-Aires, donde había ido á hacer tratados y que los indios creían víctima de una brujería del Gobierno. Felizmente el cacique Molfinqueupu (pedernal sangriento) me previno á tiempo.

En las orillas del río Negro encontramos algunas partidas indias que conducían á Chile parte de las haciendas robadas en la gran invasion en la provincia de Buenos-Aires al sublevarse la tribu del cacique Catriel. Felizmente sólo tuvimos que combatir con una, sin haber perdido ninguno de los compañeros.

En ese vinge había recorrido el río Negro y el Limay desde su embocadura en el Atlántico hasta su nacimiento en el Nahuel Huapi. Ese inmenso lago que descarga en dicho río el sobrante de sus limpias aguas, de pintoresca y grandiosa perspectiva, presenta entre

las montañas uno de los más bellos paisajes de esas regiones. Donde acampé había una faja angosta de tupida vegetacion, cuyas raíces revuelven en busca de alimento, cientos de jabalíes y que sirvo de abrigo á los confiados hueumes (*cervus chilensis*), crece al borde de las agitadas olas que revientan entre las rocas erráticas y de trecho en trecho un ciprés (*libocedrus chilensis*) levanta la elevada copa, como un centinela solitario que desafía las tempestades andinas.

Llegué á Buenos-Aires á principios de Marzo de 1876. Los estudios sobre las tribus que había examinado, me indujeron á hacer una excursion al interior de la República, á la provincia de Santiago del Estero y Catamarca, donde tuvieron asiento las grandes civilizaciones hoy extinguidas.

Al regreso resolví continuar mis viajes en la region austral; había vivido con los araucanos y deseaba visitar los Patagones para compararlos. En Octubre del mismo año partí en direccion al Río Santa Cruz; llevaba un bote, tres marineros y un grumete. Visitamos primero el río Chubut y la colonia situada en su desembocadura. Formé allí una coleccion botánica y geológica, y en una excursion á una sierra vecina, descubrí un carin funerario como los que, segun dicen algunas personas, se encuentran en el Departamento de Maldonado; recogí seis cráneos humanos, y en el valle tuve la suerte de encontrar dos esqueletos modernos de tehuelches y el cadáver de otro, de Sam Slick, el hijo del cacique Casimiro Bigua, que visitó en otro tiempo á esta ciudad y que había rehusado el acompañarme en mi viaje al interior, á pesar de haberlo recogido herido de bala en mi primera visita al río Santa Cruz. El pobre Sam había sido asesinado esos días por un fueguino llamado Chesco, que más tarde fué mi acompañante al descubrir el lago San Martín. En seguida del Chubut visitamos á Puerto Descado, entónces desierto, y que es el paraje más pintoresco de la costa oriental de la Patagonia.

El puerto es uno de los más conocidos de la Patagonia y protegido contra casi todos los vientos. Aunque en su entrada hay arrecifes, éstos se distinguen á baja marea y pueden ser marcados. Puerto Descado será con el tiempo cabeza de una provincia argentina.

El 21 de Diciembre pasamos el cabo de San Francisco, admiramos las rectas capas arenosas y calizas de la meseta y los verdes manantiales de hilos cristalinos que caen al mar y á medio día



fondeamos frente á Monte Entrance, en la entrada de la Bahía de Santa Cruz.

En la bahía principió nuestro trabajo de exploracion. Echamos el bote al agua, embarqué en él mi gente, y emprendimos la tarea que habia de conducirnos á los Andes. Cruzamos á remo por entre tropas de juguetones delfines negros y blancos que retozaban por centonares en las tranquilas aguas de la Bahía, pero luego alcanzamos el punto donde ya la marca descendía y principió el remolque de la pesada embarcacion, que surcó más tarde las aguas de los lagos vírgenes. Al dia siguiente entrábamos en la casita de la isla Pavon, la poblacion más austral argentina. Allí me aguardaba el teniente Moyano, que me acompañó en el transcurso del viaje.

Antes de internarme resolví hacer una excursion á la isla de Leones, á orillas del Océano. Visitamos las ricas salinas, las ruinas geológicas que semejan los restos de un gran anfiteatro cuya arena es el mar, el pié del histórico peñasco, la caverna vecina donde encontramos maravillas de vida inferior, de esa vida vegetativa marina, tan interesante para el observador de la naturaleza en sus múltiples manifestaciones, donde cada color es representado por líneas animales, y regresamos á Pavon, á prepararnos para la gran cruzada. En esos dias llegaron algunos tehuelches, y como nos faltaran caballos que nos ayudaran en el trabajo de la sirga que debía ser muy penoso, resolví ir á los toldos en busca de algunos. Despues de tres dias de viaje, llegamos al campamento situado en Shehuen, á orillas de un río, que no habia figurado hasta entónces en las cartas geográficas. Por su valle puede llegarse sin dificultad hasta los Andes. Los indios nos recibieron bien; los regalos de bayeta roja y azul, las cuentas y algunos cuchillos, despertaron la alegría en las humildes tiendas.

Los patagones son conocidos por su estatura, que los antiguos viajeros han exagerado á veces. No os haré una descripcion de su tipo ni de sus costumbres, pues haría interminable este relato: os diré solamente que son nómades, que viven en tiendas de pieles más rudimentarias que las de los araucanos; que aún usan instrumentos de piedra y que su único alimento lo proporciona la caza. Han abandonado el arco y la flecha y sus armas consisten en lanzas y bolcadoras. Son buenos y hospitalarios. Tuve la suerte de medir el cuerpo de algunos y puedo decir que aunque no son verdaderos gigantes, son, sin embargo, la raza de estatura más elevada del globo: miden, término medio, 1.852 m. Las mujeres son

mucho más bajas. Se dice generalmente que su nombre de patagones les viene de sus piés que son muy grandes y sin embargo, mis medidas me han mostrado que deben ser colocados en el número de las razas que los tienen más pequeños. El nombre que se dan ellos es el de Ahoknekenkes, es decir, hombres del Sud.

El patagon es aún más sucio que el araucano. La residencia en su morada no tiene nada de risueña. La limpieza es desconocida y aconsejo á las personas de estómago débilmente constituido que no penetren nunca en ellas. No tentaré de describir su cocina; los parásitos abundaban allí, los perros se encargaban de espumar el puchero que hervía en un antiguo tarro de pintura. La carne del avestruz nos era repartida de la misma manera que emplea el cazador cuando distribuye el alimento á una numerosa jauría; cada uno debía vijilar el pedazo que le arrojaba el indio cocinero, so pena de que los perros, que siempre están atentos, fuesen más listos.

Difícil fué la negociacion para obtener caballos. Los indios se resistían á alquilarlos, protestando que no comprendían para qué los queríamos; algunos creían que íbamos á ponerles el bote sobre el lomo. Sin embargo, un perro de los llamados *pelados* fué más amable y nos sacó de apuro. Segun su propietaria, que lo era la mujer del gefe de la tribu, Conchingan, ese pelado era rico, poseía cuatro caballos, dos vacas y un toro, es decir, la fortuna más considerable de la tribu. Ignoro cómo el perro accedió á lo que le pedimos, pero lo cierto es que por intermedio de su propietaria nos alquiló la mitad de su tropilla.

El valle de Shehuen, en ciertos parajes situados al Este de los toldos en el trayecto de la ida, no presenta sino desolacion, y las mesetas denudadas y casi sin vegetacion tienen uno de los aspectos más tristes de Patagonia, pero á partir de ellas, hacia el Oeste, el paisaje es inverso: todo cambia; el valle es más angosto, más verde; el pasto amarillento, es más visible y tupido y las mesetas tienen sus escalones más inmediatos. Además, las montañas que se elevan al N. Oeste, cruzan el horizonte, y al Oeste, la grandiosa cordillera, erizada de picos siempre nevados, celestes y blancos, se presenta unas veces como nubes y otras contorneada severamente en el espacio azul, ostentando la esplendidez de los soberbios gigantes.

Mi anhelo de algunos años se satisfizo con mi llegada á Shehucu. Creo que el único modo de comprender la vida primitiva

para los que estudiamos la infancia remota del hombre, es admirarlo y observarlo en sus primeras impresiones, que en Patagonia, como en África y otras partes, reflejan los primeros pasos de la humanidad.

Su industria, apénas en bosquejo, hace resaltar allí los grandiosos adelantos de nuestro siglo y el espíritu investigador del viajero se retempla al poder recorrerlos en un momento, y comparar el casi desnudo tehuelche, armado algunas veces del cuchillo y del rascador de piedra, consigo mismo, munido de la brújula y del sextante. ¡Cuánta compensación encuentran sus esfuerzos! Sin verdaderos sufrimientos se transporta realmente desde el refinamiento de la civilización y de la ciencia á los tiempos fósiles. En el transcurso de dos meses el viajero puede recorrer miles de siglos y puede ver á su abuelo armado unas veces de un filoso casco de piedra, disputando su alimento á las fieras, y otras, combatiéndolas con las armas de acero que su nieto, llevado por la fuerza irresistible del progreso, ha conseguido fraguar, metamorfoseando con la evolución de su inteligencia, el cuchillo ó la flecha de sílex.

Regresamos á Pavon con cuatro caballos y con los que había alquilado al gaucho mestizo de indio teníamos lo suficiente para emprender la ascension del río. Todo quedó listo el 15 de Enero y dimos principio á la tarea, llevados por la confianza que da la ignorancia del porvenir y la voluntad decidida de alcanzar nuestro objeto.

Ibamos á tentar lo que Fitz Roy y Darwin no consiguieron en 1834, cuando trataron de alcanzar las fuentes del río en tres botes balleneros y diez y ocho marineros, además de un cuerpo de oficiales, y posteriormente los marinos chilenos, que lo han tentado dos veces en lanchas á vapor. Sólo el teniente Feilberg, de la marina argentina, había conseguido en 1873 remontarlo hasta el punto donde nace en un lago que él creyó fuera el descubierto por Viedma, pero que no pudo navegar. Yo tenía la confianza de que el éxito coronaría nuestra obra y que resolveríamos el problema de las nacientes del gran río.

Nuestros recursos no se podían comparar con los de nuestros predecesores. El bote que llevaba era en extremo pesado y sus condiciones náuticas muy malas. Medía cerca de nueve metros, lo que corresponde á ocho remeros y sólo llevaba dos y un timonel, el teniente Moyano y el grumete que debía ir por tierra acompañando al gaucho que conducía la caballada.

El trabajo fué laborioso y muy penoso; la velocidad de la corriente era demasiado grande para ascender el río á remo ó á vela y fué necesario remolcar el bote en todo el trayecto. Marchamos durante un mes, siempre en el agua. Las angosturas, entre enormes barrancas, de las que se habían despeñado fragmentos, formaban pequeños rápidos que nos obligaban á hacer esfuerzos enormes para vencerlos. Otras veces, las vueltas bruscas del río, con alguna diferencia de nivel, aumentaban la velocidad de las aguas, y en un minuto, por la rotura del cable del remolque, perdíamos el camino hecho en un día.

Las barrancas llegaron á ser tan abruptas que tuvimos que abandonar la ayuda de los caballos y remolcar, dentro del agua, con ella hasta el cuello, durante días enteros y otros, entre el barro y los arbustos espinosos y á veces desde una altura de treinta metros donde una mala pisada podía llevarnos á la muerte; llegamos hasta tener que abrir con la pala pequeños canales en los parajes en que las rocas de la orilla rechazaban la embarcación.

La primera parte del trayecto es triste y más ó menos uniforme; las mesetas terciarias desnudas en sus flancos y áridas en la planicie, no se destacan bien contorneadas en esa monotonía que resulta de la disposición igual que ha producido la acción del tiempo en una misma formación geológica. El río en su parte oriental, está sembrado de islas, pero estas desaparecen poco á poco y la vegetación se hace más dura, á medida que se avanza en la planicie del valle, bordado por las graderías gigantes que se desvanecen gradualmente hácia el occidente, y los únicos puntos que ofrecen algún verdor, son pequeños sacos de barrancos bajos cubiertos de pedregullo grueso, restos del antiguo ventisquero y por cuyo centro corre el gran río.

Cuando principiamos á distinguir en el horizonte los cerros negros y volcánicos, aumentaron nuestros trabajos. Sólo el deber patriótico de hacer en nuestro país lo que no habían hecho en él los viajeros extranjeros, pudo darnos fuerzas. Nuestras ropas y nuestro calzado se habían destruido y pasamos momentos en que la vida dependía sólo de segundos de esfuerzos. Hace cinco años que sufro de las enfermedades adquiridas esos días.

Tuvimos la mala suerte de encontrar el río en las peores condiciones, una inundación anormal duplicaba las dificultades. Llegamos así á la región de las lavas que ha descrito Darwin. Son basálticas, columnares y en capas muy espesas. Esas lavas negras, cortadas

de tiempo en tiempo por quebradas y gargantas profundas, donde algunas manchas verdes señalan otros tantos manantiales, no sólo cambiaban el aspecto de la region recorrida, sino que hacían aún más difícil el camino; los grandes trozos caidos y las escarpas de los peñascos á pique contribuían á ello. Allí empezamos á encontrar en abundancia las grandes piedras erráticas, de las que habíamos visto algunas aisladas en la desembocadura del río. El Santa Cruz es el desagüe de un antiguo ventisquero y el tamaño de los trozos erráticos y la extension de las morenas aumenta á medida que se avanza hácia los Andes: allí cubren el valle y las mesetas.

Esa region volcánica forma en la soledad de las mesetas parajes más tristes, más imponentes, verdaderamente salvajes. Esas negras moles geométricas contrastan con el celeste del cielo y también entónces, con el blanco bote que luchaba en las aguas azul-verdosas del torrente. Estas forman allí grandes remolinos y nos exponíamos á zozobrar á cada momento, siendo aquel el paraje más peligroso que menciona Fitz Roy, pero, cuando el desaliento se apoderaba de nosotros, bastaba que mirásemos al suelo y encontrásemos un viejo tronco hachado por los marinos ingleses, para continuar con fuerza la tarea.

Después de 25 días de marcha llegamos al punto donde se detuvieron Fitz Roy y Darwin; los chilenos apénas habían remontado un tercio del curso del río. El país continuaba desierto; no se veían pisadas de los indios y sólo conocimos la antigua presencia de los indígenas por las puntas de flechas de sílex que recogíamos en las orillas.

Creímos por un momento tener la misma suerte de los marinos ingleses; la vuelta rápida del río que hizo retroceder á Fitz Roy estaba delante; la inundacion había cubierto todo el valle inmediato al río; la corriente era muy rápida y las aguas se extendían de una á otra barranca hirviendo y saltando sobre las piedras erráticas y los arbustos. Sin embargo, en tres días de esfuerzos franqueamos el mal paso. Un espectador impasible que hubiera mirado la escena que se desarrollaba en el centro de esa vuelta, dominada por barrancas á pique, de las cuales se desplomaban grandes fragmentos al llegar las avalanchas de la corriente y donde el bote con sus tripulantes luchaba por vencer esos obstáculos, hubiera creído empresa de locos el trabajo que hacíamos, casi desnudos, con el cuerpo en el agua helada, la cabeza calentada por

el ardiente sol y marchando uno tras otro, arrastrando la embarcacion que lentamente avanzaba. Eran esos días, en la vida civilizada, los días de carnaval; allí nosotros parecíamos cinco Neptunos estrafalarios, pero que no jugaban con el agua, sino que luchaban contra ella.

En estos trances perdimos casi todas nuestras provisiones, pero ¿qué importaba, cuando teníamos delante las Cordilleras? Sus picos nevados, blancos y azules, se destacaban del ciclo, y las montañas cada vez más cercanas nos indicaban que el lago no estaba distante. Dos días después, el 14 de Febrero, pudimos convencernos de que las llanuras del Misterio llamadas así por el almirante Fitz-Roy eran lagos de agua dulce, que se extendían hasta los Andes.

Las últimas horas de trabajo de remolque á pié, fueron duras; atados á las cuerdas de remolque hicimos las últimas cuerdas, cayendo y levantando, hasta que el bote flotó mansamente en el lago (50° 13' latitud Sur. Allí se nos ofreció á la vista un espectáculo magnífico. La monotonía del paisaje había desaparecido como por encanto; á los dos lados, Norte y Sud, sobre la meseta elevada de mil metros, se levantaban picos aislados, negros, basálticos, inclinados, formados por la ruptura y por el levantamiento de las capas; al N. O. el pico que el almirante Fitz-Roy había divisado desde lejos y bautizado con el nombre de Castle-Hill, se elevaba á 1.300 metros como una fortaleza gigantesca, cuya torre destruida, estaba manchada de blanca nieve; al Sud-Oeste los humos de los bosques incendiados por los indios impedían ver el paisaje por ese lado; al Oeste, más allá de una cadena de montañas boscosas, entre las que penetraban brazos del lago, las magestuosas Cordilleras mostraban sus picos blancos y sus ventisqueros inmensos; algunos témpanos, inmóviles en apariencia, se elevaban del azul del lago, semi-dorados por el sol de la tarde que desaparecía del otro lado de los Andes; las orillas del Este estaban cubiertas de médanos ó de playas blanquecinas y en algunas partes las aguas saltaban sobre grandes trozos erráticos; de espacio en espacio, promontorios salvajes avanzaban hacia el lago sus altas paredes oscuras talladas á pique.

Dos días después, navegábamos en el lago. Eramos los primeros hombres que surcaban las aguas de los ventisqueros andinos; el humo había desaparecido y pudimos gozar de la espléndida vista que nos ofrecían las nieves eternas, cruzando las rosadas brumas de la mañana. Como desgraciadamente el bote era de malas condiciones, sólo podíamos maniobrar con gran dificultad, y tuvimos que obe-

decer á los fuertes vientos del Oeste, que nos arrojaron á la costa norte del lago con algunas averías.

Aprovechando una buena brisa, continuamos, dos días despues, la navegacion hacia el Oeste para llegar al ventisquero que teníamos delante, pero estalló una tormenta que nos obligó á derivar hasta el lado Sur, pasando por entre grandes masas de hielo flotantes. Nuestros esfuerzos para remontar el río habían destruido todas las cuerdas, y sólo pudo disponer de cuarenta metros como línea de sonda. No encontramos fondo y el lago debe ser muy profundo, pues flotan en él témpanos de 30 metros de alto. La tormenta nos arrojó sobre una playa rodeada de rocas, donde perdimos casi todas las provisiones.

Durante algunos días los vientos nos impidieron continuar la marcha adelante. Reconociendo los alrededores, en las barrancas de un promontorio tallado á pique, vimos algunos abrigos que habían sido habitados por los antiguos indígenas. Sobre las rocas había pintadas figuras de diversos colores y recojimos puntas de flechas, cuchillos y rascadores de piedra y huesos de guanaco tallados para extraerles la médula. Cavando una pequeña caverna, descubrí un cuerpo humano momificado, pintado de rojo, adornado de plumas de avestruz, y con una larga pluma negra de cóndor entre los brazos. Tenía cortado el cabello y deformado el cráneo. Su posición era más ó ménos la misma de las demás momias americanas; se cubría la cara con una mano. Las figuras pintadas eran de los mismos colores y de las mismas formas que las que se han descubierto en el Arizona, al Norte de Méjico, en barrancas iguales. Ved qué indicios proporcionarían al estudio de las antiguas razas americanas esos restos exhumados en el solitario lago andino!

El mal tiempo continuaba y los días pasaban. Resolví cruzar de nuevo el lago, volver á mi campamento, donde había quedado el gaucho y el grumete, y dirigirme en seguida al Norte en busca de nuevos descubrimientos. Aprovechando un momento de calma, lanzamos el bote al agua y principiámos á navegar, pero poco despues, la tormenta estalló de nuevo, y pasamos casi toda la noche á merced de las olas embravecidas y expuestos á naufragar á cada golpe de ellas entre los hielos. Perdimos el timon y las olas nos arrojaron á la costa con grave peligro. Abandonamos gran parte de las colecciones, pero salvando la momia.

Durante nuestra ausencia, habían llegado algunos indios del

campamento: se habían trasladado de Shehuen á un paraje situado solo á un día de marcha del lago y venian á buscar el azúcar y la galleta que habíamos convenido como precio del alquiler de los caballos. Les di la mayor cantidad posible, quedando nosotros casi sin recursos, pero debía continuar el viaje y para ello contaba con esos indios. Regaléles un pequeño órgano y los despachó anunciando mi visita á los toldos, y al día siguiente, partí, dejando dos marineros y el grumete al cuidado del bote.

El país que atravesamos es muy accidentado. Las mesetas terciarias, dislocadas, muestran en sus flancos inclinados capas fosilíferas, y capas de lavas hendidas siembran el camino con sus negros trozos. Los depósitos glaciales alcanzan un espesor de 70 metros.

Encontramos á los indios en el fondo de una garganta. El gigante Colohuó nos recibió, vestido con su enorme quillango de guanaco, la cabellera suelta al viento, y tocando las cuadrillas de Orphico y Minc. Angot. Los aires de la popular música francesa, no se perdían entónces en un estrecho teatro: tenían su eco en el sonoro basalto y las alegres armonías se perdían en las desiertas mesetas, junto con el de los gritos de la indiada.

¡Qué agradable fué al viajero el escuchar entre el estentóreo alarido primitivo, único signo de gozo ó de venganza y que necesita un oído salvaje para distinguir la sensación que expresa en su ruda modulacion, el cadencioso himno que entonaban unos maderos pulidos, algunos pequeños clavos y una piel curtida, puestas en movimiento por la mano de un indio! Los patagones estaban contentos conmigo. Conseguidos cuatro caballos y algunos pedazos de carne de yegua para provision, marché llevando conmigo al asesino de Sam, el fueguino Chesko, quien me había dicho que conocía otros lagos y continuamos nuestras investigaciones. Dos días despues llegamos á otro lago, más pequeño que el anterior, pero más hermoso. Está rodeado de montañas de crestas nevadas y cubiertas de bosques en sus faldas. La vegetacion patagónica había sido reemplazada por la selva antártica. El monte Pana, volcan que, segun los indios, humeaba hasta hace pocos años, desprovisto de verdura, muestra allí la estructura de sus flancos desnudados. Los macizos de las montañas del Sud-Oeste tienen sus cumbres talladas en forma de torrecillas de iglesias góticas blancas, rojizas y negras.

Un gran canal traía de otro lago situado detrás de la cadena del Oeste, algunos témpanos; uno de éstos estaba varado al lado

del punto donde acampamos (49° 12' latitud Sur). En un riacho que desciende de los cerros inmediatos al Pana, recojimos algunos fragmentos de lignita y fósiles que creo del período cretáceo. Aquel paisaje es bello, pero solitario. Dile al lago el nombre de "San Martín"; pagaba así tributo al gran héroe, el inmortal escalador de los Andes que tenía enfrente.

La carne se había concluido; el hielo del témpano si bien entretenía espíritu, no alimentaba el estómago y tuvimos que marchar al Sur; á través de un país montañoso en busca del gran lago que vió Viedma.

Dos días despues llegamos á las orillas de ese gran mar dulce interno que se extiende por más de 14 leguas al Oeste N.O., rodeado de montañas tristes y heladas. Aunque más grande que el primer lago, que sólo mide 10, no ofrece un panorama tan bello. Del punto en que nos encontrábamos apercibíamos en el fondo un inmenso ventisquero que llega hasta la superficie del lago, resto de la antigua llanura helada, y las nubes al disiparse dejaron ver un imponente volcan, cuyo cráter se eleva á más de 2,000 metros.

Sus flancos se destacan negros sobre el blanco manto de los ventisqueros que rodean su base. Apénas humeaba, pero el fueguino me dijo que á veces arroja gran cantidad de cenizas. Esa montaña, como todas las que tienen el mismo origen, las llaman los indios *chalten*. La bautizé con el nombre de Volcan Fitz-Roy en recuerdo del marino inglés que tanto ha hecho por la hidrografía de Patagonia.

Allí encontramos la comida que necesitábamos, pues la casualidad nos hizo hallar un avestruz con una pierna rota.

Costeamos las orillas del lago, llegamos á un punto donde desagua en un rio que había visto en el Norte del primer lago comunicando ambos (49° 48' latitud Sur), y allí, miéntras admiraba el volcan y tomaba mis notas, sin armas, fuí atacado por un leon hambriento: felizmente las heridas no fueron graves.

Los tehuelches me han mencionado varias veces y con terror supersticioso el volcan y la montaña humeante. Es el *chalten* que vomita humo y cenizas y que hace temblar la tierra; sirve de morada á infinidad de poderosos espíritus que agitan las entrañas del cerro y que son los mismos que hacen tronar el témpano que se desmorona en el lago. Todo lo que no se explica por causas sencillas, encierra un misterio para el indígena primitivo y esto motiva que, en sus supersticiones, jueguen un papel importante los

fenómenos volcánicos. Las imaginaciones infantiles, aún embrionarias, ven siempre en las grandes manifestaciones físicas de la vida del globo, influencias sobrenaturales, y es por eso que el inculto tehuelche no se explica si no es por obra de maléficos espíritus, cómo la tierra tiembla y el fuego brota de la elevada chimenea, polvoreando de ceniza la region inmediata donde el ventisquero grietado envía de cuando en cuando algunos de sus helados hijos, á vagar y morir en el profundo lago. La indiferencia del indio que poco admira las obras de la naturaleza, desaparece y se apodera de él un respetuoso espanto por el *agschem* cuando cuenta los estragos del terrible espíritu del fuego, encarnado en las llamaradas que pocas veces se elevan por el negro cráter, y cuando recuerda los quejidos de la nieve eterna, manto misterioso que cubre los cerros y que se desprende y se fragmenta al sentir el calor vital interno.

Grandioso espectáculo debe presenciar el salvaje al pié del *chalten* cuando, en la noche, el fuego brota del centro del agua congelada en las altas montañas ó ilumina como gigantes faros con sus rojizos resplandores las blancas nieves de los Andes y las azules aguas del lago, miéntras la densa columna de negro humo oculta las brillantes estrellas del Sur.

Este volcan es la montaña más elevada de las que se ven en estas inmediaciones, y creo que su cono activo es uno de los más atrevidos del globo.

Del lago Viedma regresamos al campamento donde había dejado el bote, pues del Argentino; nuestras provisiones eran ya muy reducidas á causa de las pérdidas sufridas en la ascension del río y en la navegacion del lago. Resolví allí, emprender el regreso, pero ántes hice una excursion á caballo hasta los Andes. Tardamos dos días en llegar al punto más avanzado, hasta donde el caballo podía marchar y acampamos el 12 de Marzo en un hermosísimo paraje á la hora en que las nubes pardas abandonaban las alturas y buscaban sus nidos en los flancos de las montañas inmediatas. Os pido disculpa nuevamente por si me detengo en este momento de mi viaje.

Hace dos años que una comision chilena llegó á caballo desde Punta Arenas hasta el punto donde acampé esa tarde, y si bien el teniente Rogers, que la mandaba, dice haber visto en los árboles golpes de hacha, no creo que yo pudiera haber pasado más adelante, lo considera como de todo punto imposible. Os aseguro,

señores, que mucho más lejos; en el punto que indicaré, está el documento precioso de los viajeros — la bandera de la patria — aguardando que la acaricie algún otro de sus hijos.

En ese punto, al Sur, casi perpendiculares, á unos dos centenares de metros, los flancos de una elevada montaña, nos mostraban tristes y renegridos troncos. Al Norte, el anchuroso brazo lacustre bañaba el lóbrego pié de un bosque virgen que se eleva tupido en la empinada falda de otra montaña. Al Oeste en el primer plano, un grupo de árboles gallardos de flexibles ramas y de rectos troncos, resaltaba de los contrafuertes parduzcos de los peñascos, reflejando sus lucientes hojas en las aguas de un bullicioso torrente. En seguida, lomadas cubiertas de vegetación, preceden á rugosos cerros, y más lejos, entre la niebla de la lluvia y las sombras del chubasco que la descargaba sobre nosotros, se elevaba aguda, atrevida, una inmensa mole radiante de blancura, entre rosados tintes que comunican al cielo, allí tan despejado, el sol que en estos momentos alumbraba el horizonte inmenso del Pacífico, y que se despedía de ella dándole la última caricia de la tarde.

Esta montaña la llamé el "Cerro de Mayo". Su pedestal azul no se distinguía entonces; las nieblas lo amortiguaban á la vista, pero su inmensa aguja paleocristica, se destacaba del cielo celeste á través de la capa de nubes. El lago no tenía nombre, dile el de mi patria. Es hoy el "Lago Argentino".

Al día siguiente marchamos costearo la orilla del lago. La naturaleza no había sido hollada por la planta del hombre civilizado; las tupidas ramas de árboles gigantesos que crecen en las faldas de los elevados cerros, sobre los detritus dejados por los hielos al fundirse, ó innumerables torrentes pequeños que se desprendían de las cumbres de los montes que he llamado de "Buenos-Aires" hacían sumamente difícil el camino. No nos preocupamos de los pequeños fragmentos de oro que arrastran los torrentes que lavan el cascajo aurífero. Seguimos adelante hollando helechos y espesos musgos, apartando las barbas vegetales (misodendron) rojizo-amarillentas arrolladas, que cuelgan de los inmensos coigües (*Fagus betuloides*) y de las hayas de oscuras y plegadas hojas (*Fagus antarcticus*). En estos árboles se albergan algunas orquídeas (*Azarea?*) y la parásita *Cyttaria* anaranjada, alimento del salvaje, plantas ambas que buscan la sombra de estos bosques seculares donde bullangueros loros (*Conurus*) y trabajadores carpinteros (*Picus*) mezclaban sus alegres vocinglerías á la de los torrentes, mién-

tras el hálito andino penetraba en la enmarañada arboleda y sacudía los racimos de corales que cuelgan de las hermosas y arbóreas aljabas ó fuchsias. Muchas veces caminamos arrastrándonos bajo un lóbrego techo vegetal, entre piedras erráticas inmensas; otras el torrente á pique cortaba nuestro paso: cruzamos la bulliciosa corriente por sobre alguna haya añosa, ó seguimos por alguna escalinata geológica, formada por la desagregación del esquisto micáceo de los cerros. Llegamos así hasta la punta donde impedía continuar más adelante un precipicio separado del macizo de la Cordillera por un hermoso canal que arrastra témpanos, ramificación del lago.

Inútil fué que tratáramos de cruzar el inmenso peñón; la arcilla esquistosa que lo forma está quebrada en grandes fragmentos verticales y no dá paso.

El paisaje allí es grandioso; la Cordillera en el fondo está blanca de nieve; las montañas que al N. O. de nosotros se destacaban separadas solo por el brazo del lago, tienen en sus cimas trozos de hielo y sus bases están cubiertas de bosques inmensos; algunos árboles de estos destacan sus copas del seno de las aguas; los torrentes rasgan las montañas. Donde cesa la vida vegetal y donde aparece la nieve mortal, se ven vistosas capas de arcilla esquistosa, sinuosas y onduladas caprichosamente, señal evidente del estrechamiento del Andes gigantesco. Todo esto forma un magnífico conjunto en la falda del eje de América.

Descansamos un momento, al reparo de un gran tronco abatido por la tempestad, y á la tarde emprendimos el regreso, despues de dejar solitaria, como signo de nuestro paso, clavada sobre un enorme fragmento de roca, testigo mudo de la poderosa erosión de los hielos, y rodeada de verdes helechos y rojos fuchsias, la bandera patria que nos había acompañado durante toda la expedición y cuyos colores copiaba entonces la alfombra blanca de nieve recién caída y el celeste del hielo eterno que cubre desde la cumbre el inaccesible piso de "Mayo".

Esos colores que se habían reflejado en las aguas de los lagos Argentino, Viedma y San Martín y que habían sido más de una vez saludados por el alarido del gigante patagón, lo son aún hoy por las salvas atronadoras que producen los aludes al desprenderse de los ventisqueros vecinos. Los exploradores chilenos no han llegado hasta allí.

De vuelta al campamento del bote, principiamos el descenso del río, en el que hicimos algunos sondeos que nos indicaron una

profundidad variable de 8 á 25 metros, pero creo que en tiempos ordinarios el mínimo de las aguas será de 5 metros. La operación del sondaje era sumamente peligrosa á causa de la rápida corriente; podéis juzgar de ella si os digo que el trayecto recorrido en 25 días de continuo trabajo, lo desandamos en 23 horas y media! Hubo momentos en que el bote no obedecía al remo; giraba rápidamente, lo batían las olas encontradas y parecía hundirse en los grandes remolinos. En fin, el 19 de Mayo lo amarrábamos en la isla Pavon. Traíamos colecciones, valiosas á pesar de las pérdidas habidas; entre ellas, fósiles desconocidos que recuerdan las poderosas faunas perdidas de los Estados-Unidos, el herbario con la flora de la region, la momia, el diario de viaje y la satisfaccion de haber llenado el objeto del viaje. Había navegado en las aguas del lago y había conocido la serie de los que dan sus aguas al océano por el río Santa Cruz. En Pavon dejé parte de la gente y me dirigí á Punta Arenas, donde llegué despues de 7 días de marcha. En el mes de Mayo desembarcaba en Buenos Aires con el espíritu satisfecho, si bien con la salud quebrantada. Había que trazar algunas líneas negras en la blanca carta de Patagonia. El lago Viedma ya no estaría solo. El "Argentino" y el "San Martín" le sirven de compañía. El volcan "Fitz Roy" alumbra sus aguas.

Bastante enfermo durante dos años para poder continuar los viajes, me ocupé en organizar el Museo Antropológico fundado á mi regreso, del cual había sido nombrado Director.

A principios de 1879 el Gobierno de la Nacion resolvió enviar una comision exploradora á Patagonia y me confirió su direccion. Debíamos recorrer la costa y el interior de ese territorio y la Tierra del Fuego. En Octubre zarpamos; remontamos con el vapor *Vigilante* 400 kilómetros del curso del río Negro, y despues de haber reconocido la navegabilidad del río para vapores de esa clase, dimos comienzo á la exploracion de las tierras y de las costas de la Patagonia setentrional. Yendo del Norte al Sur, esperaba recorrer esas regiones en un tiempo que no excediera de dos años.

La primera seccion del programa comprendía el territorio situado entre el Atlántico y los Andes, el río Negro y el río Chubut, es decir, 35 grados en cuadro. El 11 de Noviembre salí de Viedma acompañado del ingeniero D. Francisco Bovio; llevaba dos marineros, un indio araucano y otro valdiviano, que en precio de su libertad (estaba preso por homicidio) me prometía servirme de

guía en el interior: llevaba caballos en abundancia y cincuenta yeguas para alimentarnos. Durante algunos días marchamos al interior siguiendo el curso del río, atravesamos la poblacion de los dios que se decían amigos y que ya auguraban mal del resultado del viaje. Supimos que un convoy de víveres había sido atacado y asesinado, sus conductores en el mismo paraje donde en 1876 había peleado con los indios de Namuncurá.

Esa noticia coincidía con la llegada de una caravana de aspecto sospechoso compuesta de unos 68 indios de Shaihueque, que traían el pretexto de venir á negociar. Con la experiencia que me habían dado los viajes anteriores, conocí que entre ellos estaban los asesinos y que la tranquilidad de las tribus andinas no debía ser duradera.

El caso era serio y me dirigí al campamento de Choelechoel á conferenciar con el General Villegas, quien ordenó la prision de toda la caravana. En caso que á la mía le fuera mal, y que las tribus del interior se hubieran sublevado, la prision de 68 indio con sus 400 caballos y la no entrega de las raciones que venían á buscar, importaba una presa respetable. Por lo que toca á nosotros, comprendíamos que la vida del explorador es la del soldado; mis instrucciones nos ordenaban reconocer los ríos, las montañas y los bosques del interior y debíamos cumplirlas; pero como el peligro era inminente, aumenté el personal y el Sr. General Villegas puso á mis órdenes dos bravos veteranos de entera confianza, hombres enérgicos, y sabéis vosotros lo que valen los hombres que reúnen estas condiciones. Os contaré más adelante los servicios que rindieron esos héroes de la pampa.

En la tarde del 27 de Noviembre abandonamos la orilla del río Negro en Cashtre, paraje situado á los 65° 5' de longitud O. de Paris. Llevaba 16 hombres, entre blancos é indios. Once íbamos armados; infelizmente el día ántes cuatro indios habían pasado á todo escape hacia los Andes á anunciar mi salida y nuestra situacion se volvía con todo difícil.

La region que atravesamos al principio no tenía agua potable y marchamos por mesetas más ó ménos cubiertas de pastos y arbustos y franqueamos profundos valles impregnados de sulfato de sodio. Ese territorio, completamente inhospitalario, es temido por los indios. En el lugar llamado Bajo del Walichu encontramos uno de los altares primitivos, donde depositan las ofrendas que les sugiere el tema; consistían en fragmentos de ponchos y otros obje-

tos; el indio supersticioso cree que así el Buen Espíritu lo preservará de la sed y de la fatiga en esa travesía donde más de uno ha perecido.

En dos días de marcha llegamos al arroyo de Balcheta, que riega un valle encajonado entre terrenos terciarios y primitivos. Fijamos su posición geográfica y cambiamos rumbo hacia el S.O.

El 7 de Diciembre el termómetro marcó dos grados bajo cero, y el barómetro 1,196 metros sobre el mar, en la cumbre de uno de los conos volcánicos de Yagagtoo, cuyas escorias rojas, amarillas, con los colores de la llama interna, festonean los cráteres hoy extinguidos y cubiertos de gramíneas y calcícolas. La sólida planicie de lava, ondulada suavemente por el enfriamiento, se extendía en todas direcciones, grietada en profundas rajaduras de paredes negras, columnares, á pique. Parece aquello una región caótica. Continuamos nuestro camino por entre mesetas inclinadas, levantadas, hundidas, destrozadas por los saedimientos y separadas por gargantas hondas y salvajes, limitadas al O. S. y N. por líneas montañosas azules, que en día claro rompen el horizonte de la superficie monótona del más grande manto de lava del globo.

A la salida de ese casi laberinto encontramos los pórticos que dan entrada al llano de Yamnagoó, tan celebrado por los indígenas. Monumentos geológicos, que son una de las maravillas patagónicas; trozos de mesetas terciarias, coronadas de basalto negro, que parecen colosales murallas, restos de fortalezas ciclopeas. La capa volcánica, que las cubre, cae á pique sobre el terciario que forma el talus y la desmembración de los macizos cristalinos, las ha dividido en tres partes, formando tres grandes semi-círculos volcánicos, cuyos centros, cubiertos de grandes trozos de piedra, parecen brechas abiertas por gigantes. Miden cada una, con los derrumbes, 300 metros de diámetro en su base, por 80 á 100 de elevación. Cruzamos esas enormes puertas y penetramos en el famoso valle, primero estéril, luego fertilísimo, y á la tarde instalábamos en él nuestra carpa, á orilla de los manantiales de Sheela, próximos á otro gran lienzo de muralla geológica, cuya larga sombra bañaba los juncos y la laguna, mientras el sol inundaba de luz la llanura pedregosa, y destacaba las siluotas de las sierras vecinas.

Hasta ese día, ningún indígena se había presentado; todos los campamentos estaban abandonados, y ya se hacía necesario cierto descanso, que al mismo tiempo proporcionara variedad de observaciones al espíritu. Los espectáculos de la naturaleza sin el hom-

bre, no son completos. A pesar de lo imprevisto que eran los cuadros, que cambiaban á cada etapa la vida humana, á ninguno de ellos les daba ésta el tinte que yo buscaba, descando matizar con el bullicio salvaje la solemne soledad del desierto.

*El espléndido cielo, las quebradas sombrías, las mesetas, los inmensos llanos cubiertos de arbustos, los torrentes alegres, los rugosos peñascos rojos, que como restos de esfinges se levantan desnudos de entre las espadañas, los gigantes caños de órgano del basalto, que reflejan en las pequeñas lagunas, y los fenómenos del espejismo, con sus mágicas imágenes, perdían una gran parte de sus atractivos con el silencio del desierto, turbado sólo por el relincho del guanaco, que alertea al viajero, ó el graznido del cóndor, entre la niebla que cubría tarde y mañana, las altas gargantas. El abandono del país garantía la seguridad de la caravana, pero con él las impresiones que proporciona la sociabilidad indígena corrían riesgo de no producirse. Es así que al entrar en el gran llano, vimos con placer, columnas de humo que se elevaban en todas direcciones y que anunciaban al cazador salvaje en las inmediaciones.*

El círculo de humos era inmenso, pero el centro, el llano, estaba desierto, y el campamento indígena completamente abandonado. La muerte parecía perseguir á sus habitantes. A pocos pasos del punto en que clavamos las estacas de la carpa, encontramos varios caballos sacrificados, que mis guías reconocieron como propiedad de un viejo médico hechicero que había muerto últimamente; más distante entre los rastros de otros toldos, otros caballos muertos anteriormente, recientemente ahoreados.

El primer día no vimos ninguna nueva señal que contestara á las nuestras; resolví enviar dos chasques, uno al Sud, otro al N. O. en busca de campamentos habitados y mientras tanto nos entregamos á la caza del guanaco, en Yamnagoó, el paraje más conocido de Patagonia para cacerías, todo previo consentimiento del propietario de la región.

Me indicaron como tal, un gran fragmento errático, que para los indios es una anciana y dueña de las regiones vecinas. Ese peñasco está cubierto con los objetos que se depositan en él como impuesto de las cacerías, y que consisten en ramas y pedazos de ponchos; nosotros contribuimos con un tributo generoso ante aquella ara que recuerda el culto primitivo de la piedra.

A los pocos días continuamos, no habiendo encontrado los chasques, los indios que buscaban. Poco después al subir á la cumbre de



una colina divisamos los mezquinos toldos en un valle estrecho, verde, lleno de manantiales, dominados por murallones volcánicos, semejando ruinas gigantescas. En medio de animales domésticos que los rodeaban, veíanse algunas mujeres que llegaban con la carga de leña y con los zurrones de agua de las fuentes; una multitud de muchachos y de perros rodeaba la caza que los cazadores de la mañana habían boleado en los alrededores. Todo estaba tranquilo allí, y nada anunciaba en el aduar nuestro próximo arribo; los cencerros de la tropilla que bajaba de la empinada pendiente, dieron la alarma. Los hombres que dormían al sol, corrieron en todas direcciones en busca de la lanza y del caballo, mientras que las viejas, las víctimas seguras de la guerra entre salvajes, se escondían entre los arbustos. Las mujeres jóvenes se juntaron sobre una pequeña eminencia, pensando, quizás ya, en el nuevo dueño, si resultaba fuerte enemigo el que llegaba. Esos pobres indígenas no sabían á qué atenerse, galopaban, recojían el ganado, pero no mostraban apuro por aproximarse á nosotros. Sólo al rato lo hicieron y nos gritaron si éramos amigos. Mis guías los conocieron, se dijeron los nombres, y un momento despues nos encontramos en medio de unos cuarenta hombres, casi desnudos, que nos miraban con sorpresa.

El intérprete dió principio á su cometido y supimos que nos encontrábamos entre amigos, *en casa* del cacique Puitchualao, jefe de los Quirquinchos, de la tribu de los Gennaken, la raza que desecaba conocer desde largos años. Los hombres continuaron desconfiando; pero los muchachos y las jóvenes de 12 á 15 años, casi desnudas, medio envueltas en sus sucias mantas de pieles, se mezclaron con mi comitiva, atraídos por la curiosidad. La luz de algunos fósforos que se emplearon para encender cigarrros, les sorprendía tanto, que olvidaban el primer temor.

Establecí la carpa á algunos metros de las 8 que formaban el campamento de mis nuevos amigos.

Una vez arreglada la carpa y pasado el temor inspirado por la instalacion del teodolito, que fué objeto de viva discusion entre los sencillos espectadores, salieron las viejas de sus escondites y avanzaron solemnemente una á una hasta frente á nosotros; rodeáronnos en fila compacta, y mientras continuábamos siendo motivo de detenido exámen por los muchachos y mocetones que nos observaban tendidos sobre los mansos caballos, principiaron un canto bien poco armonioso, coreado por los ahullidos de los cientos de perros

de todas clases é interrumpido por interminables aclamaciones, exhaladas por gargantas cansadas, sexagenarias; era aquello una muestra de la cortesía del hijo del desierto que nos daba la bienvenida y recordaba las hazañas de la familia de mis guías. Los gennaken tienen divisas de familia, como los pieles rojas; mi caravana era dirigida por los descendientes de los "días" ó del "sol que va marchando," familia en otro tiempo poderosa, y hoy representada sólo por tres ó cuatro individuos.

Nada de más sucio y de más repelente que esas viejas de cara color *vieux-chêne*, arrugadas, semi-pintadas de rojo y negro, de pequeños ojos escondidos por los mechones de pelo duro y grisiento que cuadraban esas fisonomías de brujas, de senos caídos y mal cubiertos por un manto inuando que señalaba sus inmensos vientres. El olor que despedían esas mujeres era insoportable; pero ellas parecían ignorarlo, y durante todo el tiempo que duró la observacion astronómica no dejaron de enviarnos sus efluvios poco aromáticos. Esperaban una muestra de la generosidad del blanco que consistió despues en yerba y azúcar.

A pesar de estar sólo á 100 metros de su toldo, enviamos un emisario á Puitchualao para anunciarle "que me ponía en camino para saludarlo". Mi huésped había hecho arreglar ya sus mejores pieles y almohadones; en ellos tomamos asiento con mi excelente compañero, el ingeniero Bovio, entre los dos guías. Las dos hijas del cacique estaban encargadas de acumular detras de nosotros todas las pieles posibles para el reposo de nuestras espaldas, cansadas del largo viaje.

Puitchualao es un anciano de sesenta años más ó menos, de cara cuadrada, cubierta de arrugas, bajo las que se adivina la maciza contestura del cráneo; había sujetado su larga cabellera con la vincha *araucana*, y envuelto su cuerpo en un quillango nuevo que dejaba ver su ancho pocho castaño y sus fornidos brazos y piernas. Nos dió la mano con el aire de un hombre civilizado, y presentándonos á su hermano mayor, el "Capitan Chico", conocido universalmente, segun él mismo, nos hizo una abeccion larguísima, en lengua pampa, de la que sólo obtuvimos del intérprete la esencia. Nunca había soñado tener el honor de recibirnos en su toldo, y ese acontecimiento llenaba de alegría su campamento.

Por mi parte, díjelo que la relacion de las antiguas hazañas de los pampas había llegado hasta los blancos, y que mi visita era motivada por el vivo deseo de conocerlos. En prueba de mi amis-

tad, le ofrecí una damajuana de aguardiente (bien aguado) para que festejaran el día en que nos conocíamos. El regalo fué recibido con las mayores muestras de contento, y los apretones de mano se repitieron. El Capitán Chico nos dijo que seguramente en nuestro país habíamos oído hablar de él, y mostrándonos su mano, añadía: "es de plata", aludiendo probablemente á su pretendida fortuna en la caza.

Es necesario tener un buen estómago para resistir una hora en la tienda gennaken; es difícil hacer la descripción de su suciedad. Ya he hecho en otra ocasión la del *karu* tehuelche, que le es bien semejante; diré solamente que las dos muchachas, las mejores muestras de la belleza pampa, que, en cuclillas, sostenían los almohadones que nos servían para reposar las espaldas, pasaban su tiempo invitándose mutuamente con los insectos que en ellos cazaban con gran facilidad, mientras hacían comentarios sobre las caras blancas, hasta entonces desconocidas, los anteojos y las polainas. De tiempo en tiempo daban un mordisco á un pedazo de sebo de oveja que alimentaba al mismo tiempo á dos pelados regañones.

A pesar de estar el aguardiente bien cargado de agua, la borrachera fué general en la tribu. Fué imposible dormir esa noche; las mujeres se revolcaban en los manantiales y las viejas se arrancaban el pelo, lamentándose á gritos de pasadas desgracias, y las peleas entre los hombres fueron numerosas. Puitchualao no cesó toda la noche de buscarme para demostrarme su grande amistad; durmió todo el siguiente día, tendido en la puerta de mi carpa, lo que no le impidió al tercero enviarme á decir que había pasado borracho dos días y que creía contentarme diciéndome que él y su gente se encontraban buenos.

Estos indígenas pertenecen á una de las razas americanas más próximas á extinguirse; siguen la suerte de los bravos charrúas; ántes de diez años no podrá contar un solo representante de la nación numerosa que encontraron los españoles de la conquista. La decadencia de ciertas razas americanas muestra su inferioridad con respecto á otras indígenas de América que resistirán más tiempo á la influencia étnica del blanco, si su destrucción no se acelera por las armas. Los gennakens, así como los ahoneckens ó patagones, están destinados á extinguirse rápidamente; su carácter, sus costumbres, completamente primitivas, no pueden resistir un cambio de medio rápido y se les ve languidecer y perecer sin asimilarse con las razas invasoras.

Los gennakens conservan aún tradición de haber habitado las llanuras porteñas; los viejos me han recordado cuando vivían al Norte de la sierra del Tandil. Han emigrado al Sur en el siglo pasado. En tiempos de D'Orbigny vivían entre el 39° y el 40° de latitud Sur, sobre todo en las orillas del río Colorado. Habían sido numerosos; pero entonces ya las guerras y las enfermedades los habían reducido á 500 ó 600 individuos; hoy día los he encontrado á 300 kilómetros al Sur del Colorado, y creo no equivocarme al asegurar que en toda la Patagonia no viven más de 20 individuos, verdaderos Gennakens, la raza que ha dejado señalado el camino de su emigración por sus restos mortales. Los gennakens se parecen físicamente á los patagones, pero hablan una lengua bien diferente, sobre todo de la de los araucanos.

El paraje en que nos encontrábamos se llama Yaquelcaguay (casa de los loros); está encajonado entre rocas volcánicas, y el pequeño valle es evidentemente glacial en parte; la lava que domina imponente las humildes tiendas de pieles, destaca sus enormes cristales irregulares negros, semejando torreones góticos. La región es fértil, aunque triste; las fuentes cubren de verdura la base del basalto, pero la aglomeración del cascajo que forma antiguas morenas, no alimentan sino arbustos espinosos y cactus. El basalto es rojo, negro y muy versicolor en partes. El campamento se halla en 41° 51' de latitud Sur y 76° 16' de longitud Oeste de París; su altura sobre el mar 992 metros; es decir, ya más elevado que la región andina del Oeste. (Mis observaciones en Nahuel Huapi dan sólo 723 metros).

El 31 de Diciembre, habiendo resuelto continuar la marcha, lo anuncié así á Puitchualao.

Nuestros adioses duraron dos horas; por su parte no tenía alimento para la conversación; pero como era necesario mostrarse buen orador, me contó cuántas veces se encendía el fuego en su toldo, cómo se le conservaba, las penas que tenían las mujeres para juntar la leña, los grandes beneficios que las llamas les proporcionaban, sobre todo durante el invierno; todo me indicaba recuerdos del primitivo culto del fuego, una de las bases de las grandes religiones.

El Capitán Chico también lucióse; me refirió sus imaginarios combates y me recomendó que dijera á todo el mundo que su salud era buena.

Bien temprano levantamos el campo para continuar hacia los

Andes; las viejas volvieron á decirnos adios con sus monótonos cantos y las muchachas recogieron las cajas de sardinas vacías, objetos preciosos para el tocador indígena.

Bien grande es la miseria de esas pobres gentes; pero su pereza y su suciedad no les permiten llevar una vida más cómoda. Cuando el viajero abandona uno de esos campamentos, respira, y aunque es enojoso el pasar semanas enteras sin encontrar un hombre en el desierto, pronto se cansa de esa sociedad indígena. No es repulsión, sino piedad lo que se experimenta á la vista de esas miserables poblaciones.

Pocos momentos despues perdimos de vista el aduar del buen Puitchualao, casi convencidos que éramos los últimos viajeros que veían á los Gennaken, llevando su vida nómada.

Algunos dias de distancia separaban para nosotros millares de años en la vida social: la edad de la piedra de la civilizacion moderna. El campamento de Yaguclag'huay y sus alrededores, será la última etapa en el camino de la vida de esta raza pampa que trescientos cincuenta años atrás opuso una resistencia tenaz á los primeros fundadores de Buenos-Aires. Ella perece, no por las armas, sino por la influencia fatal de medios superiores; desaparece de la esfera terrestre, concluyendo su modesta evolucion en la grada que le corresponde en la escala humana y no deja más vestigio de su paso que algunos huesos y los rascadores de piedra, último vestigio del hombre cuaternario, resto de la infancia de la industria y que ha persistido á traves de todas las transformaciones del progreso.

¿Quién, dentro de 10 años, al visitar aquellos parajes, podrá imaginarse que allí se extinguió una raza, y que las piedras quebradas sobre el suelo, son todo el material que queda de aquella vida doméstica, principiada en la penumbra de la edad geológica pasada y que concluye sin haber variado nada de ella?

Háblase de la fatiga de los viajeros, pero no se cuentan sus compensaciones. ¿Puede haber una mayor que aquella que proporciona en un momento dado, con la prueba á la vista, el poder observar desde sus extremos toda la evolucion física y moral del hombre y abrazar con una mirada mental retrospectiva desde la ciudad moderna hasta la tienda del hombre contemporáneo con las faunas perdidas?

Los museos y bibliotecas perpetúan parte de la vida humana en manifestaciones materiales, pero la infancia de la sociabilidad, el

principio de la vida intelectual de los pueblos en sus manifestaciones psicológicas, no se encuentran sino allí en la vida salvaje.

Por mi parte, ¡cuántas veces en viaje he notado en mi espíritu al hombre fósil y á su descendiente civilizado!

De Yaquelcahuay marchamos al oeste; atravesamos una cadena de cerros elevados de 1268 metros, que aún no estaba señalada en las cartas geográficas. En las gargantas basálticas encontramos algunas cavernas, antiguas habitaciones de los indígenas, que vivieron en un tiempo, en las mismas condiciones que el europeo en la época glacial prehistórica. Aunque viajaba con indios y éstos consideran sacrilegio el recojer huesos humanos, pude hacer algunas excavaciones y obtener 13 esqueletos, algunos objetos de piedra y copia de las figuras, pintadas en la roca de la misma manera que en el lago Argentino.

Creo que esos restos pertenecen á antiguos Gennakens. Segun los indios actuales, estas cavernas están habitadas por monstruos humanos (Ellengassen) cubiertos con una cáscara como los tatus. Son tan poderosos que su respiracion produce el viento que reina siempre en estas gargantas. La supersticion dice que á veces soplan tan fuerte que voltean del caballo á los hombres.

Despues de haber hecho una excursion al llano de Mackinchan, que el malogrado Musters habia visitado, y donde no pude demorar por tener á la vista los indios enemigos, atravesamos otra cadena de montañas de 1700 metros, tambien desconocida, y llegamos al campo de *Calgadepi*, donde encontramos las primeras morenas glaciales. Era verano y sin embargo nevaba en abundancia, al día siguiente divisamos las altas crestas andinas.

Algunas gargantas, lavas y cadenas de rocas micáceas pintorescas, preceden las nacientes del norte del Chubut; cruzamos tres de sus rios, siendo los primeros hombres blancos que lo hacíamos y establecimos el campamento en el último, en *Queluja Getre*, valle fértil y cuya vegetacion es andina. Al frente teníamos las sierras de *Lilig*, en el fondo las cordilleras, y nos dominaban enormes murallones de rocas cruptivas, imponentes, cuya base estaba cubierta de bosques. Algunos robles sombreaban la orilla del rio, y las montañas vecinas tenían nieve en las cumbres; sus cuevas estaban pobladas de bosques en los que se veían casi todos los árboles mas importantes de la flora austral; los torrentes caian en cascadas. Desde allí envié emisarios en busca de los indios que deseaba ver; regresaron con la noticia de que *Inacayal* y *Foyel* tenían sus tolderías mucho mas

al sud, y supimos que el gran jefe de los Mapuches, habia enviado á las inmediaciones de Mackinchan una partida de 100 guerreros para hacernos prisioneros y que nos buscaria por todas partes.

Continuamos la marcha, costeaudo las faldas de las pintorescas montañas del paradero de Lillig. En Deppa, á la orilla de otro rio, encontramos los primeros toldos. El camino lo hicimos por entre antiguas morenas hoy cubiertas de bellas gramíneas, y regadas por alegres arroyuelos. En Deppa, un indio viejo me aconsejó el regreso al Este, y para darme importancia y mostrarme su experiencia en las cosas de la vida, dijo que tenia 100,000 años y que en un combate que tuvo lugar en el Azul, en una invasion hacia 10,000 habia caido prisionero de los blancos.

Bagol, situado mas al sur, es un paraje de gran porvenir; el terreno es fertilísimo, las frutillas enrojecian el suelo y se goza de una vista espléndida de los Andes, desde un valle que llega hasta la base. Encontramos un rio que desciende del sud-oeste, bastante importante, y remontándolo, llegamos á Cashkell, punto que las indias habian habitado hasta el dia antes y del que se habian trasladado á Teka dando la estension del valle permitia hacer la ceremonia de mi recepcion.

Advertidos de mi proximidad, Inacayal y Foyel, los dos buenos caciques huiliches, prepararon sus gentes, y el 28 de Diciembre, un mes despues de la salida de Cashiro, fué recibida con gran solemnidad. 130 guerreros ejecutaron sus ejercicios, y dieron las corridas de bienvenida, imitándolos mi pequeño grupo, durante algunas horas, mientras las mujeres cantaban y golpeaban las fiendas de pieles para ahuyar los malos espíritus que pudieran turbar las buenas relaciones de los indios con tales viajeros. Les di la mano cuatro veces á cada uno de los indios principales y en seguida, sentado en medio de ellos, frente á las fiendas, expliqué á los capitanejos reunidos el objeto de mi visita. Hacia algunos años que era amigo de Utrae, el hijo de Inacayal; habia paseado conmigo en Buenos Aires y en cambio le habia prometido visitarlo en sus toldos y acompañarlo en sus encuestas. Utrae que estaba presente, dijo que era verdad lo que decia, sin embargo, Patria, el viejo cacique Tehuelche, y Pichicaya, el último jefe Gemaken puro, murmuraron, presentian un motivo secreto, pero todas las inquietudes se disiparon con algunos regalos y principalmente con tres barriles de aguardiente agnado.

Estos indios habitan generalmente más al Norte; pero durante el

tiempo de las grandes encuestas bajan hasta el Sengerr, río situado en el paralelo 45. Despues la comarca vuelve á quedar desierta; sólo la habita con algunos hombres fieles, Pichicaya, quien está en malas relaciones con los araucanos; los tehuelches, que viven más al Sur, pasan una vez por año. Cada jefe se considera dueño de miles de leguas y los que enzan en ellas son sólo amigos que lo visitan. Creo que á pesar de lo que ellos digan, los indios de esa region no obedecen á jefes determinados, como los araucanos, y sí sólo á jefes de familia más ó ménos influyentes.

El paradero de Teek'a está situado en el paralelo 43,35 y en el meridiano 71,20 Oeste de París; la region vecina la componen valles fértiles y arroyuelos donde abunda una especie de trucha; las colinas y las montañas abundan en praderas y bosques; sobre los detritus glaciales crece una lujosa vegetacion.

Los caballos que nos habian servido para llegar al campamento indio estaban en mal estado; necesitaban dos meses de descanso y aproveché la demora para despedir al indio valdiviano con noticias para mi Gobierno y con caballos de Utrae me dirigí al Norte sin pérdida de tiempo. Mi plan era el de llegar por segunda vez á Nahuel Huapl, estudiar ese lago y regresar por entre las montañas al paradero de Teek'a, luego seguir al Sur hasta el Sengerr y descenderlo hasta el Atlántico. Descubriria así el famoso paso de Bariloche que comunicaba antiguamente con Chile y buscarla las cumbres y los ríos que debían servir como límites entre la República Argentina y ese país.

Habiéndose enfermado seriamente el ingeniero Bayo, y no pudiendo hacer la excursion, quedó en los toldos, en seguridad, para restablecerse, con una parte de la comitiva.

Las indicaciones sobre la actitud hostil de los araucanos eran cada dia más alarmantes. Sin embargo, era necesario marchar y pensaba evitarlas como lo habia hecho en Mackinchan. Cruzamos una cadena de montañas que en parte sirve de línea divisoria de las aguas que bajan al Atlántico y al Pacífico; un río corre en esta última direccion. Esas montañas principian en Quelaja Cuetro y concluyen en Teek'a y son elevadas de cerca de 2,000 metros. Dfles el nombre de "Montes Rivadavia", en honor del gran hombre argentino. Acompañamos algunos dias despues en Caquel-Inuicul, á mitad del camino entre Teek'a y el lago, en el campamento de Utrae, situado á orillas del mayor de los afluentes del Clubul. Es aquella una region bellísima; los ríos abundan; las magníficas praderas

cesan sólo donde comienza la pre-cordillera. Según los indios, la nieve no dura en el suelo más de dos días y creo que un suizo encontraría allí el recuerdo del bello paisaje de su patria.

Hube de terminar la exploración en ese punto. Las mujeres me envenenaron. Había sido prevenido ya por uno de mis guías, quien había perdido así allí uno de sus hijos y me había aconsejado que no comiera nada de lo que nos dieran las indias, pero no lo creí, y un día otro guía y yo comimos una cantidad de frutillas que nos ofrecieron. Poco después sentimos los primeros dolores; comprendí la causa y tomé una fuerte dosis de ópio. Indiqué al guía el remedio, pero no quiso aceptarlo y prefirió enviar á buscar la *médica hechicera*, quien después de algunos cantos acompañados del ruido de piedrecillas que guardaba en una vejiga, chupó la cabeza y el estómago del paciente y anunció que la curación empezaba, pues el mal espíritu que había penetrado en el cuerpo del enfermo había huido delante de su poder mágico. Yo curé al poco tiempo; el guía murió algunos días después. Encontré fácilmente el enigma de este envenenamiento. Utrac tenía en sus toldos una de sus mujeres; ésta era en extremo celosa de su marido, sabía que mi amigo, durante un viaje, había comprado otra en el río Negro, que en esos días marchaba conmigo á Nahuel Huapí, donde tenía una tercera, y como debía acompañarme al regreso á Patagones, pensaba comprar la hija de un indio viejo que habíamos conocido durante el viaje anterior. Esa mujer, que se escondía cada vez que yo entraba al toldo de su marido, había resuelto matarnos ó impedir así la partida de Utrac.

Las malas noticias de Shailhueque aumentaron. Estábamos vendidos, pero había que marchar.

Así pasamos al lado del campamento de Rayil, capitanejo de Shailhueque y que me era hostil. Felizmente toda la indiada estaba borracha y no nos impidieron el paso. Teníamos ya las montañas nevadas muy próximas á nosotros, y seguíamos sus faldas y aun cuando atravesamos colinas elevadas de 1208 m., la vegetación no podía ser más bella. Admiramos los Andes, erizados de picos negros y agudos como agujas que reflejaban sus sombras en los cristalinos espejos de hielo de las faldas. Atravesamos de nuevo, pero mucho más al Norte que la primera vez, los afluentes del Chubut; seguimos un valle limitado á ambos lados por graciosas colinas alegres, formadas de rocas estratificadas, onduladas de distintos colores como una cinta gi-

gantesea y dos días después pasamos el río Pia ó río de la Hechicera, que desagua en el Limay. Ascendimos altas mesetas cubiertas de trozos erráticos que semejaban piedras drúidicas, y en el fondo, en medio de las montañas, distinguimos entre las brumas, las aguas azules del gran lago Nahuel Huapí.

El hermoso valle que se extiende al pie de esa meseta está regado por arroyos cuyos bordes están cubiertos de robles antárticos muy elevados. Allí encontramos algunos toldos, en los que araucanos y valdivianos se entregaban á una de las orgías de la estación. Poco rato después el pequeño grupo llegaba á un claro de las colinas boscosas que rodean el lago y acampamos frente al sitio donde alcancé en la orilla opuesta cuatro años ántes.

Algunas chozas de paja en medio del bosque y plantíos de maíz, alverjas y cebada, forman allí el plantel de la ciudad que no tardará mucho en elevarse frente á los Andes. Inacayal, propietario, según él, de las regiones del lago, había concedido permiso á algunos indios valdivianos labradores, para que se establecieran en su campo, dando así los primeros pasos en la vía del progreso, tan poco bollada por el indio.

Inmediatamente después de establecido el campamento, los indios vecinos vinieron á visitarnos. El teodolito les inspiraba curiosidad y gran respeto; además los cinco blancos que formaban la comitiva se turnaban de centinela en la altura, remington al hombro.

Estábamos sólo á día y medio de camino del campamento de Shailhueque y esperábamos por momentos el ataque.

Dos días después me acerqué más á él, á reconocer un promontorio erupivo que cubierto de cipreses se destacaba de un macizo elevado. Descubrí allí nuevas cavernas colocadas en puntos donde la ascensión es sumamente penosa, lo que muestra que sus habitantes buscaban la tranquilidad en la aspereza del terreno.

Encontré un esqueleto humano, del cual, á escondidas, extraje el cráneo. Al pie del promontorio está el desagüe del lago. El Río Limay nace á 728 m. sobre el mar; salen las aguas claras por un canal de 100 m. de ancho, obstruido en las orillas por grandes rocas glaciales. La rapidez de la corriente en ese punto la avalúo en 15 kil. por hora. Tres meses ántes habíamos visto llegar esas aguas al Atlántico y los que estábamos allí éramos los primeros blancos que habíamos tenido la suerte de ver el nacimiento y el desagüe del gran río. Por mi parte, duplicaba el viaje del 75. Vueltos al campamento, donde, en una hermosa espla-

nada que más tarde he recordado al ver la de Saint-Cloud, que muchos de vosotros conocéis, había levantado la bandera argentina para que reflejara por segunda vez sus colores en las aguas y en los hielos de los Andes y animara así nuestro espíritu, resolví avanzar hacia el Oeste; había recibido aviso de que una partida numerosa de indios venía en nuestra procura.

No tengo palabras con qué describir el paisaje de la marcha de ese día. El lago es azul en el centro, y blanco de plata en la costa donde se desenvuelven las olas; al Norte la faja de colinas pastosas y cruzadas de árboles, sirven de pedestales á oscuros rojizos cerros de picos variados, cubiertos en parte de bosques; al Oeste, se veían las grandes islas y al fondo los Andes, dorados, azules, blancos con sus numerosos ventisqueros y los profundos fjords del lago que se internan como el de los Cuatro Cantones en Suiza, pero más hermosos, más imponentes y más salvajes. Por allí pasó el frágil bote del chileno Cox; la suerte le fué adversa más adelante, pero las penurias de esa navegacion son dignas de ser citadas como una verdadera hazaña. Nuestro camino por el lado Sur no podía ser más pintoresco y abrupto á veces, cruzado de bulliciosos torrentes, de árboles caídos, de prados llenos de frutillas y manzanas y de bosques; los cipreses y los cedros del Líbano crecen en gran número y forman bosques casi impenetrables, algunos de los primeros medían en el tronco más de ocho metros de circunferencia.

Los coihúes altos de 30 m., los maitenes, los lomatia, los mirtos, formaban macizos inmensos y el roble antártico, los laureles y los canelos en grupos aislados, junto con los arbustos que llegaban á formar pequeñas galerías cubiertas, constituían jardines arreglados, al parecer, por la mano del hombre.

Pasamos la primera noche bajo un gran pino, al borde de un torrente, en el que se veían rocas carboníferas; el lago al pió hacía oír sus murmullos continuos y el hielo se quejaba en los ventisqueros del Tronador cuya blanca cabellera dominaba la escena.

En la mañana siguiente encontramos que el camino era demasiado boscoso para continuar á caballo; llegamos con dificultad á un pequeño río que descendía del Sur, lo cruzamos y acampamos frente á la hermosa península de San Pedro, que Cox creyó isla y que los jesuitas mencionan en sus antiguas crónicas. Semeja una inmensa garra de los Andes, cuyos dedos, velludos, por los bosques, bañan las aguas lacustres.

En ese punto dejé mi gente y avancé con un hombre hacia el Sur

á buscar el camino antiguo de Bariloche, por el que podíamos librar-nos de las asechanzas de los araucanos que llegarían de un momento á otro. A poco andar llegamos á otro lago más pequeño, tranquilo y hermosísimo; se internaba hacia el Sud Oeste, bordeado por montañas boscosas que precedían los macizos nevados. Allí encontré la prueba de que había dado con el famoso paso. En la orilla del bosque y flotando en las aguas, ví antiguos palos de grandes balsas; en ellos la mano del hombre estaba representada por golpes de hacha y agujeros de barreno. Eran los restos de las balsas de los misioneros que hace dos siglos comunicaban desde Chiloe con Nahuel Huapi. Hasta la tarde marché por el agua y el bosque espeso y llegamos á un paraje donde los troncos y los bambous, que los indios usan para lanzas, nos impedían pasar adelante. No había montaña hacia el Oeste y no veíamos la terminacion del lago que es alimentado por los ventisqueros del Tronador, situado inmediato al N.O. y que nos mostraba sus helados flancos. El bosque estaba quemado en una gran extension, allí no habían penetrado los indios; el incendio venía de Chile.

El paisaje era tranquilo y suave en extremo; formaban un conjunto encantador los helechos, las aljabas, las enredaderas, los árboles gigantes, los cipreses, las aguas del lago azul y verde por el reflejo de la selva, los peñascos rugosos y el hielo eterno. Aquellas aguas no tenían nombre; uno se presentó á mi recuerdo. Cuando niño, el anciano que lo llevó, me encantaba con sus descripciones magistrales de la naturaleza americana; más tarde su amistad me fué preciosa y como un tributo de admiracion y gratitud, di su nombre á ese lago, tranquilo y bello como su espíritu: el Lago "Gutierrez" bautizado así, en recuerdo del venerable Rector de la Universidad porteña, figura desde entónces en la carta geográfica del mundo. ¿Quién no ha conocido á don Juan M. Gutierrez, el amigo del viejo y del niño?

Al regresar al campamento á comunicar la grata nueva, hallé que estaba rodeado por los indios enemigos y que algunos centinelas ocupaban las alturas vecinas.

Rudo momento fué aquel; la compensacion de las fatigas, el placer sentido al haber dado con el secreto de siglos y que abria ancho campo á las relaciones comerciales del futuro, á traves de los Andes, disipado por aquel grupo de salvajes, en el día mas agradable del viaje.

Mis pobres compañeros me aguardaban tristes, no podían hacer

nada por librarse, pero puedo decir que se notaba calma tranquila en aquel grupo de cinco cristianos, sorprendidos á la retaguardia de la barbarie.

La partida era mandada por Chuayman, el hijo mayor del cacique Molfinqueupu, el que me advirtió en 1876 del peligro que corría cuando Praillan y Llofquen quisieron matarme. La componían 65 hombres armados de lanzas, bolas, hondas y algunas armas de fuego. Venían, de parte de Shaihueque, á llevarme para que desde sus toldos intercediera con el Gobierno para que pusiera en libertad los prisioneros de Choelechoel.

Nosotros solo éramos 6 hombres armados y con pocas municiones; y no podíamos resistir por la fuerza; si escapábamos de allí, encontraríamos otra emboscada, pues los indios habían ocupado ya todos los caminos. Obligado á renunciar á emplear la fuerza, resolví librarme por la astucia, fingiendo que no comprendía las intenciones de Shaihueque y aceptando la invitación que me hacía; así les pagaba en la misma moneda. Con el pretexto de mandar buscar el resto de la caravana que había quedado en Teeka, para que viniera á conocer á Shaihueque, despaché dos de mis hombres, con orden de que no se moviera nadie y que aguardaran allí los acontecimientos.

Volvimos á mi antiguo campamento de la esplanada; por todos lados se veían indios de guardia; hasta Utrac, quien no quería andarme, comprendía ya las malas intenciones de sus paisanos. Al día siguiente despaché otro hombre con instrucciones más minuciosas. Mis conductores me lo permitieron; gozaban con la perspectiva de tener toda la comitiva prisionera. Dos días después entraba al gran toldo de Shaihueque. ¡Cómo habían cambiado las cosas desde el viaje anterior! ningún recibimiento, maltrato é insultado. Inmediatamente despojaron de sus armas á mis soldados; yo había escondido mi revólver. Sería larguísimo contaros lo que pasó allí en esos días. Shaihueque muy irritado, me dijo que quedaría prisionero mientras sus hombres lo quisieran del Gobierno Argentino, que los indios tenían razón de que me mal y que solo á su magnanimidad debía el que no me hubieran muerto.

Como ya conocía el carácter de esos indios, con los cuales había lidiado, sabía que nunca se les debe ceder en el primer momento y por el contrario, es necesario mostrarse firme y contestar con argumentos altaneros á sus insultos. Esto los impone; de otra manera me hubieran despreciado y ajado.

Respondí que el Gobierno Argentino no mandaría los prisioneros, pues sabía que eran asesinos, y que en lo que se refería á tenerme en rehenes, eso no significaba nada para él, pues tenía demasiados hombres con que reemplazarme.

Sin embargo, en los días siguientes me declaré dispuesto á interceder en favor de los indios; necesitaba dar tiempo á que el ingeniero Bovio regresara al Rio Negro. Días después conseguí, burlando la sagacidad de los indios, hacer que uno de mis hombres acompañara el chasque que llevaba mi pedido al Gobierno. Era un belga, veterano de la guerra del Paraguay, muy fiel, pero que, no conociendo la vida de indio, podría incomodarme en mis proyectos de fuga, único medio de salvación, pues conocía ya el desgraciado fin que nos reservaban y que no tardaría en efectuarse. Decidieron la partida de ese hombre en el momento en que el chasque indio montaba á caballo y creyeron que no habiendo sido prevenido de esto, no había podido hacerle ningún encargo secreto. Sin embargo, todo estaba previsto; el belga llevaba en el cuello de su harapienta chaqueta de soldado, unas líneas escritas en francés, en las que prevenía á los jefes de la frontera argentina, de lo que pasaba, para que no soltaran ningún prisionero; por mi parte esperaba librarme por mis propias fuerzas. A tiempo marchó ese chasque; al día siguiente llegó un indio escapado, y contó que varios de sus compañeros habían sido fusilados. Creí un momento que nos matarían ese día. Conmigo estaba preso uno de los bravos veteranos que me había dado Villegas, y me acompañaba el indio intérprete que me era fiel y Utrac quien no conocía mis proyectos, pero que no quería dejarme solo en ese trance.

Un gran consejo de guerra tuvo lugar en Quen-Quem-treu, pero Shaihueque decía que había ochocientos hombres, yo conté 450. Los jefes viejos aprobaron la conducta de Shaihueque y resolvieron tomar las armas y prepararse á combatir con el ejército. En el Consejo, mas de una vez ví la punta de la lanza apoyada sobre mi pecho por un indio irritado y mas de una piedra de honda silbó cerca de mis orejas, pero el menor movimiento de temor me hubiera perdido irremediabilmente.

Mi antiguo amigo Nancucheuque no había asistido al consejo; estaba en malas relaciones personales con Shaihueque, á causa del elevado precio que este había pedido por la muerte de uno de sus yernos; sin embargo envió á decir que no comprendía por qué tenían vivos á los prisioneros y lo mismo dijeron de parte de Namuncurá, dos correos que llegaron á la reunión.

En el camino de los toldos al sitio de la Junta de guerra, había visto que el camino de Chile, estaba ocupado por los indios. Al regreso pasamos á la orilla del Collon-Curá, río que desagua en el Limay y que era el que había elegido para la fuga. Los indios reían al verme cruzar los arroyos, cayendo y levantando en el agua, fingiendo miedo é inutilidad, y aunque ese día, á la llegada á la carpa que me servía de prision, solo tuvimos para alimentarnos tallarines de cuero de un cabestro viejo, estábamos alegres con mi asistente: había resuelto la evasión.

Los oráculos que Shaihueque había mandado buscar á Chile, llegaron é hicieron sus conjuraciones con un resultado siempre adverso para mí. Tres días despues, el gefe decretó rogativas al Gran Espíritu.

Pasaban cosas, incomprensibles para ellos: en Chile había caído del cielo una carta en la que se decía que pronto desaparecerían los indios y por otro lado y tambien en Chile, se había incendiado una ciudad, sin que se supiera de donde había salido el fuego y miraban ese hecho como una prueba del disgusto de Dios con los blancos.

Durante tres días mas, tuvimos que sufrir las vejaciones de los indios. Las ceremonias religiosas tuvieron lugar en las inmediaciones del Collon-Curá, y al tercero el hechicero anunció que sus espíritus familiares le habían traído la nueva de que yo había prevenido al Gobierno para que no diera la libertad á los prisioneros y consideró mi muerte como necesaria, porque muchos de ellos la habían recibido ya, lo que fué corroborado por otro escapado que llegó esa misma noche.

Me condenó á ser abierto vivo y mi corazón debía ser ofrecido á Dios, de la misma manera que lo hacen en los sacrificios que ya he citado.

Naturalmente, con estas noticias, aumentó el enojo contra el blanco, pero Shaihueque se opuso á que el sacrificio se hiciera inmediatamente; tenía escrúpulos por el vínculo de compadre que me ligaba desde el viage anterior y creyó deber esperar el regreso de su chasque: se contentaron con sacrificar un doble número de toros, yeguas y ovejas.

Me ocultaron las razones dadas por el hechicero, pero Shaihueque se dignó avisarme que no me mataría él mismo, pero que no podría oponerse á que otro gefe lo hiciera. Molfinqueupu y Puelmanque tenían hijos entre los prisioneros de Choelechoel.

Despues de las rogativas, tuvo lugar la orgía que las termina— las chinas cubrieron de mantas el suelo, al rededor de la carpa que ocupaba con mi asistente, y allí mas de cien borrachos se amenazaron y pelearon. Utrac y el intérprete tomaron parte en la fiesta; mi asistente y yo, recibimos mas de una puñalada en nuestras ropas. Al día siguiente la vida era insoportable—resolví evadirme—tenía conmigo un frasco de hidrato de cloral—díles á los indios que vivían conmigo en la carpa vigilándome, en una bebida fermentada de que ellos gustan, y así pudimos salir sin ser sentidos el soldado y yo; pero el intérprete no se resolvió, el hechicero cantaba en el toldo de Shaihueque, del que solo nos separaban cinco metros, y como había adivinado lo que el belga diría en la frontera, temía que adivinara el rumbo que habíamos tomado. Tuvimos que volver al cautiverio, resueltos sin embargo, á hacer una nueva tentativa la noche siguiente. Ese día, despaché á Utrac y sus dos indios; díjeles en alta voz que volvieran á los 15 días á buscarme; el hechicero, se fué tambien, sin adivinar esta vez nuestras intenciones. A la caída de la noche conseguí alejar un momento el centinela, pues Shaihueque, había estado en la carpa hasta el momento en que me acosté, finjiéndome muy enfermo, y cinco minutos despues que se retiró, (eran las 9 de la noche,) jugando el todo por el todo figuré mi cuerpo en el suelo, con mantas y el teodolito; emprendimos la fuga los tres cautivos, corriendo una distancia de 1500 metros, hasta el Collon-Curá; media hora despues llegamos á ese río.

Los indios nos habían sentido un momento despues. Oímos una gritaría espantosa en los toldos y el ruido de los caballos lanzados á toda velocidad, en los inmensos pedregales del *Yala-lei-cura*, pero ¿quién podría pensar que nos habíamos dirigido á un banco del río á juntar palos para hacer una balsa, medio de viajar desconocido para el indio? Sabíamos nuestro fin, que estaba próximo y así no estrañaréis, que jugáramos nuestra existencia; todas eran ventajas; en caso de morir, lo haríamos combatiendo y no atados como corderos.

Esa noche, en el 11 de Febrero á las 11 1/2, la débil y pequeña balsa, estaba lista; la atamos en el lazo del intérprete y algunas otras cuerdas y dijimos adios al Caleufu, á los Andes, á la barbarie representada por las tolderías y nos lanzamos en las aguas del caudaloso río. Durante dos noches y siete días navegamos casi siempre dentro el agua, tumbando en los pequeños rápidos, en las



rocas, y arrastrando á veces descalzos la balsa, sobre los bancos de piedra. Los indios nos buscaban; veíamos los rastros y sus humos, hechos para engañarnos; el hambre fué grande; solo dos cajas de sardinas, una de paté de foiegras que habia escondido al caer preso, el sebo de una oveja que Shaihueque me habia regalado y algunas raices de junco, fueron los únicos alimentos que tuvimos los tres evadidos. El 18 por la mañana, las fuerzas nos faltaron, el hambre y los trabajos las habian agotado y abandonamos la balsa y marchamos á pié. A la caída de la noche despues de haber andado 40 kil. acampábamos al bordo del rio Limay que habíamos descendido por mas de cien leguas y distinguimos el ancho valle del rio Negro. Mis dos hombres no querían continuar; les faltaba el ánimo que tiene siempre el que piensa que llena un deber útil; yo tenia en mi poder, mi diario de viaje con el resultado de la exploracion y la bandera patria que habia flameado en toda la Patagonia desde el Atlántico á los Andes, objeto que guardaba en el pecho y que los indios no me quitaron, pues el hechicero ó adivino habia dicho que era brujo. Había salvado de los indigenas: ¿cómo habia de morir de hambre y sed en esas soledades y perder el fruto de las fatigas?

Hacen en estos momentos dos años de esa noche amarga, y ¿no creéis señores, que ella encuentra hoy la recompensa cuando la recuerdo y miro esta reunion?

El 19 á la madrugada llegamos al Neuquen, situado á pocas cuadras y que la noche no nos habia permitido ver; hice algunos disparos de revólver, habia allí un fortin y vinieron los soldados, cruzamos á nado el rio y una hora despues, tomaba mate con los veteranos argentinos y curaba las heridas recibidas en el viaje.

En Fisque-meneco me recibió horas despues el coronel Winter, tres dias despues encontré en Cholechoel al señor Bovio, quien habia seguido mis intrucciones y habia abandonado el campamento de Inacayal trayendo casi todas las colecciones. No habia perdido mas hombre que el guia muerto envenenado.

En Marzo llegué á Buenos Aires, enfermo gravemente. Nuestro viage no habia dado los resultados esperados, pero habia bastado para demostrar la importancia de la region recorrida; se la creía estéril y resultaba lo contrario, habíamos constatado que si el litoral del Atlántico ofrecia pocos recursos, no era lo mismo el interior; á medida que se avanza al Oeste, la aridez desaparece y la reemplazan fértiles tierras bien regadas. Los alrededores de

los Andes son la parte mas fértil del gran territorio que se estiende desde Bahía Blanca hasta el Cabo de Hornos.

El clima no es riguroso, la vegetacion es espléndida, y muy fáciles los caminos del Atlántico al Pacífico. Los rios que forman el Chubut y que tienen sus nacientes en la region que acababa de explorar, riegan cientos de leguas, y la tierra vegetal cubre con una espesa capa los valles del centro y de la region Andina.

La region que rodea á Nahuel-huapi, será fácilmente colonizada. Todo me hace pensar que la region patagónica andina es una gran Suiza; las producciones naturales tendrán en el porvenir, una vía fácil de exportacion al Atlántico, por el Limay y al Pacífico por el Paso de Bariloche y si la inmigracion de las fuertes razas del viejo mundo, sigue al ejército argentino, aquellas tierras tendrán un gran porvenir. Las condiciones de vida de los habitantes de las montañas no cambiarian, pasando de la Europa civilizada á la salvaje Patagonia; y así el surco de la lanza será reemplazado por el del arado, y el alarido del indio por el del vapor. ¡Cuántas veces en los ratos de descanso, allá en esas rejiones, he pensado en su presente y he vislumbrado su porvenir! horas fueron aquellas que compensaban todos los peligros y todas las fatigas.

Voy á concluir señores: he sido demasiado largo, pero he querido contaros á grandes rasgos lo que es la Patagonia y la vida que allí he llevado. Os he conducido desde el Rio Negro hasta el Estrecho de Magallanes, del Atlántico hasta los Andes, y habeis viajado por miles de leguas en regiones que se creían áridas y que son espléndidas. Antes de poco la civilizacion habrá estinguido allí el indio, y las ciudades reemplazarán las tolderías, como ha sucedido aquí, en este paraje, donde hace trescientos años, el charrúa atónito veía llegar la carabela española, y donde hoy representais vosotros la civilizacion moderna en todas sus manifestaciones.

Mil gracias señores por la cariñosa atencion con que me habeis escuchado.

He dicho.

A propósito de un viaje (1)

(APUNTES DE CARTERA)

POR EL DOCTOR DON LUIS MELIAN LAFINUR

II

*Opinion de Pinheiro Chagas—Ovação á Paulo Marques—La calle de Paysandú—Inclinación á la política—La prensa brasileira: su procaçidad—Opinion de Franklin—Los electores del 1.º círculo y el Dr. Ossorio—La educación pública—Liberalidad de una familia—El texto de historia: la batalla de Ituzaingó—El procedimiento en materia criminal—Palabras de Thiers—La justicia civil—Doble propina—Yaguarao: el río; la ciudad—Artigas—Iniquidad de un tratado—Santa Victoria—Brisas de la patria—El publicista Assis Brasil—La federación—Problemas de política brasileira.*

Tengo sobre la mesa en que escribo estos lijeros y mal hilvanados apuntes, el último libro de Pinheiro Chagas, uno de los más distinguidos representantes de la actualidad literaria portuguesa; y en el prólogo de ese libro, titulado *Brazileiros Ilustres*, leo estas palabras: "O Brazil é um dos paizes— diga-se em sua honra — que mais zela as suas proprias glorias. Sabe prestar homenagem a todos os seus filhos que de alguma forma se distinguiram."

He tenido ocasión de aquilatar la profunda verdad de estas palabras, en mi rápida excursión por los pueblos de la provincia de Río Grande. A los dos días de la *ovação* á Gaspar, circuló profusamente una hoja suelta, invitando para otra manifestación popular.

Ya no se trataba de un dominador de las multitudes: el agraciado por sus compatriotas era un modesto autor dramático.

La compañía del actor Simoes anunciaba una comedia cuyo título era: *Por causa de um chapéu de sol*, obra de un hijo de la provincia llamado Paulo Marques; y con tal motivo se convidaba

(1) Véase el número de los «Anales» correspondiente al mes de Febrero.

"os amigos e admiradores para, precedidos de duas bandas de musica, acompanharem ao distincto escriptor da casa da sua residencia ao theatro."

Estas manifestaciones de pública consideración y simpatía son frecuentes; revelan sentimientos levantados en el pueblo que las hace, y significando para quien las recibe un premio á los desvelos de fecunda vida, cuando recaen en altas personalidades, importan un estímulo generoso si se dedican al que por empezar recién su carrera, se debate en las torturas de la desconfianza, trabajado por esos sentimientos deceptivos que tantas veces dan en tierra con inteligencias malogradas por razón de desaliento, que no por falta de verdaderas condiciones para hacerse paso en el laberinto del mundo.

Sobre este punto los brasileiros están muy arriba de nosotros; aman sus hombres de valer y aquello que ercen sus triunfos, hasta la exageración; lo cual sin duda ha dado mérito á que á veces se equivoquen, tomando el rastrero arbusto por la palma gigantesca de la gloria. Prueba al canto: en Pelotas y en Río Grande tienen una calle que llaman de Paisandú.

Yo no puedo estampar en estas páginas todo lo que se me ocurrió cada vez que crucé por esas calles; pero creo no abusar de la galante hospitalidad que se me concede en los *Anales*, si digo que entre otras cosas vino á mi espíritu, acompañada de recuerdo punzante y doloroso, una reminiscencia literaria, puramente literaria: el verso de Lucano

Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni.

En la provincia de Río Grande la gente es muy dada á la política.

Un grupo de estudiantes que deja el aula, dos comerciantes que han cerrado un trato, dos médicos que salen de una consulta, los jueces y abogados que abandonan la audiencia, los paseantes que recorren las calles por la tarde, el obrero que vuelve de su trabajo, todos invariablemente hablan de política. Un incidente electoral, un discurso elocuente, cualquier cosa de ese género, es suficiente motivo para interesar todas las capas sociales del país.

Esa constante preocupación por las conveniencias generales, esa participación activa del pueblo en la marcha del Gobierno, fija el nivel elevado á que alcanzan en ciertas cuestiones, individuos que no abundan por su ciencia, ni tienen antecedentes de información, en ninguno de los ramos del saber humano.

Así, dependientes de comercio, empleados subalternos de la Administración pública suelen encontrarse, con escasas aptitudes y ningún estímulo para aquello en que se ganan la vida; pero en cambio saben la historia del primero y del último discurso de Gaspar ó de Bonifacio, no les gana nadie á tener en la punta de la lengua las leyes políticas del país, conocen las diversas interpretaciones que dan á los artículos constitucionales los hombres eminentes del imperio, y se desayunan diariamente con cuanto periódico les cae á mano.

La procaacidad de la prensa brasileira, pasa por lo comun los límites que impone la cultura, y exigen los respetos que se deben los hombres mutuamente.

Si se le quisiera formar un proceso á la Administración nacional, ó se deseara escribir una biografía vergonzosa de cualquier hombre público del Brasil, sobrarian materiales acumulados en infinidad de diarios, que constituyen una prensa feroz y temible al estilo de la de Rochefort en Paris.

Podria decirse de muchos de los periódicos brasileiros, lo que decia Franklin de los de Filadelfia: "que parecian escritos por extranjeros con el objeto de desacreditar el país, y hacer á sus hijos despreciables á los ojos del mundo entero."

En efecto: es un hábito arraigado ya, el que tienen de insultar, por un quitamo allá esas pajas.

Un escritor brasileiro no necesita para subir la prima, que la paon lo enardezca, ó que el combate lo ofusque. Friamente, por sistema, por costumbre, sin necesidad alguna, inicia la polémica en los rminos más inconvenientes, y la termina con los dieterios más mordaces y ofensivos.

Aun en escritos que no son propiamente artículos de diario, se permiten ataques ó invectivas del peor género.

Los electores del 4.º círculo liberal publicaban el 16 de Diciembre en el "Diario de Pelotas" un documento para desmentir ciertas severaciones del Dr. Ossorio, liberal tambien, pero aliado accidentalmente al partido conservador. El mencionado documento aparecia aserito por cientos de electores de lo más granado en la política, a la iglesia, en la milicia, en el foro, en el comercio etc. etc, y eno sus párrafos ménos destemplados se leía el siguiente:

"Que a derrota imaginada á un sonho estravagante de quem rocurou formar *um exercito de trahidores*, o viu-se repellido pelos antigos companheiros que o ampararam o lho fugiram quando

reconheceram que apadrinhavam *um vulgar explorador* de dedicações partidarias, e de amizades desinteresadas;

Que o abraço fraternal--enviado aos que chama *servis, ignobeis, corrompidos pelo ouro*, só pôdo ser accito pelos que como S. S. entenderem que é digno e pordonoso fraternisar *com entes degradados por aquelles attributos.*"

De los insultos prodigados por la prensa, jamás se preocupa nadie seriamente. Una insolencia se contesta con otra peor, rara vez con el silencio, jamás con una provocacion á duelo ó con una demanda ante el tribunal competente.

¿Es esto un bien ó es un mal? Para mí es un mal. No soy partidario de la libertad irresponsable de la prensa, sea que la autoricen las costumbres ó la ley; porque creo que esa irresponsabilidad solo cede en beneficio de los calumniadores y de los cobardes.

El hombre que se estima, nunca lanza una acusacion grave si no tiene la prueba; el insultador de oficio hasta por placer empaña la reputacion más aerisolada.

La responsabilidad legal ó la personal, es un freno para los que consideran licito ultrajar desde las columnas de un diario, vomitando ante un público numeroso denuestos socces, que acaso no se atreverian á proferir á solas con el ofendido, y al alcance de su mano.

Igualmente que en la ciudad de Río Grande, hay en Pelotas cinco diarios; de estos dos conservadores, dos liberales y uno que se conceptúa neutral.

La educacion pública no está en materia de escuelas á la altura nuestra, lo que es bien sabido: se halla en *atrazo lamentavel* dice el escritor Assis Brasil; pero la accion privada para fomentarla, se suele hacer sentir de una manera que aqui no tiene más que uno ó dos ejemplos, que yo recuerdo al ménos. A pocos metros de la plaza de Pelotas se está construyendo un edificio con jardines laterales y todas las exigencias de la higiene y de la elegancia; es una casa para escuela, que regala la familia de Maciel invirtiendo en el obsequio *sesenta contos*, unos treinta mil pesos; precisamente lo que se necesita para la construccion del "Ateneo del Uruguay". Lástima grande que en la República no haya otra familia de Maciel dotada de tan santas intenciones!

En materia de textos no creo que anden muy adelantados en el vecino Imperio; y uno de *Historia do Brasil* tuvo ocasion de ver

que se usa en las escuelas públicas, escrito por un don José Pedro Xavier Pinheiro, con tanto respeto por la verdad, que hablando de la batalla de Ituzaingó, dice, que el ejército brasileiro se componía de 5000 hombres con diez piezas de artillería, y el argentino de 10500 hombres con 24 piezas; que las pérdidas del ejército imperial fueron de 160 muertos y 92 heridos, mientras que el ejército republicano tuvo 1600 hombres fuera de combate; y pareciéndole todo esto poco, concluye por enseñar á sus infantiles lectores que "náo se pode dizer que os brazileiros foram vencidos."

Genio de Alvear que te ciernes en las alturas de la inmortalidad, despues de haber ceñido con tu espada el laurel de la victoria sobre la frente de dos naciones; sombras augustas de Brandzen y de Besary que en los campos del triunfo y de la gloria terminasteis vuestra límpida carrera de la tierra, muriendo por la santa libertad; soldados valerosos de mi patria que la vida rendisteis estrellados contra las bayonetas de los cuadros alemanes, elevad votos fervientes por los pueblos que tanto habéis amado, mientras D. José Pedro Xavier cumple su deber de historiador, llenando de mentiras la cabeza de los niños brasileiros!

Sorprender un diálogo sera todo lo malo que se quiera, para el que teniendo una alta idea de sí mismo, llegue á persuadirse de que otros no participan de su opinión si escucha lo que se habla en su respecto; pero lo que es para el que viaja, no es de los pocos recursos poner el oído atento, y si llega el caso, desempeñar el papel de tercero en discordia, para rectificar informes incompletos.

- Me dicen que se reunió hoy el jurado.

- Es cierto; de allá vengo, contestóle un jóven de exterior decente y agradable, á un individuo de alguna edad y de aspecto agradable que simpático.

Q- Y hubo condenación?

- Qué, nada de eso! el hombre era inocente.

- Para los jurados todos los bandidos son siempre personas honorables.

X- No se necesitan muchos justificativos en la frontera; no hay muchos jurados; la justicia es sumaria, y gracias á eso puede vivir el viajante de la campaña.

- Entre la justicia ordinaria que procede con lijereza y falla sin bases evidentes, profiero las formas que garanten la inocencia y clarifican el crimen con certeza.

- Las formas! que garanten á los pillos: á los bribones que no necesitan testigos para sus fechorías.

- Precisamente por eso, replicó el jóven, hay que ser prudentes cuando se trata de la vida ó del honor de un hombre; pues si difícil es averiguar la verdad al amparo de prolijas indagaciones, imposible casi es conocerla en la premura de procedimientos inquisitoriales, aconsejados por el temor, por la pasión á veces, y siempre por mil prejuicios.

- Tonterías... Yo sigo en mis trece, continuó el otro; el llanto sobre el difunto, al lado del crimen, el castigo; sin más vueltas.

- Pero el castigo al culpable.

- Nada: si en las ciudades se procediese como en la frontera, habría ménos desgracias que lamentar.

Lo que oía me extrañaba, y así, dirigiéndome á los interlocutores, les dije: Por lo que veo parece que aquí se siguen procedimientos distintos, según que se cometa un delito en un punto ú otro.

- Efectivamente, contestó el jóven, los crímenes atroces perpetrados en las fronteras, son objeto de una pronta represión; el procedimiento es sumario; el mismo juez que por sí sólo instruye las diligencias de prueba, es el que también falla la causa. A mí entender, es una anomalía, agregó, que se den mayores garantías, entre otras la del jurado, á los acusados de delitos leves, y se despoje de ellas á los enjuiciados por crímenes graves que aparezcan penas severas y á veces la de muerte.

La razón de esa diferencia de garantías para el delincuente de la ciudad y el de la campaña se explica. Con una represión violenta, cruel y pronta, se quiere poner término á los desmanes del matrero. Pero ¡cuántas injusticias se cometen seguramente en la rapididad de los procedimientos!

Con motivo de la ejecución (más bien el asesinato) del duque de Enghien, dice Thiers: "Preciso es haber visto almas cobradas en una investigación de esta especie, especialmente si una pasión cualquiera las dispone á creer lo que sospechan, para comprender hasta qué punto son rápidas las inducciones de la mente y para bendecir cien veces, esa lentitud de las formas judiciales que salva á los hombres de las fatales conclusiones que tan velozmente nacen de algunas coincidencias fortuitas."

Estas palabras debieran meditarse por los que ligeramente, y ante la indignación que causa un crimen, declaran desde luego reo de él, al primer desgraciado que sugirió una sospecha. Propender un legislador, á la supresión de las formas tutelares de la libertad, la honra y la vida, es el mayor error que puede cometer.

Quede eso para el vulgo de impresiones inconstantes y de rigores volubles.

La justicia civil se desempeña por el *juiz municipal* y por el *juiz de derecho*, que corresponden á las comarcas ó municipios segun la *divisao civil é judiciaria* establecida.

El sueldo que el Estado paga á estos funcionarios es mezquino; pero ellos no viven solo con el sueldo, sino tambien con lo que les abona el litigante, á quien le sucedo ni más ni ménos lo que á los parroquianos del barbero del cuento, que afeitaba gratis, cobrando el importe del jabon y alquiler de la navaja, del paño, etc. El estado estipendia al juez para administrar justicia; pero una vista de ojos, un comparendo, un embargo, cualquier otra diligencia del pleito se la paga inmediatamente el litigante; por lo cual hay jueces que en su afan de esclarecer la verdad, multiplican las diligencias con un celo digno de todo encomio.

Este sistema de asociar al magistrado con el dueño del pleito, no puede parecerme peor.

Convierte la magistratura en oficio que da de comer con una retribucion directa de servicios entre el litigante y el juez; acerca demasiado y por un vínculo bajo al que administra justicia y al que la recibe, pone en mejores condiciones al buen pagador de las diligencias, que al moroso; el cual no obstante su poca actividad en ese punto, bien puede tener razon en el pleito, hace perder el prestigio de la dignidad al juez sospechado de aumentar sin razon las diligencias que han de producirle dinero, y puede otras veces retracer á un juez delicado de práctica y esclarecimientos que pudieran, aunque necesarios, suponerse ordenados con el solo objeto de percibir algunos pesos.

Justo es aquí decir, que en la República los hombres de pensamiento, siempre han pugnado en los límites de su posición, por abolir las costas judiciales en la forma que revisten hoy con respecto á los escribanos actuarios, Jueces de Paz y otros empleados subalternos, que reciben directamente del litigante sus honorarios.

Y si la reforma no se ha hecho, depende de mil causas que añaden antes al favoritismo de las antesalas, que no á la opinión de tener por bueno y sabio, lo que es malo ó inconveniente.

Pensaba en estos y otros detalles de lo que veía y observaba, anzándome en alas del espíritu, desde el lugar de mi residencia al suelo de la patria, cuando alguien acercándoseme deslizó en mi oído, que se aproximaba la hora de abandonar á Pelotas; y al

mismo tiempo el silbato del vapor de la carrera á *Yaguaraó*, haciéndose oír bien claramente, vino en apoyo de tan oportuna advertencia.

Pues á bordo. Héteme ya en un vapor pequeño, sucio y sin comodidades, lleno de pasajeros y pasajeras, navegando el San Gonzalo, precioso río de márgenes montuosas, y de una extensión de ochenta kilómetros más ó ménos. Termina el río y me hallo en la laguna Merim: otro río: es el *Yaguaraó*.

Estamos á poca distancia de la ciudad del mismo nombre; pro varados. La naturaleza ha hecho bastante regalando con pródiga largueza esos fecundantes hilos de agua, que como las arterias del cuerpo humano, hacen circular en dilatada escala la vida y la riqueza que palpitan vigorosas por las agrupaciones en progreso. Los hombres que se buscan y se encuentran, poniendo al servicio de sus relaciones y sus cambios, el vapor y el viento, obreros inconscientes pero fuertes de la mano que sabe cautivarlos, esclavos generosos que no lanzan de pena ni un gemido, que no alzan de protesta una palabra, deberían comprender que si la naturaleza hace mucho cuando abre un sureo en la tierra, no ha querido hacerlo todo, para estimular el trabajo ciclópico de cortar un istmo, ó el mas modesto y simple de canalizar un río á fin de hacerlo navegable sin peligros ni tropiezos.

Felizmente la varada fué de corta duracion y temprano desembarcamos en Yaguaron, ciudad triste, edificada en la margen izquierda del río.

Tiene poco que ver esa ciudad inferior en todo á Pelotas. Su municipio sí, se considera de los mas ricos en minerales y ganados.

En la margen opuesta del río se alza Artigas, donde flamea la bandera uruguaya proscripta de las aguas que bañan su costa.

Es un pueblito de mil almas, que se divide en dos partes: el pueblo de la cuchilla y el pueblo de la costa.

La primera seccion además del aire mas puro, tiene la ventaja de estar libre de la visita de las aguas que por ley natural busquen su nivel; la segunda con un aire que no es del todo malo, ofrece el inconveniente algo serio, principalmente en invierno, de proporcionar baños que no siempre se está en disposición de recibir.

Ese pueblo de la costa se ha levantado ingeniosamente en un punto que inunda el agua de las crecientes; de manera que pa-

sar una noche toledana en las azoteas, ó disparar para el campo con lo puesto, es lo ménos malo que puede suceder á sus habitantes, en el caso frecuente y previsto de inundacion.

Ni siquiera el recurso de un bote para momentos apurados tienen los pobres vecinos, gracias al célebre tratado de 1851, en que, infringiendo el Gobierno Brasileiro todos los dictados de la equidad y la justicia, y todos los principios del derecho internacional, se reservó el derecho exclusivo de la navegacion del Yaguaron y la laguna Merim. Y tan estrictamente entienden las autoridades imperiales de la frontera las cláusulas del tratado, que no permiten ni una canoa á los habitantes de Artigas; de modo que en caso de conflicto producido por las crecientes, tienen que estar á merced de la buena ó mala voluntad de la policía de la opuesta orilla.

El tratado de límites de 1851 es un borron infame de nuestra historia diplomática; y ya que en la revision del tratado de comercio, de aquel año tambien, verificada en Setiembre de 1857, reconoció el Brasil, por el artículo 13, la conveniencia de abrir á la bandera de la República la navegacion del rio y la laguna, en homenaje al comercio, la industria, y las benévolas relaciones de ambos países, bueno fuera haber gestionado alguna vez el medio de arancarnos la ignominia de una soberanía despótica, ejercida por un poder extranjero en las aguas que bañan nuestro territorio.

Volver á desandar lo andado y entrar de nuevo á la laguna Merim, abandonando el curso del rio Yaguaron, fué lo que me tocó luego hacer en marcha para Santa Victoria, modesta villa, con tenencias á cementerio, y en la cual ochocientas ó mil almas que la habitan, pagan culpas propias ó ajenas, sumergidas en un valle enarenado, que no sé si es el vallo de lágrimas ó el de Josef, pero que en la duda que al respecto manifestó alarmado mi compañero de viaje, obligome, con urgencia, á dejar un punto que tan seriamente preocupaba su espíritu juicioso y precavido.

Así fué que ambos ganamos, como quien dice tierra adentro, ansiosos de aspirar las confortantes brisas de la patria. Y dándole un adiós al suelo brasileiro, cruzaron por mi imaginacion dudas y visiones, esperanzas y recuerdos, que hoy la memoria infiel no me devuelve intactos como se los entregué en la costa del Chuy, al pisar la tierra de mi cuna.

Merced á estas infidelidades de mi facultad mnemónica, conservo runcas muchas impresiones; así, por ejemplo, no se borran de mi mente unos ojos más negros que la muerte, segun dice Byron, que

eran los de Haydeé. Pero los recuerdo aislados, más por la atrevida y original comparacion del bardo inglés, que por otro motivo; como que si la reminiscencia no fuese por haber hallado la ocasion de juzgar la posible exactitud de lo que dijo Byron, claro está que, fiado á mis solas fuerzas, yo debería retener tambien perpetuamente el conjunto de que eran seductor detalle los consabidos ojos. No conservo nada, sin embargo, que pueda comunicar, honrando la verdad; apenas si mi cerebro me atestigua vagamente que en aquel sol radiante de belleza, cuyos fulgores ha perdido mi memoria torpemente, no se dibujaba mancha alguna.

Dígase lo que se quiera, no está acaso muy lejano el día en que graves cuestiones se van á poner en tela de resolucion en el Brasil.

Pueden venir transformaciones que disgreguen pedazos del territorio y desaten vínculos sagrados, como pueden tambien surgir una república federal que reate los vínculos de la nacionalidad, y acallando mezquinas envidias y rencillas de un espíritu peligroso de localismo, resuelva de una vez por todas, los arduos problemas que hoy desazonan á los grandes estadistas del Imperio.

Un autor que antes he citado incidentalmente, Assis Brasil, en un libro reciente, del año próximo pasado, y dado á la estampa con el título de "A Republica Federal", se preocupa de la suerte futura de su patria, y vé la única salvacion de ella, en el planteamiento del sistema federativo. En la página 226 dice: "Pelo caminho da centralisação unitaria, nos vamos caminhando á grandes passos para ó desmembramento. Toda á nossa historia está cheia de exemplos dos esforços das provincias para á separação."

Assis Brasil es un soñador apasionado y generoso que delira con la república universal. Hace justicia á los argentinos y á los uruguayos, sintiéndose antes que todo americano; ódia á la monarquía con el más santo de los odios; ama á su patria sin restricciones mezquinas, y mecido y sujuizado por sus levantadas utopias, exclama: "Somos hoje todos americanos é nada mais. Temos uma so é vasta patria, talhada pela mao da natureza para un povo irmao: á America. Um dia ó interesse comum americano unirá todos os filhos do esplendido continente, numa grande e compacta familia. A republica americana serí o primeiro passo e o primeiro exemplo para a republica universal."

Por mi parte, no creo ni en la república americana, ni en la república universal; porque pienso que los antecedentes históricos, las tendencias impuestas por el clima, la influencia de las razas,

la igualdad del idioma, el recuerdo de comunes sacrificios, el prestigio de idénticas glorias, con otras mil circunstancias que no es aquí del caso enumerar, tanto acercan á los pueblos y los confunden en las mismas aspiraciones, como los separan cuando faltando dan lugar á antagonismos que cuentan la edad del mundo, y que desaparecerán tan solo en un estado de civilizaci6n y adelanto de ideas, que no nos es dado prever á los hijos del siglo XIX.

Cuando á nuestros ojos se desliza la política de Bismark, convirtiéndolo con siniestra mira en un vasto campamento esa Alemania que es el cerebro de la Europa; cuando vemos á la Rusia como un buitre carnicero sobre sus vecinos débiles é indefensos; cuando en nuestra propia América, Chile por una cuesti6n de salitreras hace retemblar las ciudades opulentas del Perú con el casco de los caballos de su ejército, mas destructores que el de Atila, y lleva la furia de los *rotos*, vengativos y crueles, á saciar sus pasiones desordenadas en el corazon de un pueblo hermano, ¿se puede suponer que marcha el mundo en el camino de la universal confraternidad?

No es por desgracia con utopias atrayentes y elevadas que puede darse soluci6n á los pavorosos problemas que ofuscan y contristan á los más fuertes pensadores de la época. Pero si creo que en la vasta escala en que concibe sus ideales políticos Assis Brasil, tropieza fatalmente con lo imposible, no juzgo lo mismo reduciendo la teoría y aplicándola al país de su nacimiento, que para establecer la república federal, puede el día ménos pensado tener la visi6n con la muerte del actual emperador.

Sí: vendrá la república federal en el Brasil, ó vendrán independencias y anarquías; pero no vendrá otro monarca.

El espíritu de localismo es tan estúpido y estrecho, como es ambicioso y poderoso. En estos momentos está elaborando en la República vecina una densa red de odios, que ha de costar torrentes de sangre destejer á los mismos que pretenden olvidarse, de que ántes los tucumanos, ó cordobeses, ó porteños, tienen que ser argentinos.

Desgraciados también de los que procediendo sin patriotismo, piensan que ántes que brasileros deben ser paulistas, ó bahianos, ó fozgrandenses.

En materia de organizaci6n definitiva de naciones, nada viene á ni alma con más negros colores, ni se me presenta más antipático que el espíritu de localismo. Es mezquino y conduce á lo absurdo. Si la provincia excluye á la naci6n, á la provincia debe excluirla la ciudad, á ésta el barrio, al barrio la manzana.

Los brasileros retrogradarán inmensamente, si no buscan su suerte en una federaci6n bien cimentada, que dignifique á las provincias en su autonomía, y que en la misma libertad que les conceda, hágalas amar el régimen que mejor consulta el *self-government* y las garantías de la integridad nacional.

Porque si empiezan con las independencias, y les da por continuar con esos "esforços para a separaçao" de que habla Assis, están perdidos; formarán como la efimera de Piratiny, unas cuantas republiquetas sin nervio ni vitalidad propia, que serán ludibrio del mundo, asiento de bastardas prepotencias, y ganga únicamente para algun militarzuelo de vergonzosa historia, que aprovechándose de la inevitable anarquía en el momento del cambio de gobierno, se ocupará de fomentarla primero, para en seguida despotizar á nombre del orden, sofocando los nobles estímulos de un pueblo acostumbrado hasta hoy, á amar la libertad en el respeto de la ley.

(Continuará.)

## Buckle y Laurent

EXPOSICION ORAL HECHA EN EL AULA DE HISTORIA

POR EL CATEDRÁTICO D. M. IZCUA Y BARBAT

(Continuacion)

Así se explica que las artes favorables al lujo hayan sido cultivadas con éxito en Méjico y Perú, construyendo edificios de rara magnificencia para morada de la nobleza; los tapices espléndidos de sus habitaciones; sus lujosos trajes adornados con las más ricas plumas; la abundancia de sus joyas, todo prueba la acumulacion inmensa de riquezas que poseian las clases aristocráticas, mientras que el pueblo inclinado sobre el arado y sin dejar el yunque del trabajo, pagaba enormes impuestos de los que estaban exentos la nobleza y el clero; bajo completa tutela de los poderes públicos, el pobre labriego ó artesano no podía cambiar ni de residencia, ni de oficio, ni de trajes; tenía que aceptar la mujer que se le imponía las diversiones que se le permitían; y esto que pasaba en Méjico se repetía con unisona conformidad en el Perú, de modo que puede decirse que la caída de ambos tronos se debe más que al valor de los españoles, al desafecto del pueblo que vió en éstos sus libertadores y aliados naturales.

Las mismas castas que en India y Egipto, existían en Méjico y Perú, y hé ahí la causa de ese espíritu conservador y enemigo del progreso que caracteriza á toda civilizacion en que las clases superiores lo centralizan todo, desde la riqueza hasta el gobierno, desde la ciencia hasta la industria, desde el arte hasta la religion; en estas sociedades el aislamiento es la ley, porque ponerse en contacto con otros pueblos sería dar ocasion al siervo para conocer su estado abyecto y medios de romper sus cadenas. Así, pues, en las civilizaciones extrañas á Europa, las leyes físicas conernientes á la produccion y distribucion de las riquezas, han

obrado del mismo modo, impidiendo la propagacion y extension de esas civilizaciones.

En cuanto al cuarto elemento que obra sobre el hombre y que Buckle llama los *aspectos generales de la naturaleza* influye sobre la imaginacion, y así como los tres primeros clima, suelo y alimentos son los generadores de la produccion y de la distribucion de la riqueza, así éste es el que produce la acumulacion y distribucion del pensamiento.

Dos son los medios de accion de esta causa general: una que excita y desarrolla la imaginacion con preferencia á las demás facultades y otra que desarrolla principalmente la inteligencia y demás facultades de raciocinio, de modo que en aquellos pueblos donde obre en el primer sentido, las obras de la imaginacion, el arte, estarán muy desarrolladas, mientras que allí donde obre en el segundo, habrá ménos creaciones imaginarias, ménos arte y más ciencia.

Allí donde los temblores de tierra, volcanes, huracanes y tempestades abunden, despertando en la imaginacion sentimientos de terror y hacéndole ver al hombre su inferioridad y debilidad, allí se inflama la imaginacion y se debilitan las operaciones del entendimiento; por el contrario, allí donde la naturaleza no despliega ese lujo de poder y de terror, donde las montañas son poco elevadas, los ríos pequeños, allí el hombre adquiere más confianza en sus propias fuerzas, y se desarrolla sin obstáculos su inteligencia.

Los temblores de tierra, que vienen generalmente acompañados de cambios atmosféricos que causan excitacion en el sistema nervioso, son los que más producen esos sentimientos de terror y miedo y esas asociaciones de ideas penosas y terribles: la ansiedad y timidez que se apoderan del hombre, le hacen atribuir esos fenómenos á causas sobrenaturales, y busca modo de aplacar la cólera celeste. Una prueba elocuente de esto nos dan España é Italia, donde las supersticiones han reinado siempre al lado de esas grandes revoluciones terráqueas; y es particular que allí el arte ha nacido con todo su esplendor, mientras que la ciencia no ha desplegado sus alas; los mayores pintores, músicos, poetas etc., de la Europa, han salido de esas dos penínsulas; pero ningun hombre de ciencia importante ha nacido en su suelo.

Todas las civilizaciones primitivas han tenido su asiento en los trópicos, donde los aspectos de la naturaleza son más formidables,



más grandiosos; donde la inteligencia se ha visto avasallada por la imaginación, y eso nos explica por qué han sido estacionarias esas civilizaciones, mientras ha sido progresiva la europea, que no ha tenido que luchar con fuerzas tan poderosas.

Un ejemplo que muestra las dos distintas maneras de obrar de esa causa que llama Buckle, los aspectos generales de la naturaleza, nos lo ofrecen la India y la Grecia; la primera cubierta de montañas que parecen besar el cielo, de ríos que parecen mares por su profundidad y extensión, de mares en donde el genio de las tempestades desata toda su furia, de bosques impenetrables que sobrecogen el ánimo por su negra espesura y por sus feroces habitantes, de desiertos áridos y sin fin que parecen creados para esterminar toda vida de su seno, de costas inabordables sin el más pequeño puerto de refugio que sirva á guarecerse á los que escapan al furor de sus mares, de todo lo misterioso y terrible que puebla los trópicos; mientras que en la segunda las montañas son cerros que apenas se atreven á mostrar su cabeza por cima del suelo, los ríos, arroyitos que la calor los seca y vacía, los mares tranquilos como un lago incitando á que los surquen débiles barquillas, los bosques son árboles diseminados de trecho en trecho donde no puede ocultarse un pájaro y los desiertos campos poblados por hombres laboriosos y animales útiles que incitan al trabajo y á la labor activa; sus costas ofrecen todas seguro refugio por sus innumerables bahías y puertos abrigados, y todo en fin de lo que en las zonas templadas es débil y pequeño para infundir confianza en las fuerzas y aliento en la actividad del hombre.

Y estos contrastes que ofrecen los aspectos generales de la naturaleza en ambos países se reflejan en sus dogmas religiosos, en su literatura, en su ciencia, en sus instituciones y en sus hábitos de pensar. Así los dioses de la India son seres infernales y deformes, como Siva rodeado su cuerpo de culebras, su cuello de huesos humanos y llevando un cráneo en su mano; tres ojos adornan su cara y su ferocidad se retrata en la piel de tigre con que se envuelve; esta monstruosa creación de la imaginación india tiene una esposa que recibe distintos nombres, cuyo cuerpo es azul oscuro y rojas como la sangre sus manos; tiene cuatro brazos; llevando en una un cráneo de gigante y adornando su cintura las manos de sus víctimas y su cuello cabezas humanas; como Vichnú que tiene cuatro manos y Brahma cinco cabezas.

Por el contrario en Grecia, los dioses tienen figura, atributos

y sentimientos humanos; Venus es la belleza, Apolo el arte, Minerva la sabiduría, Mercurio el comercio, Juno el orgullo, Júpiter un rey amoroso y Cupido un muchacho alegre y juguetón; teniendo alta idea de las fuerzas humanas las diviniza y por primera vez aparece el culto de los héroes que había de formar un elemento esencial del cristianismo.

La grandiosidad de la imaginación india se destaca en los largos períodos que atribuyen á sus instituciones y la edad portentosa que dan á sus héroes, períodos y edades imposibles casi de concebir; así el número de años que regularmente vivían pasa de 100,000 y se cuentan reyes que han llegado á vivir 3.500,000 años y un gran número que han pasado de 500,000. Así como la base de su religión es lo infinitamente terrible, la base de su literatura es la infinitamente grande; en esta la prosa juega un rol insignificante; la poesía lo absorbe todo, de modo que hasta sus obras de filosofía y ciencia están escritas en verso; la hipérbole es figura de uso común entre los poetas indios y su literatura toda está impregnada de un tinte grandioso que raya en los límites de la sublimidad.

En Grecia por el contrario, la belleza es el fondo de sus obras y habría sido silbado el autor que se hubiera atrevido á imitar el estilo pomposo y exajerado de la India; el hombre despreciado por su debilidad frente al poder omnímodo de los dioses de la India es exaltado en la Grecia y les ha cabido el honor á estos de conmemorar, con un culto igual al que profesaban á sus divinidades, los héroes y hombres ilustres de todas clases, cosa que habría pasado por una herejía monstruosa entre los indios.

Es indudable que el medio influye poderosamente en el desarrollo intelectual del hombre, y que á pesar de la igualdad nativa de la inteligencia humana, ciertos países, por sus aspectos generales, desarrollan con preferencia la imaginación que las facultades del raciocinio y de la reflexión, mientras que otros, viviendo en países de aspecto ménos imponente y más apto para alentar sus fuerzas, despliegan el raciocinio y la reflexión con más bríos, imponiendo orden á esa *loca de la casa*, como con oportunidad se ha llamado á la imaginación.

Pero no son solamente leyes físicas las que obran en la formación y desarrollo de las sociedades humanas: paralelamente á ellas existen las leyes mentales que ocupan el primer lugar en el progreso general de la humanidad. Las primeras han sido los principales factores de las civilizaciones primitivas y de la evolución

social de los pueblos extraños á la Europa, mientras que las segundas lo han sido de la única civilización progresiva, de aquélla que es hija del triunfo de las fuerzas del hombre sobre las fuerzas ciegas de la naturaleza, de la civilización europea.

En efecto: la naturaleza no despliega en Europa el aparato imponente de los trópicos, permitiendo así que el hombre adquiriera la conciencia de su poder y confiado se entregue á dominar aquellas mismas fuerzas que en otra parte lo esclavizan; de ahí que magníficos canales crucen los terrenos á quienes la naturaleza les ha negado el riego necesario para que germine la vida en su seno; que se desecquen pantanos y se roben á las aguas países enteros, como sucede en la Holanda, ó se abran cómodas ensenadas y puertos seguros allí donde las costas rehusan dar tranquilo abrigo á la navegación.

Los procesos naturales son lentos y sus progresos limitados; pero allí donde el hombre tiene en sus manos las fuerzas de ese inmenso laboratorio; allí donde la inteligencia se desarrolla sin obstáculos, el progreso es continuo é ilimitado, las columnas de Hércules de la naturaleza caen al empuje de la actividad humana.

Si el progreso indefinido es debido al desarrollo de la inteligencia; si las leyes mentales superan á las leyes físicas, la obligación del historiador es investigar cuáles son aquéllas y cuál es su acción en el proceso evolutivo de la civilización.

Pero como todo hombre de ciencia, comienza Buckle por preguntarse qué método debe seguir en la investigación de esas leyes y concluye por adoptar el método inductivo, único posible en toda ciencia experimental, que, como la histocia, comienza por estudiar hechos y fenómenos para remontarse á las leyes que los rigen y á las causas que los generan.

Las leyes mentales se agrupan en dos clases, morales las unas ó intelectuales las otras; la esfera de acción de las primeras es limitada, lo que explica el influjo exiguo que ejercen las sociedades, así que como su progreso es mínimo, lo que explica la relativa estabilidad de las reglas morales desde los tiempos antiguos hasta nuestros días.

Que el influjo que las leyes morales ejercen en el progreso social es débil y casi nulo, así como poderoso y decisivo el de las leyes intelectuales, lo comprueban acabadamente dos ejemplos que cita Buckle. El primero consiste en la desaparición de uno de los mayores males que han pesado sobre la humanidad: las persecuciones

religiosas, verdadero parásito cuya influencia destructora ha alcanzado á todas partes del organismo social.

Los césares romanos y los inquisidores mitrados de la edad media eran por lo general hombres de la más recta intención, cuyas virtudes se medían por el número de víctimas que llevaban al cadalso, cuya conciencia les imponía el deber de propagar sus doctrinas religiosas y esterminar por el hierro y el fuego á los desgraciados que tenían el crimen de no pensar del mismo modo ni doblar la rodilla ante los mismos ídolos.

Léjos, pues, de impedir la moral la multiplicación de esa tonía social, ha servido más bien para alimentarla y robustecerla y sólo cuando la inteligencia ha alcanzado á descubrir los errores de las pretendidas verdades religiosas, ha nacido la tolerancia y se ha vituperado como un crimen lo que antes se ensalzaba como una virtud.

Algo análogo ha sucedido en la notable aminoración que ha llegado á tener en nuestros días otra de las llagas sociales que más han impedido el desarrollo de la civilización: la guerra. Los principios morales relativos á la guerra no han variado desde los tiempos más antiguos; que la absorción, sin motivo legítimo, de una nación débil por otra más poderosa, es injusta, se viene repitiendo en todos los tonos y por todos los pensadores desde las épocas más remotas; que las guerras defensivas son justas é injustas las ofensivas, está en boca de todos los moralistas de todas las épocas, y sin embargo, léjos de disminuir el ardor guerrero de los pueblos, aumentó de tal modo hasta el siglo pasado, que puede decirse no había día en la semana que las naciones no estuvieran con el arma al hombro.

Sólo cuando comenzaron á actuar las leyes intelectuales, ese espectro de la muerte comenzó á retroceder y puede decirse con plena seguridad que si el desarrollo intelectual de la Europa no hubiera avanzado, sería todavía un nido de aves de rapiña como en la edad media, en vez de un taller de trabajo é industria como lo es actualmente.

La acción destructiva de la inteligencia en las luchas guerreras comienza á hacerse sentir cuando nacen los primeros resplandores de las artes y las ciencias y atraen hacia sí los genios más sobresalientes de una sociedad, creando así una clase eminentemente pacífica en oposición á la mayoría guerrera que sólo sabe manejar el sable y matar al enemigo.

## El amor y los amores

A LA QUE GUSTÉIS

POR D. A. DUFORT Y ÁLVAREZ

Recibe de mis labios un consejo,  
Un consejo inspirado en mi cariño....  
Yo no podré decir que soy ya viejo,  
Pero sí que he dejado de ser niño.

He sufrido y he amado inmensamente:  
Hice mi entrada al mundo por la estrecha  
Puerta de la desgracia, y vi repente  
Mi primera ilusion, niña, deshecha.

Sembró la sociedad sus desengaños  
En el campo feliz de mi existencia;  
Y tengo mi cosecha en pocos años:  
Un granero repleto de experiencia.

He pagado al dolor ya mi tributo.  
Ya puedo aconsejarte sin ser viejo.  
De mi sufrir el sazonado fruto  
Tómalo, niña, en forma de consejo.

.....

Eres jóven y linda y por tu frente  
Cruzan ensueños de color de rosa.  
Tú de la vida en el azul ambiente  
Recien abres las alas, mariposa.

Todo te hace reir como una loca....

Y un dia aprenderás, no sin enojos,  
Que eso que hace reir tu linda boca,  
Tambien llena de lágrimas los ojos.

Asomada al cristal de tu inocencia,  
No distingues el mal ni el sufrimiento.  
Tú crees senda de flores la existencia  
É invernáculo azul el firmamento.

Es para ti el amor como un ramito  
Que llevas en la mano ó en el pecho,  
Que arrojas con desden si está marchito  
Y reemplazas por otro recien hecho.

Y así aspiras, incauta, la fragancia  
De la rosa, el clavel, de la violeta;  
Imitas de la brisa la inconstancia,  
Vagas de flor en flor... eres coqueta!

¿Coqueta? Dijo mal: no: soñadora!  
Tú no calculas. Calcular es frio.  
Sin rumbo va tu mente voladora  
Un apoyo buscando en el vacío.

Eres un rayo de la blanca aurora  
Que no sabe, al brillar por vez primera,  
Si do nube granate el borde dora,  
Ó si tiñe de verde la pradera.

Mas ¡ay! niña que pasas jugueteando  
Por el bello pensil de los amores:  
Un jardin encantado vas hollando  
Poblado de visiones y rumores.

¡Ay de ti si das vuelta la cabeza!  
¡Ay de ti si pretendes detenerte!  
Pierde la flor de pronto su belleza,  
Ó en estatua de piedra se convierte.

Tú ries del amor y es algo serio,

Es la fiebre llevada al paroxismo;  
Tiene todo el prestigio del misterio,  
Todas las seducciones del abismo.

De apagado mirar ése que pasa,  
De porte humilde, de sonrisa eterna,  
Te hace reír y crees que se propasa  
Con dirigirte una mirada tierna.

¡Oh, niña! ¡Ten cuidado!... En ese hielo,  
Si provocas de amor la chispa intensa,  
Puede alzarse un gigante, que hasta al ciclo  
Dispute osado su pasión inmensa.

Observa entónces... Su mirar dormido,  
Truécase en imperioso y dominante;  
Las ansias del deseo comprimido  
Revientan en incendio devorante.

Con extraño fulgor brillan sus ojos. --  
Su pecho es un volcan que estalla luego,  
Buscando el cráter de sus labios rojos,  
En palabras que son de luz y fuego.

Palabras misteriosas y elocuentes,  
Himnos, plegarias, amenazas, ruidos,  
Empapados en lágrimas ardientes  
Ó imitando á la fiera en sus rugidos.

Entre místicos, dulces embelesos,  
Entre frases de idioma no sabido,  
Entre ardientes suspiros y entre besos  
Que queman como hierro enrojecido,

Algo se escucha que jamas se espera,  
Algo se escucha que jamas se olvida.  
Se cae entonce en la veloz carrera,  
Como la corza mortalmente herida.

Huir entónces ¡ay! niña, es en vano.

¡Ya no se cambian las marchitas flores!  
El esclavo se trueca en soberano.  
Se ha encontrado *el amor*, buscando *amores*...

“ ¡Pasión salvaje! ” exclamarás acaso.  
“ ¡El hombre enamorado es una fiera!...  
“ ¡Mentís, habitantes del Parnaso!  
“ Vuestro amor es ficción, sueño, quimera!... ”

Cese tu seductor azoramiento,  
Que de dos modos el amor se siente:  
Es suavísimo y dulce, ó es violento;  
Como el agua, es laguna, ó es torrente.

Es graznido de buitre carnicero,  
Ó es el dulce trinar de ave canora;  
Ya brisa perfumada, ya pampero;  
Rayo de tempestad... rayo de aurora!

Si se le oprime, si á la par se toca  
La vanidad que en el amor dormita,  
Estalla á impulsos de la fiebre loca,  
Como horrible explosión de dinamita.

Si en gérmen se descubre y se cultiva  
Con el riego de afecto dulce y tierno,  
Nace y crece una flor, la siempre-viva,  
Dorada imágen del amor eterno.

.....

Muestra las perlas de tu linda boca  
En sonora, ruidosa carejada;  
Mas del amor no rias... que la roca,  
Cuando ruge el volcan, tiembla azorada.

No vagues entre flores sin concierto:  
Puedes pisar el áspid venenoso.—  
El rumbo fija de tu paso incierto:  
Puedes dar con el antro misterioso.

La flor cultiva que jamas perece. —  
 Ten cuidado! no busques estallidos. —  
 Busca siempre el amor que nace y crece. —  
 No despiertes la fiera y sus rugidos!

.....

Te dejo formulado mi consejo.  
 La verdad: yo no sé cómo ha salido.  
 Pero es lo cierto que, con él, te dejo  
 El fruto de lo mucho que he sufrido.

¡Adios, niña del alma! ¡Adios, risueño  
 Diablillo tentador de corazones!...  
 ¡Que vele siempre tu tranquilo sueño  
 El ángel de las dulces ilusiones!

Montevideo, Febrero 4 de 1882.

## SUETOS

### BIBLIOGRAFÍA

Damos á continuación la lista de las obras que ha recibido el Ateneo durante el mes último:

NOCIONES DE HIGIENE, por el Dr. D. Francisco A. Berra.—Libro de 169 páginas publicado por la acreditada librería de A. Barreiro y Ramos, calle del 25 de Mayo núm. 355. Es una obra didáctica que nos permitimos recomendar á los maestros y padres de familia. Está escrita con sencillez y claridad y pone las utilísimas nociones de la higiene al alcance de las inteligencias infantiles. La importancia del estudio de la higiene es tan grande como innegable.

LAS PROYECCIONES *como medio de enseñanza*, por el ingeniero D. Carlos A. Arocena.—Este folleto que acaba de ser publicado, es una noticia sobre los aparatos de proyeccion y el uso y utilidad de los mismos en la enseñanza de las ciencias. El Sr. Arocena presta un recomendable servicio á la enseñanza, contribuyendo á vulgarizar el conocimiento de los aparatos de proyeccion. Segun el Sr. Arocena, por doscientos francos puede obtenerse en Paris uno de esos aparatos, alumbrado por luz Sibber, y por trescientos setenta y ocho francos uno de luz oxidrica.

Es de sentirse que el señor Arocena, con motivo de ocuparse de los aparatos de proyeccion, haya entrado en consideraciones políticas que son estemporáneas y no se avienen bien con el objeto de su obra. La *introduccion* del libro de que nos ocupamos está de más, y hubiera sido de desear que el señor Arocena no la escribiese.

POESÍAS de Adolfo Mitre.—Un tomo de 136 páginas publicado en Buenos Aires por la imprenta de *La Nacion*; año 1882. Se divide en cuatro partes: Himnos y Clamores, Intimas, Cuerdas flojas, Poesías diversas. La composicion titulada *El alma del artista* es, á nuestro juicio, una de las más bellas de Adolfo Mitre. Está llena de novedad y de inspiracion y en ella se mezclan la

gracia delicada con la profundidad del pensamiento. Sentimos no tener espacio para publicarla.

REVISTA MERCANTIL DEL CENTRO DE CORREDORES—Retrospecto de 1881 sobre las riquezas naturales, comercio y finanzas de la República Oriental del Uruguay. Esta obra ha sido publicada por el Sr. D. Emilio R. Pesce con el objeto de que figure en la Exposición Continental Sud-Americana que el 15 del corriente mes debe abrirse en Buenos-Aires. Han colaborado en dicha obra los Sres. C. Barrial Posada, Juan A. Artagaveitia, Juan R. Gómez, Balparda Hnos., A. Lermite é hijo y L. Rodriguez. La patriótica idea del Sr. Pesce merece nuestro mas sincero aplauso. Las personas que deseen obtener la importante publicacion de que nos ocupamos pueden dirigirse al Sr. D. Eduardo Alvarez, en la Bolsa de Comercio, ó á la Administracion de *La Revista*, calle Misiones número 86.

EXPLORACION DE LA TIERRA DEL FUEGO con el vapor oriental *Charrua*, por su Comandante don Bartolomé Bossi.—Folleto de 59 páginas, con un mapa del Archipiélago de la Tierra del Fuego. Tipografía de *La España*. Año 1882. El señor Bossi ha afrontado grandes peligros, su exploracion ha sido un valiente acto de amor á la ciencia, y por eso puede decir las siguientes palabras que consigna en la introduccion de la obra á que nos referimos: "Tambien hemos servido á la República Oriental algunos años, los mejores de nuestra vida; y esta exploracion realizada con la bandera oriental la creemos tambien un servicio, pues, despues de los Estados-Unidos y Chile, será la unica nacion americana que registrará en su historia descubrimientos marítimos y trabajos hidrográficos de esta naturaleza, y nos complacemos de habérselos prestado." Es de sentirse que, ya que el señor Bossi ha querido escribir su obra en castellano y no en su idioma natal, no la haya hecho arreglar, antes de publicarla, en cuanto á la forma gramatical y literaria, por persona que poseyera bien el español. Por lo que se desprende de la obra del señor Bossi, parece que hay algo de cierto en lo que respecto de los casos de *antropofagia* ocurridos entre los fueguinos, decía el señor Girard de Rialle en el artículo que publicamos en el N.º 5.º de este periódico, apoyándose en la indisputable autoridad de Darwin y de Low. En la página 14 de su opúsculo cuenta el señor Bossi que "en una caleta, cerca "de los ranchos ó *malocas* de los indios, encontró un *hueso humano* "no algo quemado, pero de un ser de mayor estatura que los

"fueguinos," y esto le hace suponer que dichos indígenas sean capaces de practicar la antropofagia, tratándose de gente extraña.

Además de las obras de que acabamos de ocuparnos, hemos recibido de Buenos Aires estas otras, que honrarán la biblioteca pública del Ateneo:

DERECHO INTERNACIONAL PRIVADO—Curso de 1878, dictado por el doctor A. Alcorta. Apuntes arreglados por Ernesto Quesada y Adolfo Mitre.

RECUERDOS DE ESPAÑA, por don Vicente G. Quesada.

LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE BUENOS AIRES en la Exposición Universal de Paris, 1878, por los Srs. D. Nicolás Massa y D. Ernesto Quesada.

PROYECTO DE REORGANIZACION de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, por D. Vicente G. Quesada.

LA PATAGONIA Y LAS TIERRAS AUSTRALES DEL CONTINENTE AMERICANO, por el mismo autor.

Esta obra es un libro de cerca de 800 páginas en 4.º publicada en Buenos Aires en 1875 con el objeto de comprobar el derecho de la República Argentina á la Patagonia y tierras australes de nuestro continente. Contiene importantes documentos que, aun cuando fueron compilados con un fin que puede llamarse transitorio, tienen siempre un interés permanente para la historia de las regiones de que tratan.

Agradecemos á nuestro activo socio corresponsal en Buenos Aires, Dr. D. Ernesto Quesada, el envio de estas importantes obras, y lamentamos no disponer del espacio necesario para ocuparnos de ellas con la detencion que merecen.

#### A "EL BIEN PÚBLICO"

Respondemos de las ideas que expresamos, pero no de las que erróneamente nos sean atribuidas.

No hemos dicho que ignorábamos que el Club Católico celebrase conferencias literarias y científicas.—Lo que hemos dicho es que ignorábamos cual era el fin primordial del Club Católico.

"El Bien Público" puede extrañar que no conozcamos los estatutos de dicho Club. No por eso dejará de ser verdad lo que hemos dicho. "El Bien Público" no tiene el derecho de dudar de la palabra de un hombre honrado, sobre todo cuando se trata de

asuntos en que ni remotamente cabe algo que se parezca á interés personal.

Entendemos que el Ateneo, cuando ha celebrado fiestas literarias, ha tenido la costumbre de pasar invitacion al Club Católico. Entendemos tambien que por parte del Club Católico no ha habido reciprocidad. No es extraño, pues, que muchos socios del Ateneo no hayan tenido ocasion de asistir al Club Católico, y no se hallen por lo tanto, al corriente de sus fines y de sus tendencias.

P. D.

### CONCURSO LITERARIO

FALLO DEL JURADO

Montevideo Marzo 3 de 1882.

Tengo el honor de adjuntar al señor Presidente del Ateneo del Uruguay el fallo que ha pronunciado con esta fecha el Jurado que se nombró para dictaminar sobre las composiciones presentadas al Certámen Poético.

Con este motivo, saludo á V. con toda consideracion.

ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES,  
Presidente.

LUIS MELIAN LAFINUR,  
Secretario.

*Sr. Presidente del Ateneo del Uruguay, Dr. D. Pablo De María.*

El Jurado constituido por el Ateneo del Uruguay para juzgar de las composiciones poéticas que se presentaron al concurso abierto con el tema *Canto al arte* y [para adjudicar los premios respectivos, impuesto de todos los antecedentes,

DECLARA:

1.º Que las únicas composiciones presentadas son dos: una señalada con el lema "El arte es la manifestacion ordenada de todo lo bello, útil y grande" y otra con el de "Dios es del arte la sublime idea. Que su revelacion el arte sea!"

2.º Que examinadas esas composiciones, no existe el caso de discernir los premios determinados en la base 9.ª del Concurso consistentes en medallas de oro, de plata y accésits.

3.º Que de las dos composiciones presentadas, la que lleva el lema "Dios es del arte la sublime idea", revela esfuerzo laudable, y encierra mérito relativo que la colocan en el caso de acordar á su autor, como por este veredicto se le acuerda, *la mencion honorífica* de que habla el inciso final de las instrucciones para el concurso.

4.º Que se pase nota al Sr. Presidente del Ateneo, incluyendo el presente fallo con devolucion de los pliegos y sobres presentados.

Montevideo, 3 de Marzo de 1882.

*Alejandro Magariños Cervantes* — Presidente —  
*Jacinto Albistur* — *José Sienra Carranza* —  
*Juan C. Blanco* — *Luis Melian Lafinur* —  
Secretario.

La Junta Directiva del Ateneo desea publicar en el próximo número de los *Anales*, la composicion que lleva por lema "Dios es del arte la sublime idea". Ruoga al autor se sirva, dentro del término de quince dias, dar autorizacion para abrir el pliego cerrado que contiene su nombre y publicar la composicion, ó bien mandar retirar ambos manuscritos.

Se pide á los diarios de la Capital que tengan á bien transcribir estas líneas.

Llamamos la atencion de nuestros lectores respecto del notable trabajo del distinguido explorador argentino D. Francisco P. Moreno, que publicamos en el presente número de los *Anales*.

Como lo dijo el Presidente de nuestra asociacion, en la sesion en que tuvo lugar la lectura de dicho trabajo, "los miembros del Ateneo no necesitan que se les presente al Sr. Moreno. La fama es una voz universal, á todas partes llega, y esa voz hace tiempo que nos ha dicho quien es el Sr. Moreno, y cual puesto ocupa su nombre en los anales científicos de esta época.

A causa de estar refaccionándose el salon de sesiones del Ateneo, no ha podido tener lugar el 1.º de Marzo, como estaba anunciado, la inauguracion de las cátedras que funcionarán durante el presente año.

No habrá inauguracion solemne y oficial, porque las refacciones no estarán concluidas sino dentro de muchos dias; pero las clases se abrirán el 6 del corriente, y funcionarán por ahora en el salon de la biblioteca. Quedan avisados los estudiantes.

---

Como es sabido, la Junta Directiva del Ateneo se renueva por terceras partes cada tres meses, debiendo durar un año sus miembros.

El sorteo verificado el 15 del mes próximo pasado, señaló para salir de la Junta Directiva al Presidente, al Vice-Presidente y al delegado de la seccion de Historia.

Verificada la eleccion con el objeto de proveer los puestos vacantes, dió el siguiente resultado: reeleccion de los Srs. De-Maria y Rodriguez, Presidente el primero y delegado de la seccion de Historia el segundo, y eleccion del Dr. D. Eduardo Acevedo para Vice-Presidente.

Estas personas durarán un año en el ejercicio de sus funciones.

---

Ya han sido puestas en circulacion las acciones del empréstito que levanta el Ateneo para la construccion de un edificio.

Segun entendemos, la mayor parte de ellas están ya colocadas.

La idea ha encontrado, como era de esperarse, excelente acogida en el seno del pueblo.

---

El Sr. D. Carlos A. Arocena ha prestado al Ateneo, para ser utilizado en los estudios de diversas ciencias, el aparato de proyeccion por luz oxídrica, que posee.

El Ateneo agradece al Sr. Arocena este importante servicio.

---